

Los encantos del delito

JACK KATZ

Los encantos del delito

Atracciones morales y sensuales de la maldad

Traducción: Nahuel Roldán

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Alfredo Alfonso

Vicerrectora
Alejandra Zinni



Bernal, 2023

Colección Crímenes y violencias
Dirigida por Esteban Rodríguez Alzueta

Katz, Jack
Los encantos del delito: atracciones morales y sensuales de la maldad /
Jack Katz. - 1a ed. - Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2023.
656 p.; 20 x 14 cm. - (Crímenes y violencias / Esteban Rodríguez Alzueta)

Traducción de: Nahuel Roldán.
ISBN 978-987-558-822-6

1. Etnografía. 2. Ensayo. 3. Antropología Urbana. I. Roldán, Nahuel,
trad. II. Título.
CDD 305.8001

Traducción Nahuel Roldán

Seductions of Crime. Moral and Sensual Attractions in Doing Evil
Perseus Books Group, 1988

© Jack Katz, 2023
© Universidad Nacional de Quilmes, 2023

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

ediciones.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-822-6

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

Índice

Prefacio y agradecimientos	9
Resistir a las seducciones del Estado. Introducción a la edición en castellano	13
Introducción	111
Capítulo 1. La matanza justa	127
Capítulo 2. Emociones furtivas	195
Capítulo 3. Construyendo la astucia del <i>badass</i>	241
Capítulo 4. Élite callejeras	297
Capítulo 5. Fabricando el robo	387
Capítulo 6. Acción, caos y control: persistiendo con el robo	439
Capítulo 7. De hombres duros y “negros malos”: género y etnia en el trasfondo del robo	505
Capítulo 8. La maldad primitiva: sentido y dinámica en el asesinato a sangre fría y “sin sentido”	571
Capítulo 9. Seducciones y repulsiones de la delincuencia	629

Prefacio y agradecimientos

Envidio a los que, de alguna manera, pueden transportarse graciosamente a mundos intelectuales que nunca han habitado antes, mientras dan pequeños pasos cautelosos como si supieran de antemano dónde se encuentran todas las trampas, y siempre están preparados para demostrar con una humildad amable lo que están haciendo incluso mientras descubren cómo hacerlo. Mi trabajo en este libro, me di cuenta hace unos cinco años, tendría que empezar de forma pretenciosa y cruda, con un estilo demasiado indecoroso para una exposición rápida y amplia.

En parte, mi cautela a la hora de dar rienda suelta a este trabajo de forma prematura puede atribuirse a los fenómenos abordados. Si se siguen de cerca, las seducciones del delito presentan grandes riesgos de vulnerar la sensibilidad del lector. He hecho lo que he podido para fundamentar los cambios de humor abruptos y sensoriales como características de las experiencias de los delinquentes, pero no cabe duda de que algunos ojos seguirán siendo afectados por las descripciones de las dinámicas sensoriales que saltan demasiado repentinamente del texto.

Tanto desde el punto de vista moral como sensual, es probable que algunos lectores se sientan personalmente victimizados por mi esfuerzo por transmitir la experiencia del delincuente. Pero si nos guiamos por la empatía, este texto no despierta simpatía. El adagio “comprender es perdonar” era falso cuando lo pregonaba George

Herbert Mead y ha desorientado a generaciones de investigadores sociales sobre la desviación. Un viaje al “otro lado” no tiene por qué ser un cambio permanente de dirección espiritual. Sospecho que los lectores que sigan el texto a lo largo de varios capítulos saldrán de los distintos mundos de los delincuentes al menos tan a menudo con disgusto como con aceptación.

Un conjunto de circunstancias afortunadas facilitó que mis ambiciones se mantuvieran relativamente en privado hasta que pudieran hacerse presentables: una decisión de permanencia temprana en la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA), que permitió aislarme de las presiones del mercado laboral; un contrato de libro temprano, que proporcionó un aislamiento igualmente valioso de las presiones de la burocracia académica y el efectismo; y una comunidad de investigación sociológica sostenida por Harold Garfinkel, Manny Schegloff, Bob Emerson y Mel Pollner, en la que lo que es precisamente indecible puede ser tratado muy cómodamente como lo más deseado.

Howard S. Becker, que hace unos treinta años sentó las bases de este trabajo, me ayudó a reconocer simultáneamente y a encontrar un camino para sortear más de un obstáculo importante en el análisis. Por el estímulo, las señales de precaución y la ayuda práctica en la localización de datos, estoy muy agradecido a Gresham Sykes, Phil Cook, Ted Sarbin, David Luckenbill, Bill Gibson, Mel Oliver, Bob Emerson, Ivan Light, Henry Lundsgaarde, Dick Berk, Eli Anderson, Eric Monkkonen, Joseph de Rivera, Mel Lansky y John Kitsuse. Steven Fraser aportó en repetidas ocasiones sugerencias editoriales incisivas, sensibles y eminentemente viables. Por su ayuda en la investigación, agradezco a Jim Angell, Oanh Dinh, Beth Sammis y Peter Rosielewski.

Por último, y sobre todo, me gustaría dar las gracias a las personas que proporcionaron los datos: para el capítulo 2, tres clases de estudiantes entusiastas de la UCLA; para el capítulo 5, Franklin Zimring y James Zuehl; y en general, la comunidad de investigadores etnográficos. Aunque utilizo las notas para reconocer a los investigadores por su nombre, me gustaría ofrecer unas palabras

generales de agradecimiento, y espero que estímulo, a aquellos que hacen el trabajo fundamental para libros como este. El trabajo de campo se ha vuelto cada vez más precario en las ciencias sociales modernas. Las agencias de financiación, las burocracias académicas y las asociaciones profesionales no reconocen adecuadamente el enorme altruismo profesional de los trabajadores de campo que se toman la molestia de documentar la conmovedora acción social fuera de los auspicios de las categorías teóricas formalizadas y la metodología de investigación convencional. Pero a menos que se haga ese trabajo, ¿cómo podemos esperar que los nuevos análisis se basen ampliamente en la experiencia vivida por las personas en la sociedad, y no en nuestra experiencia personal, prejuicios teóricos o sentimientos morales y políticos? Una buena parte del placer de trabajar en este libro se debe a la sensación de recuperar y revivir momentos muy dispersos, y a veces casi perdidos, de la percepción del trabajo de campo.

Lo único que lamento del libro es que la dinámica moral y sensual que examina no se ajusta a la dedicatoria que me gustaría utilizar: “A la maja, Elena”.

Resistir a las seducciones del Estado

Introducción a la edición en castellano

“Delito” es una categoría jurídica que impregna la cultura popular y que, con pocas excepciones, ha sido tomada por la criminología para definir su *explananda*, las variaciones empíricas a explicar. El hecho de centrarse en la explicación del “delito” indica la dependencia respecto al Estado de este campo. Los problemas de esa dependencia son existenciales, y van mucho más allá de las consabidas cuestiones sobre la fiabilidad y la validez de las estadísticas sobre la delincuencia. La perspectiva del gobierno sobre la sociedad está al servicio de su administración del poder, no de los requisitos metodológicos para la investigación empírica que iluminaría las causas de lo que los criminólogos quieren explicar, que incluye una miríada de acciones de robo y violencia, así como cursos de conducta que trascienden las situaciones dadas, como por ejemplo cómo y por qué las personas llegan a configurar largos tramos de sus vidas en torno al caos de las transgresiones relacionadas con la violencia. *Los encantos del delito* propuso una alternativa.

En la década de 1960, los sociólogos que trabajaban fuera del ámbito académico de la criminología empezaron a estudiar la desviación de una forma que desafiaba el control del Estado sobre la agenda intelectual. La rúbrica bajo la que otros se referían a su trabajo, “etiquetado”, fomentaba una lectura errónea de sus contribuciones. Los “teóricos del etiquetamiento” a veces sugerían que quienes eran tratados por los funcionarios del Estado como delin-

cuentes o criminales tenían más probabilidades de empezar a delinquir o de seguir haciéndolo.^[1] Pero la animadversión detrás de los escritos de los principales defensores no era una afirmación causal sustantiva; era una queja metodológica fundamental sobre cómo la ciencia social estaba definiendo la *explananda*.^[2]

¿Qué aspecto tendría una ciencia social de la desviación si los investigadores no tomaran sus términos fundamentales directamente del Estado, o de las culturas populares, políticas y morales que rodean la forma en que los gobiernos definen y aplican las leyes contra la delincuencia? Las llamadas ciencias naturales tardaron siglos en desprenderse de los sacerdotes y los gobernantes. El entusiasmo que animaba a la “escuela del etiquetamiento” era la sensación de las posibilidades inéditas que se abrirían si los sociólogos rechazaban la dependencia del Estado para delimitar lo que debían estudiar.

La postura básica de Becker fue quizás la mejor expresada. Entendía que el “delito” era tanto un producto de la acción gubernamental como de cualquier cosa que hicieran aquellos que eran tratados como delincuentes. La cuestión fue expuesta en su lúcida escritura de forma tan sencilla que los lectores parecen no entender el punto, que era casi una perogrullada: si tenemos en cuenta que sin leyes no habría delitos, entonces debemos estudiar lo que hace el

¹ En criminología la idea se remonta al menos a Frank Tannenbaum. Véase Barmaki, R., “On the Origin of ‘Labeling’ Theory in Criminology: Frank Tannenbaum and the Chicago School of Sociology”, *Deviant Behavior*, vol. 40, N° 2, 2019, pp. 256-271. Tal vez la investigación más productiva que surgió de una lectura “positivista” de una perspectiva del etiquetamiento fue fuera de los estudios sobre la delincuencia. Confróntese la línea de estudios cuasiexperimentales en entornos educativos que comprueban cómo las expectativas de los profesores afectan al rendimiento de los estudiantes. Véase Rosenthal, R. y L. Jacobson, *Pygmalion in the Classroom*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1968.

² Becker, H., *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, Londres, Free Press of Glencoe, 1963; Becker, H., *The Other Side: Perspectives on Deviance*, Nueva York, Free Press of Glencoe, 1964; Kitsuse, J., “Societal Reaction to Deviant Behavior: Problems of Theory and Method”, *Social Problems*, vol. 9, N° 3, 1962, pp. 247-256; Kitsuse, J. y A. Cicourel, “A Note on the Uses of Official Statistics”, *Social Problems*, vol. 11, N° 2, 1963, pp. 131-139; Cicourel, A., *The social organization of juvenile justice*, Nueva York, Wiley, 1967; Spector, M. y J. Kitsuse, *Constructing social problems*, Nueva York, Aldine de Gruyter, 1987.

Estado así como lo que hacen los malhechores, no por separado sino como líneas de comportamiento que se entrecruzan y que crean cada delito, que hacen que cada delito exista como hecho social. Para el estudioso que deja de lado el juicio moral, todos los delitos y todas las tasas de delincuencia se forman a través de la interacción entre lo que hace el Estado y lo que hacen las personas tratadas como delincuentes, lo que, incluso para los falsamente acusados, significa hacer algo, aunque sea algo inocente como estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Si los “teóricos del etiquetamiento” rechazaron el “delito” como definición de la *explananda*, no fue principalmente para servir de abogados defensores y proclamar la inocencia de los falsamente acusados, aunque sus simpatías personales iban a menudo en esa dirección. Su estrategia metodológica consistía fundamentalmente en suspender la creencia en la culpabilidad o la inocencia de las personas etiquetadas como delincuentes para estudiar cómo el Estado llegó a procesar a las personas como delincuentes, y también para estudiar cómo las personas llegaron a actuar de formas que ellas mismas consideran desviadas o transgresoras, o, si se quiere, cómo las personas llegan a etiquetarse a sí mismas como “outsiders”. Becker siguió ambas vías de investigación. Estudió la demonización de los consumidores de marihuana en la historia que condujo a las prohibiciones legales, y luego estudió cómo la gente se convirtió en consumidores persistentes de marihuana.^[3] Antes de escribir *Los encantos del delito*, estudié cómo se aplicaban las leyes contra los delitos de cuello blanco^[4] y cómo los

³ Becker escribió sobre el hacer y el etiquetar la desviación (véase Becker, H., *Outsiders...*, *op. cit.*). Promovió estudios en ambas líneas en su trabajo como editor de la revista *Social Problems*, que fue creada por un grupo de académicos que se rebelaron conscientemente contra la corriente sociológica dominante (véase la extraordinaria colección en Becker, H., *The Other Side...*, *op. cit.*). Desviarse no significaba infringir la ley; era una cuestión de la perspectiva con la que se vivía. Los músicos aficionados al baile, entre los que se encontraba Becker, eran desviados porque se separaban espiritualmente de las “plazas”, por ejemplo, disponiendo las sillas de forma que se distanciaran de las peticiones musicales de su público.

⁴ Katz, J., “Legality and Equality: Plea Bargaining in the Prosecution of White-Collar and

periódicos publicaban historias sobre este tipo de delitos,^[5] así como la forma en que los empresarios y los políticos organizaban el “encubrimiento” y la “ignorancia concertada” en los negocios y la política.^[6]

Si una lectura superficial de los teóricos del “etiquetamiento” era la afirmación de que, de no ser por las falsas acusaciones o las capturas oficiales, la gente no empezaría a delinquir ni seguiría haciéndolo (una lectura ridiculizada por David Matza,^[7] un simpatizante que intentó trasladar la perspectiva de la investigación del “etiquetamiento” a un enfoque más fenomenológico), otra lectura errónea era que las estadísticas oficiales sobre la delincuencia son inherente e irremediamente defectuosas como recursos para las explicaciones causales de los comportamientos cargados moralmente. Para muchos ha sido tentador descartar los patrones de arresto que describen las variaciones raciales a gran escala en la culpabilidad de los delitos violentos en los Estados Unidos como producto de los sesgos de la policía y/o de las denuncias de las víctimas, pero las encuestas de victimización, que son autoinformes de victimización recogidos por investigadores que operan independientemente de las agencias policiales, han resuelto esa duda,^[8] por lo menos para comparar conjuntos de población agregada, si no en la administración de casos individuales. En *Los encantos del delito*, tomo las desproporciones de edad, género y raza en las estadísticas de delitos de homicidio y robo como válidas y fiables, al menos para enmarcar inicialmente las variaciones a explicar.^[9]

Common Crimes”, *Law & Society Review*, N° 13, 1979, pp. 431-459; Katz, J., “The Social Movement against White-Collar Crime”, en Bittner, E. y S. Messinger (eds.), *Criminology Review Yearbook*, vol. 2, Beverly Hills, Sage, 1980, pp. 161-184.

⁵ Katz, J., “What Makes Crime ‘News?’”, *Media, Culture and Society*, N° 9, 1987, pp. 47-75.

⁶ Katz, J., “Cover-up and Collective Integrity”, *Social Problems*, vol. 25, N° 1, 1977, pp. 3-17.

⁷ Matza, D., *Becoming deviant*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1969.

⁸ Hindelang, M. J., “Variations in Sex-Race-Age-Specific Incidence Rates of Offending”, *American Sociological Review*, vol. 46, N° 4, 1981, pp. 461-474.

⁹ Mi énfasis en las actividades de la persona al delinquir me llevó a desplazar las características demográficas del *explanans* hacia el *explananda*. En el capítulo 7, por ejemplo,

Los problemas metodológicos que se desarrollan cuando los investigadores sociales se basan en las definiciones estatales de la delincuencia y en los datos policiales para las estadísticas sobre la delincuencia son más numerosos y sutiles que los problemas de las acusaciones falsas y las desviaciones secretas. Como estudiante de posgrado, intenté mostrar el cambio de perspectiva más fundamental que prometía la “escuela del etiquetamiento” de dos maneras modestas. Escribí un artículo señalando la incoherencia interna de la formulación de Becker, que al utilizar las expresiones “falsamente acusado” y “desviación secreta” hacía que el sociólogo determinara la verdad de los asuntos independientemente de cómo funcionara el etiquetamiento del Estado.^[10] Trabajando a partir de la sensibilidad menos convencional de otro de mis mentores, John Kitsuse, escribí otro artículo sobre cómo los etiquetadores cambiaban su propio comportamiento a través de la designación de otros como desviados o su inverso, como carismáticos.^[11] El argumento adoptó un enfoque fenomenológico que suspendía la creencia y la duda sobre la verdad del etiquetado.

En esta nueva introducción, continúo con la perspectiva de *Los encantos del delito* para esbozar otras vías de investigación que se resisten más explícitamente a ver la sociedad a través de lentes estatales.^[12]

trato la violencia no como causada por la biología masculina o el privilegio de los hombres en relación con las mujeres, sino como una forma de actuar que resulta atractiva para los hombres frente a las mujeres porque es vista de manera distintiva por la persona y por los demás como un modo de ser masculino.

¹⁰ Katz, J., “Deviance, Charisma, and Rule-Defined Behavior”, *Social Problems*, vol. 20, N° 2, 1972, pp. 186-202. Pequé de una forma parecida, tal vez peor, escribiendo una especie de cebo y trampa cuando utilicé “delito” en el título de *Los encantos...* Ofrezco explicaciones, no de las variaciones en la comisión de delitos, sino de las variaciones, en su mayoría diacrónicas más que sincrónicas, en el curso de los comportamientos que conducen a los actos de desviación o transgresión reconocidos coloquialmente.

¹¹ Katz, J., “Essences as Moral Identities: On Verifiability and Responsibility in Imputations of Deviance and Charisma”, *American Journal of Sociology*, N° 80, 1975, pp. 1369-1390.

¹² Véase Scott, J. C., *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven, Yale University Press, 1998.

Cómo el Estado ha seducido a la criminología^[13]

Las leyes que crean los delitos como entidades jurídicas, y los procesos de aplicación de la ley utilizados para detectar y castigar las transgresiones, pasan por alto las diferencias en la comprensión que los actores tienen de su comportamiento, con el fin de respetar lo que la conducta de los presuntos delincuentes significa para otras personas. Como conjunto formal de normas escritas por los legisladores y como recurso utilizado por la policía y los fiscales, el derecho penal se crea y se moviliza específicamente para resistir la comprensión subjetiva, egocéntrica y egoísta del comportamiento de los acusados. El problema de fondo de la criminología es que las categorías de delito del Estado no cortan, en la frase de William James, “las articulaciones” de la comprensión de la gente de lo que están promulgando. La aplicación de la ley penal no pretende captar la perspectiva de los acusados cuando se comportan de forma que ofenden a los demás y deshonoran los valores de la “comunidad”.

Las transacciones sexuales y de comercialización de drogas consentidas son en gran medida tratadas por los participantes como “desviadas”, en el sentido de que se llevan a cabo con precauciones para mantener el secreto, solo porque han sido definidas como ofensivas para “la comunidad”. Como muestra la historia del consumo de alcohol, sin prohibiciones penales, lo que eran transacciones y prácticas de contrabando pasan a ser como cualquier otro mercado y comportamiento de consumo. La famosa explicación de Becker de mediados de siglo sobre el entonces demonizado y persistente consumidor de marihuana tenía un toque de ironía.

¹³ Los primeros pasos en el camino hacia el tratamiento actual fueron en Katz, J., “Gangs Aren't the Cause of Crime”, *Los Angeles Times*, 1992; Katz, J., “The Gang Myth”, en Karstedt, S. y K.-D. Bussmann (eds.), *Social Dynamics of Crime and Control: New Theories for a World in Transition*, Oregon, Hart, 2000, pp. 171-187; Katz, J. y C. Jackson-Jacobs, “The Criminologists' Gang”, en Sumner, C. (ed.), *The Blackwell Companion to Criminology*, Oxford, Blackwell Publishers, 2004, pp. 1-34.

Las causas eran condiciones de aprendizaje.^[14] La explicación era importante solo porque no había mucho que explicar, nada más que lo que se necesita para aprender a hacer y disfrutar haciendo prácticamente cualquier práctica novedosa que se convierta en un placer persistente. Bien podría haber estado explicando el sexo en el matrimonio o la dedicación al esquí. Que el Estado califique una forma de conducta como delictiva no significa que haya algo único en ese comportamiento que los científicos sociales puedan explicar.

Como aprenden los estudiantes de primer año de Derecho, los delitos de robo y violencia, tal y como se definen y se aplican, no son guías válidas de lo que los actores entienden que están haciendo al adoptar cursos de conducta. Las leyes penales se crean pensando en las víctimas y en los moralistas. Para determinar legalmente de qué puede ser culpable un atacante, importa si un disparo dio en el blanco o se desvió; si un hospital estaba cerca o lejos; y la calidad prevaleciente de los servicios médicos, todas las variaciones que históricamente han afectado a las tasas de homicidio en formas que los científicos sociales ignoran por su cuenta y riesgo.^[15]

El punto de vista de la víctima se pierde masivamente en las estadísticas oficiales de delincuencia cuando las víctimas no denuncian las agresiones, ya sea porque ocurren dentro de la vigilada intimidad de la familia, porque los agresores y las víctimas son demasiado jóvenes para ser considerados candidatos a la atención policial, por-

¹⁴ Becker, H., “Becoming a Marihuana User”, *American Journal of Sociology*, N° 59, 1953, pp. 235-242.

¹⁵ Pinker, S., *The better angels of our nature: why violence has declined*, Nueva York, Viking, 2011. En la página 62 de su libro, Pinker descarta la relevancia de la mejora de los servicios médicos para explicar la reducción de las tasas de homicidio, argumentando que la medicina fue pésima durante los siglos anteriores en los que supuestamente se redujo el homicidio. No se hace cargo de las complejidades de la aplicación de la hipótesis a los declives del siglo XX, un período en el que, por un lado, las armas de fuego se volvieron más accesibles y letales, y por otro, la salud pública (agua más limpia, mejor nutrición, vacunación, etc.) hizo que el cuerpo humano fuera menos frágil, la medicina de urgencia mejoró, y el miedo popular a los hospitales como lugares para morir, que estaba aún vigente cuando Rilke publicó *The Notebooks of Malte Laurids Brigge* [Los cuadernos de Malte Laurids Brigge] en 1910, prácticamente había desaparecido.

que la víctima no sufrió daños físicos, porque el proceso de denuncia sería humillante o supondría un riesgo de autoinculpación, etc. Pero, independientemente de cómo se juzgue el éxito de las correcciones estimadas que los criminólogos pueden hacer para esa infradeclaración, ni siquiera una información completa resolvería el problema de que las categorizaciones oficiales de los delitos borran una miríada de distinciones que fueron fundamentales en la etiología del comportamiento problemático. Las encuestas de victimización pueden iluminar lo que se ha caracterizado como “la cifra negra de la delincuencia (no denunciada a la policía)”.^[16] Pero la percepción y el significado del delito para la víctima enmascaran habitualmente las diferencias de significado para el delincuente.

Consideremos un ejemplo algo anticuado pero todavía útil, los ladrones de tazas de ruedas de automóviles. Una persona toma una taza como una broma de venganza. Un segundo toma una taza para realizar una colección expuesta en la pared de un garaje. Un tercero toma una taza para que le paguen las personas que, una vez que el robo de tazas crece lo suficiente en volumen, comienzan a comprar las tazas robadas para revenderlas. Un cuarto toma una taza para reemplazar la que le fue robada por uno de los tres primeros ladrones. Una quinta persona toma una taza para pertenecer a un grupo que se ha romantizado por hacer ese tipo de cosas. Todas las acciones pueden ser codificadas por la policía como el mismo delito, pero cada una surge de una secuencia diferente de acciones previas. Un insulto previo percibido por el ladrón 1 configuró su acción como una venganza. El ladrón 3 tuvo que pasar por la fase previa de aprendizaje del mercado de reventa. Un robo anterior

hizo que el ladrón 4 tuviera que conseguir un sustituto. Cada robo da paso a una secuencia diferente de acciones posteriores. El ladrón 5 muestra el botín a sus compañeros. El ladrón 3 negocia una venta a un vendedor de cosas robadas. El ladrón 2 reorganiza su colección para hacer espacio a la nueva adquisición. Cada uno es un movimiento en un tipo diferente de interacción con los demás, como la venganza, la congraciación o la búsqueda de beneficios. Cada uno tiene una trayectoria emocional distinta.

La secuencia de acciones, no solo la motivación sustantiva, difiere en los procesos causales de estos casos. Algunos robos de tazas se realizan como uno más de una serie temporalmente prolongada (el coleccionista, el ladrón que revende), otros pueden realizarse como algo puntual poco después de que haya surgido una nueva provocación (el que complace a sus compañeros, el ladrón que reemplaza). Incluso los aspectos prácticos de la extracción física de la taza pueden diferir de un principiante a un profesional, de un actor en solitario a un grupo, de un ladrón calculador a un vándalo espontáneo.

El enfoque adoptado en *Los encantos del delito* se basaba en la cautela ante la perspectiva de encontrar una trayectoria causal común que condujera a la miríada de acciones que hacen que el sistema de justicia penal colapse en delitos procesables, así como en la fascinación por averiguar lo que se estaba ocultando sobre las atracciones que inspiraban cada conducta distinta. El principio metodológico general era que, para explicar los cambios en el curso de la conducta de una persona determinada o las diferencias en el curso de la conducta de distintas personas, es conveniente elaborar las causas, o el *explanans*, a la vez que se perfecciona la definición del *explanandum*. El investigador no toma las categorías centrales del estado o de la teoría, salvo como punto de partida. He redefinido *explanans* y *explanandum* para que se ajusten a los hechos. En las discusiones formales, el procedimiento se conoce como inducción analítica,^[17]

¹⁶ “Cualquier conjunto de estadísticas sobre la delincuencia, incluidas las de la investigación por encuesta, implica un cierto procesamiento evaluativo e institucional de los informes de las personas. Los conceptos, las definiciones, los modelos cuantitativos y las teorías deben ajustarse al hecho de que los datos no son un universo objetivamente observable de ‘actos delictivos’, sino aquellos acontecimientos definidos, captados y procesados como tales por algún mecanismo institucional”. Biderman, A. D. y Albert J. Reiss Jr., “On Exploring the ‘Dark Figure’ of Crime”, *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, N° 374, 1967, pp. 1-15.

¹⁷ Katz, J., “From How to Why: On Luminous Description and Causal Inference in Ethnography (Part 1)”, *Ethnography*, vol. 2, N° 4, 2001, pp. 443-473.

que es un nombre elegante de las ciencias sociales para lo que siempre han hecho los estudiosos humanistas.

A medida que he continuado trabajando en la comprensión del comportamiento relacionado con la delincuencia, me he dado cuenta de cómo los criminólogos se han puesto trabas, al depender del Estado, para enmarcar sus investigaciones. Cada uno de los siguientes problemas metodológicos es de interés desde una perspectiva crítica, pero cada uno de ellos es también una guía de nuevas líneas de investigación que pueden contribuir positivamente a explicar, no necesariamente el delito tal y como se define oficialmente, sino la desviación, la transgresión y, especialmente, la violencia interpersonal predatoria, tal y como la entienden *in situ* los propios actores. En primer lugar, repasaré las principales formas en las que el Estado orienta erróneamente a la criminología y, a continuación, ofreceré una serie de alternativas que se mantienen fieles a la perspectiva del actor.

Los múltiples problemas que los datos proporcionados por el Estado crean para la explicación sociológica

El Estado crea los datos que los criminólogos utilizan para describir sus explicaciones, que suelen adoptar la forma de índices de delincuencia producidos por las operaciones policiales. Pero los criminólogos también suelen depender del Estado, directa e indirectamente, para los *explanans* que prueban. Las causas más probadas se basan en los descriptores demográficos, temporales y ecológicos de los expedientes policiales, así como en los datos cuantificados creados por las operaciones de censo y encuestas sociales del gobierno. A veces, los criminólogos ponen a prueba cambios históricamente específicos en las políticas gubernamentales, como una nueva estrategia policial, programas de lucha contra la pobreza, reformas educativas, programas contra la reincidencia, regulaciones de salud pública, avances y contracciones de las prohibiciones gubernamentales sobre la comercialización

del contrabando o la prestación de servicios médicos como el aborto, etcétera.

¿Y por qué no? Si el gobierno financia o cambia su control normativo sobre la vida social basándose en ideas políticas sobre las consecuencias sociales, la evaluación de la investigación está lógicamente implícita. Si el gobierno proporciona conjuntos de datos masivos de libre acceso sobre la delincuencia y sobre las características sociales que potencialmente podrían explicar la delincuencia, alguien debería explotar su potencial explicativo. El problema es que la criminología como campo se ha visto seducida por la disponibilidad de datos gubernamentales, alejándose de fundamentar las explicaciones en la experiencia de las fuerzas causales, ya que la gente pasa de no realizar a realizar comportamientos relacionados con la delincuencia, y viceversa. Esto requiere una apuesta original y a menudo financiada personalmente para crear o explotar datos cualitativos en forma de investigación etnográfica, biografías y autobiografías, notas de campo de observación de la participación y registros históricos que puedan retratar la acción colectiva. Si se lee la literatura criminológica desde la perspectiva de lo que se ha descubierto a través de la descripción cualitativa y cercana de los procesos causales de la violencia y otras formas de conducta relacionadas con la delincuencia, salen a la luz una serie de fallos sistemáticos al confiar en los datos proporcionados por el Estado.

La falacia ecológica

El Estado juzga a las personas directamente como individuos cuando son procesados por el sistema de justicia penal, y el Estado dirige las ayudas a la renta directamente a los individuos a través de los pagos de prestaciones y las políticas fiscales. Pero por una cuestión de proceso práctico, el Estado no distribuye las prestaciones exclusivamente a los individuos como entidades aisladas. Los individuos reciben la educación financiada por el gobierno, la policía, los servicios médicos, la recolección de la basura y la representa-

ción política en grupos geográficos. Estas aglomeraciones se crean a medida que el gobierno clasifica administrativamente a las poblaciones en naciones, estados y condados geográficamente exhaustivos y mutuamente excluyentes, ciudades, distritos policiales y escolares; en unidades de muestreo de tipo vecinal; en áreas mejoradas con parques y bibliotecas, restringidas a determinados usos por zonas, etc. El gobierno da cuenta de lo que hace grupo por grupo, y en unidades de tiempo cronológico estándar. Entonces resulta tentador para los investigadores utilizar ecologías definidas administrativamente y el tiempo cronológico para definir las causas y los efectos que deben probarse. Los criminólogos suelen establecer sus explicaciones, las diferencias que pretenden explicar, describiendo variaciones entre estos grupos (¿por qué la delincuencia es mayor aquí que allí?) y como variaciones en unidades de tiempo cronológicas estándar dentro de determinados grupos (¿por qué la delincuencia aumentó entre este y aquel año en Estados Unidos?).

Aunque hace tiempo que se ha señalado como una trampa,^[18] la falacia ecológica (tomar las características de un área como descripción de las experiencias o características de los individuos) persigue a la criminología. Cuando alguien es detenido o condenado por robo, o cuando alguien denuncia haber sido robado, sabemos una verdad sobre un individuo, que ha sido detenido, condenado o ha denunciado haber sido víctima. También podemos saber que una persona detenida por robo residía en el momento de la detención en un domicilio de un barrio pobre, en una zona con alta intensidad policial y escuelas de baja calidad, en un distrito con alto nivel de desempleo, etc. Pero no sabemos la verdad de su experiencia en el barrio, la protección policial contra la victimización que recibieron personalmente, la estrategia de aplicación de la ley utilizada en torno a su hogar, la calidad de la escolarización que tuvieron o cómo se veían las oportunidades de trabajo desde su casa.^[19]

El problema para la criminología con la descripción de la vida social por parte del sistema de justicia penal no es tanto la inexactitud de lo que describe como la de lo que no pretende describir. Dado que el gobierno lo facilita, los investigadores se ven tentados a describir el contexto sociogeográfico de los delitos, lo que a su vez tienta a los analistas a tratar las características de la zona como factores causalmente significativos experimentados por quienes delinquen. La tentación es fuerte porque el Estado no proporciona de manera uniforme y exhaustiva descriptores a nivel individual de muchos de los *explanans* que los criminólogos querrían probar, como la educación del delincuente, la clase social, el historial de empleo, la situación familiar, la adicción a las drogas, etcétera.

Los transgresores y las víctimas pueden no encajar en los perfiles del lugar donde la delincuencia se reduce. Algunos se desplazan desde sus hogares en una zona para atacar a otros en otras zonas. Incluso si encuentran víctimas cerca de su lugar de residencia, es posible que los agresores no hayan vivido allí en el período de vida designado como causalmente significativo por las teorías que afirman que la calidad educativa o el carácter de la comunidad conforman las motivaciones delictivas. Gracias a las innovaciones, es posible recoger datos que respondan a algunos de estos problemas.^[20] También es posible realizar muestras probabilísticas a gran escala en una zona determinada que produzcan medidas individualizadas sobre personas u hogares que residan en diferentes subsecciones de la zona en múltiples puntos a lo largo del tiempo. Pero en las entrevistas relativamente breves que hacen posible las encuestas a gran escala, es muy difícil desarrollar relaciones con los sujetos que produzcan autoinformes fiables y también negacio-

muy efectivas políticas de represión de la delincuencia de Nueva York, véase Greenberg, D., "Studying New York City's Crime Decline: Methodological Issues", *Justice Quarterly*, vol. 31, N° 3, 2014, pp. 154-188.

²⁰ Por ejemplo, Papachristos, A. V. y S. Bastomski, "Connected in Crime: The Enduring Effect of Neighborhood Networks on the Spatial Patterning of Violence", *American Journal of Sociology*, vol. 124, N° 2, 2018, pp. 517-568.

¹⁸ Robinson, W. S., "Ecological Correlation and the Behavior of Individuals", *American Sociological Review*, N° 15, 1950, pp. 351-357.

¹⁹ Para una breve y clara apreciación de este punto en aplicación de las supuestamente

nes fiables de participación en actividades delictivas.^[21] La mayor parte de la investigación estadística en criminología sucumbe a la tentación estatal de arriesgarse a la falacia ecológica al relacionar las cifras de población que describen las características del contexto socioeconómico con los índices de delincuencia registrados por las fuerzas del orden, sin ninguna prueba de intermediación en las biografías.

Las contradicciones ontológicas del “delito de cuello blanco”

Las falacias ecológicas son sutilmente provocadas por el Estado de otra manera, a través del singular estatus sociojurídico del “delito de cuello blanco”. Los índices de delincuencia están muy correlacionados con los barrios pobres y mal atendidos, las escuelas mal valoradas, la falta de respeto de la policía, el alto desempleo y el empleo mínimamente remunerado en una zona, al menos en los contrastes sincrónicos. Por lo tanto, parece razonable suponer que estos descriptores zonales afectan a los residentes de forma individual: ¡por supuesto, la delincuencia inmobiliaria depredadora está “arraigada” en la pobreza, la mala calidad de la educación, los hogares monoparentales que luchan por llegar a fin de mes! No vemos mucha delincuencia en las zonas de élite de una ciudad.

El “cómo” que glosa la explicación ecológica aflora cuando pensamos en la delincuencia de cuello blanco. En la medida en que hay pruebas de la frecuencia con la que las personas que viven en diferen-

tes niveles de estratificación social roban a sabiendas, no hay razón para creer que los niveles más bajos sean un caldo de cultivo más fértil. Los lectores pueden examinar las noticias diarias y seleccionar sus propios ejemplos de fraude y corrupción en los niveles socioeconómicos altos. No son solo los casos excepcionales, las carreras de toda la vida en el fraude de individuos como Bernie Madoff y Donald Trump. ¿Cuántas naciones podrían calificarse propiamente de “cleptocracias”, en las que el robo está sistemáticamente integrado en las élites gobernantes, porque para acceder al poder es necesario colaborar en la corrupción, de modo que no exista la posibilidad de que un sucesor se vuelva contra sus predecesores?

La omnipresencia de la “delincuencia de cuello blanco” tampoco se limita a las élites que dependen del poder político para evadir la detección. En un estudio, se descubrió que alrededor de un tercio de los contribuyentes estadounidenses no declaraban una cantidad significativa de impuestos.^[22] El sesgo de clase que promueve el fraude fiscal está incorporado en los sistemas fiscales de Estados Unidos y de muchos otros países. El engaño fiscal es mucho más difícil para los que cobran de un empleador en comparación con aquellos cuyos ingresos llegan a la atención del gobierno solo a través de las autodeclaraciones.^[23] El sistema fiscal incorpora rutinariamente la vigilancia privada de las obligaciones fiscales que la clase trabajadora cumple en el proceso de pago de los salarios. Los empresarios tienen un incentivo para declarar la paga de los empleados al gobierno con el fin de obtener la máxima deducción posible del impuesto a las ganancias.

Los patrones de fraude y robo en los estratos sociales altos ponen en tela de juicio a la mayoría de las teorías de la criminología, que generalizan sobre el “delito” como *explanandum* y plantean explica-

²¹ Incluso cuando operan con relativa libertad de la financiación gubernamental directa y de los intereses definidos por el Estado, las investigaciones de encuestas a gran escala basadas en la universidad sobre las condiciones sociales que dan forma a los índices de delincuencia requieren inversiones extraordinarias de tiempo, dinero y personal, la negociación de un diseño de investigación que pueda soportar la colaboración de los financiadores y de un gran equipo de investigadores y, para llevar la encuesta a buen puerto, la gestión repetida de la crisis. Véase la breve historia de las vicisitudes que ha atravesado el Proyecto de Desarrollo Humano en los Barrios de Chicago, capítulo 4 en Sampson, R. J., *Great American City: Chicago and the Enduring Neighborhood Effect*, Chicago, The University of Chicago Press, 2012.

²² James Andreoni, B. Erard y J. Feinstein, “Tax Compliance”, *Journal of Economic Literature*, vol. 36, Nº 2, 1998, pp. 818-860.

²³ Clotfelter, C. T., “Tax Evasion and Tax Rates: An Analysis of Individual Returns”, *The Review of Economics and Statistics*, vol. 65, Nº 3, 1983, pp. 363-373; Kleven, H. J. et al., “Unwilling or Unable to Cheat? Evidence from a Tax Audit Experiment in Denmark”, *Econometrica*, vol. 79, Nº 3, 2011, pp. 651-692.

ciones de carácter psicológico (falta de disciplina o débil autocontrol, por ejemplo), experiencias biográficas (pobreza, familias rotas, agresividad policial, racismo) y condiciones ecológicas (barrios desorganizados, servicios públicos inferiores). La “delincuencia de cuello blanco” indica que la relación con el estatus social bajo y desfavorecido ha tenido sentido para muchos durante mucho tiempo, no por las buenas pruebas sobre las diferencias de clase en la criminalidad, sino por la atractiva hermenéutica de la simetría moral.

Parece tener un sentido natural que un comportamiento negativo, como la delincuencia, sea causado por algo negativo, como la desventaja y la opresión. Cuando salen a la luz, el robo, el fraude contra el gobierno y los delitos “sin víctimas”, como el tráfico de contrabando y el consumo de cocaína frente al de crack, indican una antigua comprensión de la asimetría moral, que las causas son los excesos positivos, como las oportunidades de explotar los privilegios o la arrogancia, como ejemplifica un comentario atribuido a Leona Helmsley, heredera de una fortuna hotelera que fue condenada por evasión de impuestos: “Nosotros no pagamos impuestos; solo los pequeños pagan impuestos”. La mitología judeocristiana establece una hermenéutica de la simetría moral al atribuir los problemas del mundo a un desafío original a Dios mediante el robo de una fruta preciosa. Los delitos de cuello blanco encajan mejor en las mitologías que ven la causa de la violencia en una lucha por hacerse con la Manzana de Oro por parte de personas aliadas a las deidades.

A través de las operaciones rutinarias de aplicación de la ley, el Estado sostiene la mitología moral de que la acción antisocial está causada por las malas condiciones sociales. La producción estatal de una sociedad moralmente estratificada está institucionalizada en la política de aplicación de la ley. Los juicios por delitos de cuello blanco son escasos, no solo porque los comportamientos que persiguen son más costosos de detectar y probar, sino también por las consecuencias autodestructivas para la ley, en caso de que se apliquen con demasiada frecuencia. Hay una autocontradicción distintiva en los fundamentos políticos de la delincuencia de cuello blanco que hace que la frase sea casi un oxímoron.

Las prohibiciones estatales de los delitos de violencia interpersonal, como el robo y el homicidio, son sólidas de cara a su vigorosa aplicación. Pero, al igual que algunas leyes contra el consumo por contrabando y otros “delitos sin víctimas”, muchos delitos de cuello blanco solo pueden persistir mientras no se apliquen con demasiada eficacia. En muchos períodos históricos, incluido el actual, las leyes que penalizan el consumo de drogas, la prostitución y el juego dependen para su supervivencia política de que se dirijan a los que se benefician del mercado de contrabando y, al mismo tiempo, no persigan masivamente a los consumidores. La delincuencia de cuello blanco comparte el mismo defecto ontológico político: la aplicación efectiva de la ley provocaría la derogación de la legislación que la prohíbe. El gobierno responde a los delitos de cuello blanco, cuando lo hace, principalmente a través de requisitos de denuncia, multas y condenas simbólicas que minimizan las repercusiones económicas y políticas.^[24]

Hace unos 75 años, Vilhelm Aubert documentó cómo el poder legislativo noruego institucionalizó las definiciones legales de los delitos de cuello blanco sobre la base de un apoyo político que dependía del entendimiento de que el gobierno no aplicaría la ley.^[25] La vergüenza simbólica en un teatro político es a menudo el objetivo compartido. Uno de los ejemplos de Aubert era una ley que añadía fuerza penal a la normativa que limitaba las condiciones de trabajo del personal doméstico. Solo se aprobó después de que los políticos reunieran una coalición de la “izquierda”, que quería que se actuara contra los abusos de las empleadas del hogar; los grupos civiles que se resistían a la intromisión del gobierno en las relaciones privadas, y una “derecha” que insistía en que la ley se redactara de manera que no pudiera aplicarse en la práctica.

²⁴ Levi, M., “Suite Revenge? The Shaping of Folk Devils and Moral Panics about White-Collar Crimes”, *British Journal of Criminology*, N° 49, 2009, pp. 48-67.

²⁵ Aubert, V., “White-Collar Crime and Social Structure”, *American Journal of Sociology*, N° 58, 1952, pp. 263-271.

Los ejemplos actuales abundan. En el milenio, millones de empleados en Estados Unidos trabajaban sin permiso legal, ya sea como personas que cruzan la frontera sin autorización, como titulares de visados que prohíben el empleo o como personas que sobrepasan el tiempo válido de su visa. De forma masiva, mientras los “inmigrantes ilegales” de bajos ingresos procedentes de América Latina se llevaban la peor parte de la ira populista, los empresarios colaboraban masivamente en los delitos de inmigración al ignorar los indicios de que sus empleados utilizaban documentos de identidad falsos.

Hacer trampas en los exámenes de la universidad es otra pauta masiva, como documentan los estudios en los que los estudiantes reconocen su desviación.^[26] El engaño no es solo una violación de los códigos de honor institucionales. Las leyes penales prohíben hacer declaraciones falsas para recibir beneficios del gobierno. Las matrículas y los préstamos a los estudiantes se financian con fondos públicos. Como han señalado algunos fiscales y comentaristas jurídicos, hacer trampas en los exámenes de la universidad es una forma fraudulenta de mantener el derecho a recibir ayudas del gobierno.^[27] Utilizando técnicas de “encubrimiento” comunes en el funcionamiento organizativo de los fraudes empresariales, el profesorado y los administradores de las universidades mantienen una “ignorancia concertada” de las trampas y canalizan las acusaciones que puedan surgir hacia los procesos disciplinarios internos, lejos del escándalo, la indignación pública y las posibles demandas judiciales.^[28]

Un reto fundamental para la sociología es determinar dónde y cómo definir sus *explananda*. Por definición, la “criminología” sigue el camino del Estado. En la medida en que la criminología toma sus

conceptos y datos del funcionamiento de las fuerzas del orden, no puede mostrar la criminalidad en los niveles medios y superiores. Implícita pero inevitablemente, la criminología desarrolla un cuerpo de conocimientos que complementa la construcción mitológica del Estado de una sociedad moralmente estratificada. Los sociólogos de “izquierda” o “progresistas” se suman al melodrama del Estado cuando presentan una visión estratificada de la criminalidad para justificar las propuestas de transferir fondos estatales a los estratos más bajos. La idea central de *Los encantos del delito* no era sugerir otro *explanans*, como el deseo de “emoción” o “diversión”, como han sugerido algunos lectores, sino reconcebir el *explananda* independientemente de la sociología popular moralizada del Estado e iniciar un programa de investigación que pudiera explicar las concepciones de la conducta desviada asumidas por ellos mismos. El reto explicativo es encontrar las contingencias causales de los proyectos definidos por el sujeto, que a veces encajarán dentro de categorías más amplias de crimen tal y como se definen oficialmente (“Emociones furtivas”, “Fabricando el robo”, “Masacres íntimas”),^[29] y en otros casos serán prácticas del vivir y presentar el yo que solo se solapan parcialmente con los crímenes oficiales (“Contruyendo la astucia del *badass*”, “Élites callejeras”, “Motivación del ladrón persistente”).^[30]

Nacionalismo metodológico

Los investigadores que estudian la inmigración han advertido sobre el nacionalismo metodológico.^[31] Los criminólogos suelen trabajar con datos que describen los delitos y los delincuentes en su propia nación. Los que se dedican a la “criminología comparada” también

²⁶ McCabe, D. y L. K. Trevino, “What We Know About Cheating In College: Longitudinal Trends and Recent Developments”, *Change: The Magazine of Higher Learning*, vol. 28, N° 1, 1996, pp. 28-33.

²⁷ Stuntz, W. J., “The Pathological Politics of Criminal Law”, *Michigan Law Review*, vol. 100, N° 3, 2001, pp. 505-600.

²⁸ Katz, J., “Cover-up and Collective Integrity”, *Social Problems*, vol. 25, N° 1, 1977, pp. 3-17; Katz, J., “Concerted Ignorance”, *Urban Life*, vol. 8, N° 3, 1979, pp. 295-316.

²⁹ Katz, J., “A theory of intimate massacres: Steps toward a causal explanation”, *Theoretical Criminology*, vol. 20, N° 3, 2016, pp. 277-296.

³⁰ Katz, J., “The Motivation of the Persistent Robber”, *Crime and Justice: A Review of Research*, N° 14, 1991, pp. 277-306.

³¹ Wimmer, A. y N. Glick Schiller, “Methodological nationalism and beyond: nation-state building, migration and the social sciences”, *Global Networks*, vol. 2, N° 4, 2002, pp. 301-334.

respetan las fronteras estatales. Comparan los índices de delincuencia de cada país como unidades empaquetadas. Prácticamente nadie considera las implicaciones de las biografías y los comportamientos colectivos que trascienden las fronteras nacionales.

El nacionalismo metodológico se convierte en un grave problema en varios sentidos. Uno de ellos es que los criminólogos intentan explicar las variaciones de los índices de delincuencia en una jurisdicción determinada a lo largo de períodos de tiempo durante los cuales las biografías transjurisdiccionales se convierten en una parte mucho menor o mayor de la población que vive en la jurisdicción principal. Para ilustrar cómo el hecho de ignorar las vidas transnacionales puede socavar la investigación vinculada a la nación, recorro al ejemplo que mejor conozco.

A lo largo del siglo xx, Los Ángeles pasó de ser un pequeño pueblo a convertirse en la segunda ciudad más grande de Estados Unidos, sobre todo gracias a la migración interna. En 1960, alrededor del 10% de la población del área metropolitana de Los Ángeles había nacido en el extranjero. La inmigración se había cerrado desde aproximadamente 1920, por lo que pocos hogares del sur de California albergaban formas vivas de culturas domésticas basadas en el extranjero.

En 1960, la ciudad de Nueva York no era muy diferente: alrededor del 20% de la población había nacido en el extranjero. En los treinta años anteriores a 2000, Los Ángeles y Nueva York habían sido los principales destinos de los nacidos en el extranjero. En el milenio, la gran mayoría de los niños de Nueva York y de Los Ángeles vivían a diario en hogares formados por experiencias y perspectivas desarrolladas y aún vinculadas a orígenes fuera de Estados Unidos. Dependiendo de los criterios de recuento utilizados, hasta dos tercios de la población de Nueva York y Los Ángeles vivían en hogares en los que repercutían emocionalmente las experiencias vividas en lugares fuera de Estados Unidos.^[32] Los traumas vivi-

³² Las opciones de recuento son complejas porque uno de los padres, pero no ambos, puede ser extranjero, los hijos pueden vivir un tiempo en un hogar y luego en otro, los padres

dos fuera de Estados Unidos y durante el proceso migratorio fueron piedras angulares de la experiencia de la vida en Estados Unidos. Y, sin embargo, los principales analistas académicos consideraron que el descenso de la delincuencia en Nueva York después de 1990 se produjo en una población que se mantuvo constante.^[33]

La lógica de casi todas las teorías predominantes sobre la causalidad de la delincuencia se ve comprometida cuando se aplica a un período de la historia en el que el tamaño de la población configurada por la cultura extranjera está cambiando rápidamente. Considérense las medidas de la situación económica. Los niveles de ingresos caracterizados como de pobreza en el orden de estratificación estadounidense a menudo significarían un estatus considerablemente más alto en México, como indica la dirección en que fluyen las remesas. Los adultos que no se graduaron en la escuela primaria tienen un rendimiento educativo abismalmente bajo en comparación con la población estadounidense, pero no necesariamente en relación con la población de su región de origen.

cambian de pareja, etc. Pero, en general, el simple recuento del “porcentaje de nacidos en el extranjero” subestima el impacto de las influencias de los extranjeros en los hogares de Estados Unidos. Del discurso de 2005 del presidente de la asociación de demógrafos profesionales: “La limitación más importante de las estadísticas demográficas estándar sobre inmigración es la exclusión de los hijos de inmigrantes nacidos en el país. Los hijos de inmigrantes se crían, al menos en parte, en el mundo social y cultural de sus familias inmigrantes. Los valores, las historias y las lenguas de los inmigrantes forman parte del patrimonio cultural de los hijos de inmigrantes”. Hirschman, C., “Immigration and the American Century”, *Demography*, vol. 42, N° 4, 2005, pp. 595-620.

³³ De un libro en el que un destacado criminólogo evalúa las posibles causas del importante descenso de la delincuencia en Nueva York entre 1990 y 2010: “[...] desde 1990 [...] los homicidios se han reducido en un 82%, pero la población, las culturas y las oportunidades de los pobres urbanos de Nueva York no han cambiado mucho”. Zimring, F. E., *The city that became safe: New York's lessons for urban crime and its control*, Nueva York, Oxford University Press, 2012, p. 154. Compara la opinión de un demógrafo sobre la población de Nueva York: “Las tres últimas décadas del siglo muestran dos tendencias muy diferentes: los nativos abandonaban Nueva York y los inmigrantes llegaban. Durante la década de 1970, [hubo un] éxodo de más de un millón de nativos de la ciudad [...] [y la llegada de] [...] casi un cuarto de millón de inmigrantes más. Durante las dos décadas siguientes, la pérdida de nativos continuó, aunque más lentamente. El declive demográfico de Nueva York se detuvo con la llegada de más de 400.000 inmigrantes en la década de 1980 y casi el doble en la de 1990”. Hirschman, C., *op. cit.*, p. 605.

Una teoría brevemente popular sobre el descenso de la delincuencia violenta que comenzó en Estados Unidos en torno a 1990 argumentaba que la legalización del aborto a principios de la década de 1970 redujo el porcentaje de niños no deseados que se convertían en adolescentes y jóvenes adultos años después. La teoría tiene el atractivo sentimental de la simetría moral. Es de suponer que las vidas que no se habrían desarrollado si el aborto fuera legal eran menos queridas que las vidas surgidas de embarazos deseados. Es ciertamente malo que los niños no sean amados, por lo que deberíamos esperar que los malos resultados se manifestaran más tarde en la vida de los que habrían sido abortados. Pero el cambio en la ley del aborto de Estados Unidos no tendría mucho efecto en las personas que llegaron a Estados Unidos como adultos desde jurisdicciones donde el aborto seguía siendo ilegal. Tampoco podían afectar mucho a las tasas de homicidio estadounidenses las personas que venían de países europeos como Francia, donde el aborto se legalizó más o menos al mismo tiempo, ya que sus tasas de homicidio eran ya insignificantes en Estados Unidos.

El nacionalismo metodológico ha comprometido la investigación social mucho más allá de los estudios sobre inmigración. Una explicación de la delincuencia que era popular entre los sociólogos en la década de 1980 era que los índices de delincuencia aumentan con las desigualdades sociales del área metropolitana.^[34] El fracaso de la verificación empírica hizo que la popularidad de la idea fuera efímera. Pero el rechazo de la explicación no debería haber esperado a tener más pruebas. Incluso cuando los autores estaban escribiendo, la población nacida en el extranjero estaba aumentando rápidamente. Esto significaba que las desigualdades descritas por los datos de los autores no se ajustaban cada vez más a la experiencia biográfica de la estratificación entre las personas cuyos comportamientos se explicaban.

Hasta la fecha, las ciencias sociales no han superado este problema metodológico, que combina la falacia ecológica con la ceguera nacionalista. Los académicos no han comenzado el trabajo intelectual necesario para saber si la desigualdad social está aumentando o disminuyendo en un sentido biográfico. ¿Cuál es el estatus de estratificación de un residente de Los Ángeles que vive en niveles de pobreza en Estados Unidos pero que, dentro de su biografía, redes de parentesco y de conocidos, ha experimentado una movilidad ascendente que aumenta el orgullo en comparación con los oaxaqueños de México con los que todavía se relaciona a diario y a los que apoya económicamente de forma regular? Es fácil ver el aumento de la desigualdad si se hace una comparación instantánea de los ingresos relativos de los adultos que vivían en los hogares de Los Ángeles en 1960 con los ingresos relativos de los residentes de Los Ángeles en 2000. Pero, ¿cómo se comparan los ingresos relativos de los residentes de Los Ángeles en 1960, el 90% de los cuales habían nacido en Estados Unidos o Canadá, con los ingresos relativos de la mayoría de los hogares de Los Ángeles en el año 2000, donde los órdenes de estratificación subjetivamente relevantes van más allá de Estados Unidos y llegan a jerarquías socioeconómicas tan diferentes como las de Guatemala, Ucrania, Armenia y Corea del Sur?

El nacionalismo metodológico no es solo un problema para las explicaciones a nivel individual en criminología. Esto trunca artificialmente la búsqueda de las causas. Las variaciones en los delitos relacionados con las drogas y la violencia conexa en los países consumidores de drogas son, en algunos períodos históricos, el resultado de una cadena transnacional de comportamientos que incluye cambios en la forma en que las personas se relacionan en otros países. Si es así, las causas importantes de los cambios en los índices de delincuencia pueden quedar fuera de los límites de las pruebas sistemáticas sobre la vida social que puede proporcionar cualquier gobierno.

Uno de los grandes enigmas para la criminología de finales del siglo xx en Estados Unidos ha sido el rápido aumento de la violen-

³⁴ Blau, J. R. y P. M. Blau, "The Cost of Inequality: Metropolitan Structure and Violent Crime", *American Sociological Review*, vol. 47, N° 1, 1982, pp. 114-129.

cia percibida como relacionada con el “crack” en los barrios de las ciudades de bajos ingresos en la década de 1980 y su caída en los noventa. Se ha sugerido que el descenso se produjo tras el abandono de la comercialización en la calle, ya que los jóvenes locales conocieron los riesgos y tuvieron menos incentivos porque, como se ha documentado, los precios del crack y de otras drogas callejeras bajaron. Pero ¿por qué han bajado los precios? Tal vez porque la presión de Estados Unidos para que se aplique la ley a los cárteles de la droga en México en los años noventa desencadenó una violencia entre mayoristas que los fragmentó, rompiendo los monopolios y, en consecuencia, reduciendo lo que habían sido precios artificialmente elevados. La caída de la violencia relacionada con el contrabando en Estados Unidos puede haber sido causada por las políticas del gobierno estadounidense que efectivamente exportaron la violencia a México y a otras jurisdicciones de venta de drogas al por mayor fuera de Estados Unidos. No es probable que los políticos estadounidenses se atribuyan el mérito de aumentar los homicidios en México como forma de disminuir los homicidios en su país. Pero las hipótesis sobre la causalidad transnacional no pueden investigarse basándose únicamente en las pruebas nacionales, ni siquiera en lo que informan varios gobiernos sobre sus actividades policiales y sus índices de delincuencia. Las descripciones de las operaciones de las fuerzas de seguridad fuera de Estados Unidos surgen esporádicamente en los procesos judiciales de Estados Unidos, normalmente muchos años después de los hechos. Estos jirones de pruebas solo pueden utilizarse para probar las hipótesis de los cambios en la dinámica causal que da forma a la violencia criminal en Estados Unidos, tejiéndolos con el trabajo de investigación de periodistas e historiadores independientes.

El nacionalismo metodológico no solo trunca arbitrariamente la investigación de las posibles causas, sino que desvía la conceptualización de lo que se quiere explicar. En períodos históricos en los que las biografías de las personas traspasan las fronteras, los cambios en los índices de criminalidad de la población de una nación determinada son una explicación problemática. La población resi-

dente en la jurisdicción (nación, ciudad, Estado) en la que se produce la delincuencia, sea cual sea la medida, es, en mi opinión, siempre la base del denominador utilizado para calcular las tasas. Pero no es o no debería ser obvio que las variaciones en los índices de delincuencia en la población de una nación determinada sea el único asunto, o incluso el más informativo, que deban explicar los criminólogos que tratan de explicar cómo las condiciones sociales afectan a las biografías individuales. El uso presuntivo por parte de los criminólogos de las variaciones en los índices de delincuencia de una nación determinada como explicación, incluso durante los períodos en los que las personas nacidas en el extranjero están entrando masivamente en ese país, es otro indicador de la deferencia institucionalizada del campo hacia el Estado.

Inevitablemente, el pensamiento causal compara los patrones observados con las hipótesis de lo que habría sucedido si las causas teorizadas no se hubieran producido en absoluto o en diferentes niveles.^[35] A los políticos nacionales y a las instituciones gubernamentales nacionales no les importa, pero para gran parte de la población actual de Estados Unidos la pregunta correcta sobre el impacto de las políticas y condiciones sociales estadounidenses en su comisión de delitos podría formularse como un contrafactual extraestadounidense: ¿cuál habría sido su índice de delincuencia si no hubieran estado expuestos a las políticas y condiciones sociales estadounidenses por seguir viviendo en su lugar de origen? Mientras los hogares formados por personas nacidas en el extranjero se han convertido en la gran mayoría en las mayores ciudades de Estados Unidos, y mientras estos hogares han aumentado en todo el país a medida que las personas que llegan a Los Ángeles y a Nueva York se trasladan al interior, los criminólogos que tratan de explicar las tasas de criminalidad de Estados Unidos han estado argumentando contra los contrafactuales equivocados. Es muy posible que el des-

³⁵ Pearl, J., *The book of why: the new science of cause and effect*, Nueva York, Basic, 2018; Morgan, S. L. y C. Winship, *Counterfactuals and causal inference: methods and principles for social research*, Nueva York, Cambridge University Press, 2007.

censo de la delincuencia en la población de Estados Unidos haya sido aún más impresionante de lo que se aprecia, si significa que los que vinieron y sus hijos habrían sido más propensos a participar en la delincuencia si sus familias no hubieran inmigrado. O quizás todo lo contrario. También existe el reto de determinar cómo afectaron los emigrantes a la población que permaneció en el lugar de origen. Los investigadores de la inmigración se ocupan de estas cuestiones, pero los criminólogos no. Tal vez el descenso de la delincuencia en Estados Unidos desde 1990 tenga una relación causal con el aumento de la delincuencia en las zonas residenciales despojadas de la parte de su población que mejor podía perseguir la movilidad ascendente.

Si queremos evaluar y asesorar al gobierno, definimos *explanans* y *explananda* de forma que sigan las anteojeras jurisdiccionales que los políticos deben utilizar si quieren el poder. No importa mucho para las posibilidades electorales de los políticos de Estados Unidos lo bien que funcionen las sociedades en otros lugares. Así que los criminólogos se preguntan si los índices de criminalidad en su país subieron o bajaron entre este y aquel año; y se preguntan qué ocurrió durante ese tiempo en esa jurisdicción. Tal vez pongan a prueba sus hipótesis causales sobre los cambios en su nación haciendo comparaciones sincrónicas con las variaciones de las causas y los índices de delincuencia en otras naciones.

Pero si nos interesa la vida de las personas, nos preguntamos si un determinado conjunto de personas robó, asaltó o mató más, o sufrió la victimización de ese comportamiento, más o menos durante un período de tiempo determinado; y si hubo cambios importantes a lo largo del tiempo, nos preguntaríamos por qué. Las personas no viven necesariamente su vida desde el nacimiento hasta la muerte en una determinada jurisdicción geopolítica. En el caso de Los Ángeles durante los últimos cincuenta años, gran parte de la población residente en el año 2000 había nacido en el extranjero o había emigrado desde otra jurisdicción de Estados Unidos, por lo que tiene cierto sentido, aunque muy limitado, investigar cómo lo que ocurrió en Los Ángeles en el año 2000, o en la zona de Los Ángeles durante los veinte años anteriores, afectó a las motivaciones de los residentes

para ser violentos o robar. Si nuestro interés es explicar los cambios en el comportamiento violento y los cambios en el riesgo de daño de la violencia a lo largo del ciclo de vida, podríamos hacer mejor preguntas como: ¿las personas que vivieron en México y luego llegaron a Los Ángeles cometieron violencia doméstica o robos, se pelearon con sus compañeros, engañaron y sobornaron al gobierno, más, menos o en la misma proporción, antes y después de llegar a Los Ángeles? En el caso de los que nacieron en Estados Unidos y se marcharon, o de los que nacieron en el extranjero pero luego regresaron o se fueron a un destino distinto de su lugar de nacimiento, cabe preguntarse cómo varió su riesgo de delinquir a lo largo de estas fases biográficas vividas en distintos lugares. En general, podríamos reformular la pregunta causal sobre las condiciones y las políticas de Estados Unidos en torno a la pregunta obligada: ¿ha influido Estados Unidos en la vida de sus residentes en una dirección pacificadora/civilizadora o terrorista/brutalizadora?

Incluso para evaluar los programas gubernamentales en una jurisdicción determinada, los resultados de la investigación biográfica transfronteriza serían instructivos, pudiendo incluso cambiar la narrativa general. Observamos un dramático aumento de la desigualdad en Los Ángeles en los últimos cincuenta años, pero una visión biográfica ofrece una imagen invertida, ya que muchos de los pobres nacidos en el extranjero vinieron con la expectativa y experimentaron una movilidad ascendente, al igual que sus hijos, en comparación con las vidas que tuvieron y habrían tenido, si ellos o sus padres no hubieran cruzado la frontera. Las culturas domésticas de Los Ángeles mantienen vivos esos contrafactuales de forma rica y dinámica, ya que los residentes de origen extranjero mantienen el contacto con la gente del lugar de origen de sus familias. Lo mismo ocurre con la delincuencia. Incluso cuando los índices de delincuencia aumentaron desde 1965 hasta principios de los años noventa, el riesgo de violencia interpersonal, de la delincuencia callejera y de las guerras internas, probablemente disminuyó para la mayoría de los nacidos en el extranjero con bajos ingresos. Puede que no sea un argumento ganador para un político de Los Ángeles

atribuirse el mérito de haber reducido la violencia en las biografías durante una época de aumento de la violencia en su jurisdicción, pero esa verdad invertida debería ser de interés para los investigadores políticamente independientes.

Al menos otra implicación intelectualmente represiva del nacionalismo metodológico merece ser considerada. Las elecciones nacionales existen para reducir la variedad de experiencias en una geografía a una o unas pocas representaciones en forma de líderes elegidos. Pero la política es un drama aspiracional. Al trabajar por una comprensión singular de la delincuencia en Estados Unidos, la criminología complementa la sociología popular del Estado. Si los límites geopolíticos de una nación no contienen las experiencias de sus residentes, quizás necesitemos dos o más conjuntos separados de resultados que reflejen las diferencias en los contextos sociales que han vivido sus residentes. La mayoría de los negros de Estados Unidos y muchos blancos de las zonas rurales del sur inician su vida en líneas de ascendencia delimitadas por la geografía estadounidense desde hace más de una docena de generaciones. La cuestión de si Estados Unidos ha sido pacificador o embrutecedor puede tener un significado diferente para ellos que para las personas que tienen una exposición generacionalmente más superficial a las condiciones de vida de Estados Unidos.

Temporalidades estatales frente a temporalidades sociales

Al igual que la criminología se ha visto perjudicada por su dependencia de la perspectiva espacial del Estado, que gobierna a través de geografías administrativas zonales y lleva anteojeras en las fronteras geopolíticas, el campo se ha equivocado al utilizar metodologías que rastrean las temporalidades que los gobiernos crean para ejercer el poder. Podemos tomar una pista de la física, que en el siglo xx transfirió el tiempo de un estándar universal inmutable a un *explanandum*, para apreciar cómo la ciencia social puede ser socavada por temporalidades artificiales de medición que se apar-

tan de las secuencias que ocurren naturalmente. Una de las formas en que la perspectiva temporal del Estado ha corrompido la criminología es ignorando las variaciones temporales internas de los hechos delictivos.

En su mayor parte, al Estado no le importan las temporalidades naturales de los comportamientos que trata como delitos. Los índices de criminalidad se componen simplemente anotando si se han producido delitos en una geografía y un período de tiempo determinados. La principal preocupación del gobierno en la descripción de los delitos es similar a la de los juicios contra particulares: el acusado, o las personas de una zona geográfica, lo hicieron o no lo hicieron. Lo mismo ocurre con la mayoría de los trabajos realizados por los criminólogos.

El cómputo gubernamental del delito colapsa el proceso temporal que es interno a cualquier momento de la vida social. Todo comportamiento tiene la cara de Jano, moldeado por el actor para que encaje en una secuencia que el actor reconoce y anticipa que otros reconocerán. Una agresión se lleva a cabo para surgir de forma reconocible como un “siguiente” inmediato a una acción anterior, quizás un insulto percibido, y establece la “siguiente” acción posterior por parte de uno mismo o de otro, quizás una disculpa, una huida o un “izquierdazo” que completa un emparejamiento con un “derechazo” previo. Los actos violentos no solo ocurren o no ocurren; comienzan, se transforman y terminan. Esto último preocupa poco al Estado y también, en su mayor parte, a la criminología, que, para determinados incidentes de violencia, examina las condiciones de ocurrencia, no las contingencias de cese. Si *Los encantos del delito* es una forma diferente de estudiar las conductas que a menudo se etiquetan como delitos, es abriendo temporalidades en los acontecimientos.

Para explicar por qué la delincuencia es mayor en un lugar o se produce en una fecha y no en otra, los criminólogos siguen el calendario de descripción social del Estado. A efectos administrativos y de rendición de cuentas, el Estado recoge y publica datos demográficos, socioeconómicos y de delincuencia de forma ajustada al

calendario estándar de años, meses, días y, para algunos tipos de eventos, horas y minutos. Sirve a las necesidades de la administración sustituir el tiempo cronológico por la secuencia. Pero el camino de la ciencia es buscar secuencias inherentes o “naturales”, ya sea el desarrollo de un cáncer en un cuerpo, las fluctuaciones de la temperatura de los océanos, el ciclo vital de una planta, la evolución de una especie, el ordenamiento de las bases en el ADN, etc. Para algunos propósitos, los investigadores encontrarán útil ordenar sus hallazgos cronológicamente, pero se entiende que la causalidad está en la secuencia de los fenómenos, en cómo un proceso surge de otro y pasa por fases que conducen al siguiente proceso. La organización estatal de los datos en segmentos de tiempo cronológico tienta a gran parte de las ciencias sociales, y a la criminología en particular, al pensamiento causal lineal, ya sea como una simple relación entre el cambio de dos variables a lo largo de un tiempo estandarizado o en regresiones estadísticas (métodos de “mínimos cuadrados ordinarios”) que imponen “controles” y detectan interacciones entre variables. Pero ¿por qué las causas de la delincuencia deben funcionar de forma lineal? ¿Por qué un aumento de la inmigración, del encarcelamiento, de la desigualdad, etc., en un período de tiempo, debería revelar su impacto causal sobre la delincuencia a lo largo de intervalos invariables en lugar de irregulares? ¿Por qué una cantidad determinada de cambio en una causa teórica debería producir siempre la misma cantidad de cambio en la misma cantidad de tiempo?

Los problemas del pensamiento causal lineal deberían ser bien conocidos por los académicos, aunque solo sea a través de la autorreflexión. Los educadores se inclinan a creer que la educación tiene cierto impacto positivo en el estatus social, pero durante los primeros veinte años de la vida de un profesor, independientemente de lo bien o mal que aprenda las lecciones, su estatus socioeconómico depende sobre todo del estatus de los padres. Para muchos, la escuela de posgrado será un período de descenso de estatus, seguido, para unos pocos afortunados, de un salto al primer peldaño de un puesto de “ascenso”, a menudo a los treinta años. A lo

largo de los próximos años, se pueden adquirir y producir cada vez más conocimientos, pero es posible que no se produzca otro cambio importante en el estatus hasta que una decisión de permanencia en el puesto a los cuarenta años provoque un marcado salto o un descenso. Es posible que la expansión constante de los conocimientos y la productividad de la investigación no se conviertan en un cambio de estatus hasta que el profesor supere los cincuenta años y le lleguen “ofertas externas”. En algún momento de los sesenta años, por mucho que uno haya progresado constantemente en el aprendizaje y la publicación, es probable que otras universidades juzguen que no hay suficientes años de futuro por delante como para que un gran salto de estatus merezca la pena por el coste y las molestias de ofrecer un puesto de trabajo. Y si se produce una expansión repentina del sistema universitario en su conjunto en un período histórico determinado, como ocurrió en California y en otros lugares en la década de 1960, entonces el aprendizaje y la productividad anteriores de una persona pueden tener de repente un impacto causal mejorado en su carrera. Podemos entender que las elevaciones de estatus tienen algo que ver con el aumento de conocimientos del individuo sin asumir que la relación es escalonada y unidireccional.

Durante más de treinta años, los criminólogos se han enfrentado a las limitaciones de las lógicas causales lineales al intentar explicar primero el aumento y luego el descenso de la delincuencia en Estados Unidos. Durante los treinta años posteriores a 1960, el homicidio se duplicó prácticamente (de 5 a 10/100.000 habitantes), y después, durante los treinta años siguientes, el homicidio disminuyó aproximadamente hasta el nivel de 1960. Los robos, que suelen ser 25 veces más frecuentes que los homicidios, siguieron un patrón similar. Durante las décadas en las que la delincuencia aumentaba, el tamaño de la cohorte de edad “en riesgo” de cometer delitos aumentaba, al igual que los conflictos raciales, y la confianza popular en el gobierno disminuía, por lo que había una serie de causas hipotéticas que podían esgrimirse para explicar los cambios, y razones para rechazar los argumentos de reducción de la delincuencia mediante el encarcelamiento y la reducción de

la pobreza, que habían ido en aumento.^[36] Pero después de 1990 estas variables cambiaron de forma inconsistente o continuaron su dirección anterior. Treinta años de correlaciones más o menos confirmatorias terminaron en 1990, después de lo cual el conjunto de pruebas de apoyo anteriores se deterioró año tras año. Los criminólogos se enfrentaron al dilema, estadísticamente irresoluble, de que las afirmaciones causales dependían del ciclo de subidas y bajadas en el que se encontraban sus investigaciones. Si se publica demasiado pronto, se avergonzarían de las correlaciones que aparecieron en los años siguientes. Si se publica demasiado tarde, no hay nada positivo que ofrecer. Tuvieron que pasar varios años después del punto de inflexión para que los criminólogos reconocieran el reto.^[37]

Las limitaciones de suponer que una causa producirá su efecto de manera unidireccional en línea recta, un aumento o disminución de la causa en un período temporal determinado que produzca un aumento o disminución proporcional constante de los efectos en ese período de tiempo o en un período constante posterior, independientemente de la historia y el lugar, no es un descubrimiento nuevo. El pensamiento lineal sobre la vida social descarta la consideración de una serie de cambios secuenciales a través de los cuales las causas se convierten en efectos. Los puntos de inflexión y los umbrales, las causas emergentes internas al desarrollo secuencial de un determinado proceso social, los desarrollos históricos sin precedentes que recargan o anulan el poder causal de los patrones de comportamiento preexistentes e inmutables, y los efectos dia-

lécticos son todos procesos no lineales que desafían la captura por parte de los supuestos metodológicos convencionales de la “realidad lineal general”.^[38]

Volvamos ahora a los ladrones de tazas. La criminología está preparada para considerar los efectos en las tasas de robo de tapas de llantas debido a cambios medibles en variables como la influencia de los compañeros, las fluctuaciones económicas que aumentan o disminuyen la necesidad de conseguir dinero robando y luego vendiendo, o las variaciones en la proporción de la población en las edades en las que tales actos son atractivos como emociones transgresoras. Pero algunos de los procesos causales que afectan a la tasa de robo de tazas son generados por la propia historia del robo de tazas: te robo la taza para sustituir la que me robó un desconocido. El robo de tazas se vuelve tan común, que se desarrolla un mercado, creando nuevas motivaciones para los ladrones de objetivos generales que aprenden que pueden confiar en la venta de tazas robadas de la misma manera que venden otros bienes robados. El robo de tazas para llantas se convierte en una moda juvenil que, como muchas modas juveniles, se acelera rápidamente y luego se desacelera. Entonces los datos que describen el *explanandum* no cambian en relación paso a paso con el cambio de otras variables explicativas; en varios puntos de la historia del robo de tazas para llantas, estos saltan.

La historia social del robo de tazas de llantas ilustra otro enigma para el pensamiento causal lineal. Después de algún tiempo, los fabricantes de automóviles se dan cuenta de que pueden hacer más atractivos sus productos si no tienen tazas (el ejemplo no es desca- bellado; una de las ventajas del mercado que impulsa las ventas de los automóviles eléctricos es que, entre las muchas cosas de las que carecen los autos de gasolina, no necesitan convertidores catalíti-

³⁶ Sobre la delincuencia y la desconfianza en el gobierno, LaFree, G., *Losing Legitimacy: Street Crime and the Decline of Social Institutions in America*, Boulder, Westview Press, 1998. Sobre la edad y el homicidio, Fox, J. A., “Demographics and U.S. Homicide”, en Blumstein, A. y J. Wallman (eds.), *The Crime Drop in America*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000, pp. 288-317. Sobre el encarcelamiento, Spelman, W., “The Limited Importance of Prison Expansion”, en Vogel, M. (ed.), *Crime, Inequality and the State*, Londres, Routledge, 2007, pp. 97-129.

³⁷ LaFree, G., “Declining Violent Crime Rates in the 1990s: Predicting Crime Booms and Busts”, *Annual Review of Sociology*, N° 25, 1999, pp. 145-168; Blumstein, A. y J. Wallman, *The Crime Drop in America*, Nueva York, Cambridge University Press, 2006.

³⁸ Abbott, A., “Transcending General Linear Reality”, *Sociological Theory*, vol. 6, N° 2, 1988, pp. 169-186. Para una defensa de los métodos estadísticos que asumen la linealidad en la explicación de los índices de criminalidad, véase McDowall, D. y C. Loftin, “Are U.S. Crime Rates Historically Contingent?”, *Journal of Research in Crime and Delinquency*, vol. 42, N° 4, 2005, pp. 359-383.

cos, lo que se ha convertido en un valioso objetivo para los ladrones). En ese caso, el robo de tazas revela una naturaleza causal dialéctica. Durante un tiempo, el robo de tazas provoca saltos irregulares en este tipo de robos, y luego el nivel de robos aumenta hasta el punto de atraer la atención de actores externos al conjunto de variables que habían estado afectando a la interacción entre el ladrón y la víctima. Las respuestas de estos nuevos actores atentos provocan entonces un declive. En cierto modo, el coste de oportunidad de no fabricar automóviles sin tazas en sus ruedas comenzó a acumularse cuando se robó la primera taza, pero no tuvo un impacto inmediato en los índices de robo. El ejemplo muestra la relevancia de las ideas de umbral, pero también de los procesos dialécticos.

La disponibilidad de informes producidos por el gobierno, con tiempos estándar y emitidos de forma consistente sobre una amplia gama de variables, ha tentado a la criminología a ignorar los problemas inherentes a la lógica lineal predominante para probar las causas de la delincuencia. Hasta la fecha, ninguna variable adicional ha conciliado el largo aumento seguido del largo descenso de la delincuencia. Para seguir haciendo las cosas como siempre, una solución ha sido seguir con el pensamiento lineal y empezar a revisar los datos desde el principio del declive. Utilizando un conjunto de datos que comenzó en 1990, un destacado sociólogo atribuye la reducción de la delincuencia al aumento del número de organizaciones voluntarias que trabajan para reducirla.^[39] Descartando los

³⁹ Sharkey, P., *Uneasy peace: the great crime decline, the renewal of city life, and the next war on violence*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 2018. El punto de vista de Sharkey es compatible con un modelo dialéctico de causalidad. Hace hincapié en las causas “endógenas”, es decir, que el aumento de la delincuencia suscitó la organización de la comunidad que hizo descender la delincuencia. Dado que su serie de datos clave comienza en 1990, no puede probar su explicación en las décadas anteriores de aumento de la delincuencia y no está claro cómo, sin ampliar más allá de su análisis de datos lineales, daría sentido a los muchos años de relación positiva entre la organización comunitaria y el aumento de la delincuencia. La organización de la comunidad en respuesta al aumento de la delincuencia no comenzó bruscamente en 1990, por lo que las correlaciones de las organizaciones sin ánimo de lucro y la delincuencia en años anteriores debilitarían su análisis, a menos que se complementara con argumentos no lineales sobre los efectos de umbral, que es esencialmente lo que estoy ofreciendo.

cambios sociales en Nueva York como posible causa, un distinguido profesor de derecho atribuye a las políticas de la policía de la ciudad el rápido descenso de la delincuencia en la década de 1990.^[40] Un célebre economista encuentra apoyo para algunas de ellas, pero tiene pruebas en contra de otras explicaciones causales del declive de la década de 1990.^[41] Ninguno de ellos aplica sus explicaciones favoritas a los treinta años anteriores de aumento de la delincuencia.^[42] ¿Disminuyeron las organizaciones voluntarias contra la delincuencia de 1960 a 1990? Si, como es el caso, las organizaciones de voluntarios estaban aumentando antes de 1990, quizás el aumento necesitaba alcanzar un umbral antes de afectar a la delincuencia. Cuando la delincuencia aumentó después de 1965, ¿no respondió la policía con nuevas estrategias? ¿Sus nuevas estrategias fueron progresivamente estimulantes de más delitos? ¿Quizás las estrategias policiales aplicadas antes de 1990 tuvieron efectos retardados que solo aparecieron en los índices de criminalidad después de 1990? Antes de la legalización del aborto, entre quince y veinticinco años antes del aumento de la delincuencia en la década de 1980, ¿las madres querían progresivamente menos a sus hijos? Tales cuestiones están implícitas en los supuestos causales lineales de los análisis de los autores, que a través de supuestos estadísti-

⁴⁰ Zimring, F. E., *The great American crime decline*, Nueva York, Oxford University Press, 2007. Hace unos veinte años, me opuse a atribuir el descenso de la delincuencia en Nueva York a las innovaciones policiales porque en Los Ángeles se produjo un descenso paralelo y rápido, aunque menos pronunciado, durante un período en el que un jefe de policía de la ciudad (LAPD) fue desacreditado por los disturbios de “Rodney King” de 1992, el siguiente fue expulsado de su cargo por una ola de escándalos personales y un tercero fue considerado ineficaz por los supervisores civiles del departamento. A finales de la década de 1990, en una declaración extraordinaria por su honestidad, la policía de Los Ángeles reflexionó sobre este declive y reconoció que no podía identificar nada de lo que había hecho que le permitiera reivindicar el éxito. Katz, J., “Metropolitan Crime Myths”, en Halle, D. (ed.), *New York and Los Angeles: Politics, Society and Culture*, Chicago, University of Chicago Press, 2003, pp. 195-224.

⁴¹ Levitt, S. D., “Understanding Why Crime Fell in the 1990s: Four Factors that Explain the Decline and Six that Do Not”, *Journal of Economic Perspectives*, N° 18, 2004, pp. 163-190.

⁴² Véanse también los diversos artículos sobre el descenso de la delincuencia en Nueva York recogidos en Rosenfeld, R. et al. (eds.), *Understanding New York's Crime Drop*, Nueva York, Routledge, 2020.

cos en sus pruebas correlacionales o simplemente por descuidar el pensamiento asimétrico, presumen la reversibilidad, que una verdadera causa de aumento sería, si se invierte, una causa de disminución.^[43]

El por qué antes que el cómo

Los criminólogos imitan el funcionamiento del poder gubernamental cuando explican las variaciones en los índices de delincuencia identificando los cambios en las variables causales que suelen ponerse a prueba. La desigualdad aumenta, y/o la proporción de la población de 15 a 25 años aumenta, y/o la calidad de la educación disminuye, y/o surgen nuevas formas de racismo, y/o los vecindarios pierden la cohesión comunitaria; y entonces inmediatamente, o después de algún retraso constante en el tiempo, la delincuencia aumenta. Y viceversa.

Las causas y los efectos se documentan con datos representativos de las poblaciones estudiadas. El “cómo” queda en una “caja negra”. El modo en que la causa produce el efecto se trata, en el mejor de los casos, de forma hipotética, con “teoría” o esquemas abstractos de “mecanismos”, a veces con uno o un puñado de casos ilustrativos. No se hace ningún esfuerzo para que los datos que apoyan el “cómo” sean equivalentes a los que apoyan el “por qué”.

La marca de la sofisticación metodológica en las ciencias sociales está en considerar no solo una causa sino muchas.^[44] Cada

variable explica una cierta cantidad de variación temporal o espacial del efecto. Con una orquestación tan compleja de la causalidad social de la delincuencia en la mano, el criminólogo puede ofrecer al gobierno un amplio menú de opciones políticas. Los analistas que utilizar multivariantes en las ciencias sociales escriben a menudo como si estuvieran redactando plataformas para los partidos políticos en las campañas electorales, dando el visto bueno a los beneficios previstos en la reducción de la delincuencia a una gama tan amplia de políticas que la aplicación del modelo causal podría constituir el programa de toda una administración presidencial.

Existe una sorprendente homología entre las explicaciones multivariadas de la delincuencia y las ideologías que los partidos políticos necesitan para ser elegidos y gobernar. La derecha apoya los programas “contra la delincuencia”, la izquierda busca reducir la delincuencia con programas “contra la pobreza”. Tanto la derecha como la izquierda necesitan el apoyo de múltiples sectores para llegar al poder. Cada sector se alía con una causa particular. Cualquiera que sea el ala política en el poder, los legisladores querrán asignar fondos para influir en múltiples causas, ya sea, en la derecha, la policía, el encarcelamiento, la deportación, los derechos de las víctimas, la interdicción del contrabando; o, en la izquierda, la educación, el apoyo a los ingresos, los subsidios a la vivienda, la rehabilitación de la adicción a las drogas, los programas de empleo juvenil de verano, las organizaciones de mejora de los barrios, etcétera.

La criminología y los programas políticos también son homólogos en el descuido del “cómo”. El hecho de que las nuevas políticas gubernamentales funcionen, y si es así cómo, es, en el mejor de los casos, una reflexión posterior. Las elecciones llegan con un

⁴³ Para una crítica del supuesto de reversibilidad en las estadísticas de correlación: Lieberman, S., *Making it count: the improvement of social research and theory*, Berkeley, University of California Press, 1985. Más recientemente, Judea Pearl ha retomado y ampliado el argumento de que la estadística, en contraste con el modelado de trayectorias y las matemáticas, no puede hacer frente a la causalidad.

⁴⁴ La historia de la sociología se ha desarrollado a través de una tensión entre teóricos y metodólogos, que a menudo se ha confundido como una tensión entre la investigación cuantitativa y la cualitativa. En la medida en que los etnógrafos proporcionan descripciones matizadas, se alinean con los metodólogos cuantitativos que tratan de mostrar cómo los resultados dependen de las variaciones en el contexto del comportamiento, es

decir, de múltiples causas. Al igual que muchos sociólogos estadísticos multivariantes, su constante descubrimiento de variaciones causalmente relevantes en la acción situada lleva a la observación participante a considerar la teoría como un “mal necesario”. Véase Becker, H., “Theory: The Necessary Evil”, en Flinders, D. J. y G. E. Mills (eds.), *Theory and Concepts in Qualitative Research: Perspectives from the Field*, Nueva York, Teachers College Press, 1993, pp. 218-229. La marca de sofisticación para los teóricos está en mostrar el poder de una sola causa. Véase la discusión al final de este escrito.

calendario inexorable. Los partidos políticos no pueden esperar a los estudios de evaluación. Una vez en el poder, no aplicar una política puede ser tan arriesgado como financiarla. La definición del “cómo” se dejará en manos de los niveles inferiores de la administración, del diseño de los programas administrativos y de los organismos de subvención que examinan las propuestas de evaluación. En general, la forma en que se aplicaron las nuevas políticas recibirá tan poca atención de la investigación previa como el “cómo” que conecta la causa y el efecto en la investigación explicativa que formó la base de conocimientos para las políticas gubernamentales.

No tiene por qué ser así. Si dirigimos la investigación primero a *cómo* interactúan las personas, podemos desarrollar explicaciones alternativas de *por qué* actúan como lo hacen. Las ciencias sociales pueden partir del “cómo” y trabajar hacia las explicaciones del “por qué”^[45] en los niveles micro, meso y macro.

Los etnógrafos comienzan describiendo cómo vive la gente. En su trabajo de campo, inevitablemente se alejan de los diseños de investigación que proporcionan de antemano. En este sentido, los etnógrafos actúan con independencia del gobierno o de cualquier control institucional, incluso cuando están financiados por el gobierno. Pero, al igual que los criminólogos estadísticos, los etnógrafos que describen cómo las personas entran y salen de la violencia no suelen tender un puente lógico y basado en pruebas hacia el otro extremo del programa explicativo. En su lugar, invocan teorías del “por qué” que tienen fundamentos probatorios en estudios cuantitativos o, más a menudo, se limitan a empaquetar su análisis detallado de las observaciones sobre el terreno de las personas que ejercen la violencia y las transgresiones relacionadas con ella en una retórica causal tomada de las teorías académicamente respetables de la época actual, como la desindustrialización, la expansión de las desigualdades, el colonialismo, la represión policial y el

racismo, que serán agradables para sus lectores pero que se refieren a causas que no varían en sus datos etnográficos.

¿Cómo y por qué los etnógrafos pasan de describir el “cómo” a argumentar respuestas al “por qué” para las que no tienen buenas pruebas? Los trabajadores de campo que se acercan a los hechos de violencia describen a los sujetos de formas que los autores esperan, con razón, que sean moralmente repulsivas para los lectores. Las personas que ejercen la violencia suelen parecer simpáticas si uno se centra en la forma en que luchan contra las duras condiciones sociales, pero en una visión cercana de su violencia parecen condenables porque las personas a las que hacen daño suelen estar en las mismas o incluso más precarias posiciones. En esencia, los etnógrafos de la delincuencia tratan sus hallazgos como una papa caliente. Anticipándose a las reflexiones sobre sí mismos que los lectores podrían extraer de las descripciones de los sujetos como personas egoístas, crueles y destructivas, los etnógrafos se lanzan a acusar a las condiciones sociales, abandonando la lógica explicativa para rescatar la condición moral de sus sujetos y de ellos mismos.^[46] No tiene que ser así.

Para salir de la visión estatal del mundo y desarrollar una agenda de investigación independiente sobre las causas de la violencia interpersonal y las transgresiones relacionadas, hay que evitar tres escollos. Uno de ellos es definir el *explanandum* desde la perspectiva de las víctimas o desde la perspectiva de “la gente” representada por el Estado en las categorías oficiales de delitos y los resultados de la aplicación de la ley. La alternativa es permanecer fieles en la descripción y el análisis a las perspectivas promulgadas por las personas cuando están involucradas en el comportamiento a explicar. Un segundo escollo es aplanar los fenómenos sociales en hechos que ocurren o no ocurren, en lugar de describir cómo interactúan las personas, lo que abrirá el curso procesal de los acontecimientos. El tercer escollo es basarse exclusivamente en el pensamiento cau-

⁴⁵ Katz, J., “From How to Why... (Part 1)”, *op. cit.*; Katz, J., “From How to Why: On Luminous Description and Causal Inference in Ethnography (Part II)”, *Ethnography*, vol. 3, Nº 1, 2002, pp. 63-90.

⁴⁶ Katz, J., “Hot Potato Criminology: Ethnographers and the Shame of Poor People’s Crimes”, *Annual Review of Criminology*, Nº 2, 2019, pp. 21-52.

sal lineal en lugar de considerar también múltiples temporalidades causales no lineales como: las progresiones que se construyen a partir de niveles inefectivos hasta puntos de inflexión consecuentes, o pasar los umbrales; los cambios de marea que se producen cuando, en los niveles macrosociales, los patrones de comportamiento generados de forma independiente acaban por entremezclarse, creando nuevas condiciones en el entorno del comportamiento de todos; y los patrones dialécticos en los que los aumentos en los patrones de comportamiento crean incentivos hacia la inversión.

Obsérvese que el llamamiento aquí es metodológico, no un compromiso moral para liberarse del Estado. A estas alturas de la historia de las ciencias sociales, todo el mundo en el juego está directa o indirectamente en la nómina del gobierno, ya sea directamente a través de subvenciones o puestos en las universidades públicas; a través de la dependencia de la financiación de las llamadas universidades privadas de los fondos del gobierno para la investigación y la prestación de servicios, así como de los incentivos fiscales para los donantes; y a través de la dependencia de los institutos de investigación política y del periodismo para enmarcar sus contribuciones. No estoy argumentando que los datos del gobierno deban ser rechazados de plano. Se trata de reconocer cómo la criminología se ha visto comprometida al ser seducida a ver la sociedad como lo hace el Estado. A continuación, esbozo formas de llevar a cabo la investigación que se resisten a los compromisos señalados anteriormente, tanto si se interpretan datos gubernamentales como si se crean de forma independiente.

Del cómo al porqué en el nivel micro de la violencia interpersonal

Desde la publicación de *Los encantos del delito*, se han hecho públicas diversas grabaciones audiovisuales de violencia interpersonal. Algunas, como las grabaciones de la violencia en las interacciones con la policía, son creadas por la exigencia gubernamental de que

los agentes lleven y manejen cámaras corporales, así como por las grabaciones que los transeúntes hacen con sus iPhones. Las cámaras de seguridad (o CCTV) de los establecimientos comerciales registran habitualmente la violencia de los robos. Las peleas callejeras son grabadas por los transeúntes, subidas a sitios web comerciales en internet, y quedan disponibles para su visualización, descarga y análisis sin coste alguno.

Como cualquier forma de datos, las grabaciones audiovisuales tienen sus limitaciones. Las primeras fases del episodio no se registran porque los transeúntes suelen captar las interacciones violentas solo cuando los enfrentamientos se han vuelto tensos. Por lo general, no es práctico llenar el vacío de la cobertura entrevistando a los participantes o a terceros. Los participantes suelen ser conscientes de que están siendo grabados, lo que hace que los datos sean problemáticos como base para generalizar la violencia tal y como se produce en entornos en los que los agresores no tienen motivos para sospechar que su comportamiento será revisado eternamente por una audiencia infinita y anónima. Por otra parte, a medida que la grabación se hace más común, la violencia grabada en video es cada vez más “natural”, al menos en contraste con la violencia producida por actores profesionales que siguen guiones preestablecidos y se cuidan de no hacerse daño. Y una vez que comienzan las peleas, los participantes tienen preocupaciones inmediatas que desplazan su orientación a la grabación de los espectadores.

En comparación con la observación participante, las entrevistas y las descripciones de las víctimas y los testigos introducidas en los expedientes policiales, la violencia registrada por los testigos es superior para estudiar algunos procesos de microinteracción. Las grabaciones audiovisuales permiten a los investigadores revisar repetidamente un determinado episodio de violencia. Pero ¿por qué los observadores como *moscas-en-la-pared* no pueden ver lo que se hace visible en las grabaciones?

En todas las interacciones sociales en tiempo real, copresentes y con respuesta simétrica (a menudo glosadas como “cara a cara”), cada persona presenta y oculta simultáneamente aspectos de sus

propias acciones y, al mismo tiempo, percibe y acuerda no llamar la atención sobre aspectos de lo que hace el otro. Este proceso de ocultar/mostrar es una implicación de la cara de Jano, la proximidad pasada y futura de la interacción cara a cara (sobre la “proximidad” en la interacción conversacional).^[47]

En la interacción cara a cara, cada persona da forma a su comportamiento de manera inversa, para que sea visto por uno mismo y por los demás como una continuación, una respuesta o un vínculo con una acción anterior de uno mismo o de los demás; y al mismo tiempo, de manera directa, como un escenario para una acción posterior de uno mismo o de los demás. Pero aunque cada persona actúa de forma que su comportamiento sea visto por uno mismo y por los demás como algo visible/audible junto al pasado y junto a una acción futura, las atenciones de ambos no están igualmente ponderadas hacia el pasado y el futuro. Por razones pragmáticas, cada uno da prioridad de atención al lado futuro de la proximidad. Al presentar una versión de sí mismo a otro, el actor establece el marco para la respuesta del otro, que a su vez establece el marco para la acción posterior del primer actor (incluida la acción de no acción). Ambos ven cómo el otro fundamenta su comportamiento en alguna acción anterior, en algún aspecto de su base corporal y en algún rasgo del paisaje que ya existía; pero ninguno es libre de centrarse o detenerse en cómo cada uno está vinculando su conducta con el pasado. ¿Por qué? Por la necesidad de mantener la capacidad de respuesta. Ambos dan por sentado que para cada uno, después de que el otro actúe, uno debe, para mantener una competencia social perceptible, mantener la interacción en marcha o responder de una manera que invoque una convención para iniciar una secuencia de cierre.

Siempre es posible que las partes que interactúan dirijan su atención focal a cómo uno u otro está fundamentando su comportamiento en características preestablecidas del contexto de la interacción. Uno puede, por ejemplo, iniciar comentarios que

hagan aflorar la conciencia mutua de cómo el otro está utilizando sus herramientas corporales en curso –gestando, balanceando el torso, moviendo los labios– mientras habla. Pero para ello hay que emplear otras partes del cuerpo en segundo plano. Si me centro en cómo mueves la boca mientras me hablas, o bien pongo en segundo plano mi conciencia de cómo estoy utilizando mi cuerpo para trasladar la atención al trasfondo de tu cuerpo, o me arriesgo a perder el hilo de nuestra interacción y comprometer mi capacidad de captarte y responderte.^[48] Es como la imposibilidad de mirarse en un espejo para captar los movimientos de los ojos que ven, de mantener la comprensión auditiva mientras se observan los labios que hablan. En los requisitos prácticos para mantener una sensación continua de entendimiento intersubjetivo ininterrumpido, hay una estructuración natural de la conciencia focal lejos del pasado hacia el lado futuro de la proximidad.

Si bien la ocultación continua y simultánea de las implicaciones pasadas y la puesta de relieve de las implicaciones futuras de la conducta en cada momento es característica de toda interacción cara a cara, el carácter de cara de Jano de la interacción social es especialmente relevante para explicar las contingencias de la violencia interpersonal. En situaciones tensas, en las que uno o varios participantes actúan de forma que pronostican una violencia inminente, es probable que todos los presentes estén desviando su atención hacia el lado futuro de la proximidad. Aunque todos los presentes pueden registrar cómo cada acción es una respuesta a una acción

⁴⁷ Schegloff, E., *Sequence Organization in Interaction: A Primer in Conversation Analysis I*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, p. 6.

⁴⁸ Hay excepciones que confirman la regla, pero más allá de un breve ejemplo, requerirían demasiada discusión para caber en este escrito. El ejemplo: al hablar contigo, podría redirigir nuestra atención a cómo cada uno de nosotros mueve la boca, la lengua, los labios, el torso, etc., pero o bien lo haría a través de una charla que en sí misma sería colaborativamente oculta, o bien tendríamos que organizar un sistema de atención on/off al cuerpo. Y en cualquier caso, al dirigir la atención al canto de nuestro discurso, nos quedaríamos en la oscuridad sobre otras partes de nuestras presentaciones corporales del yo, como el pie que utilizamos para coreografiar nuestra comprensión de que seguimos comprometidos con los demás, un tema que Adam Kendon descubrió y desarrolló. Kendon, A., *Conducting interaction: patterns of behavior in focused encounters*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

anterior –¿se ha ignorado un insulto o se le ha dado una importancia exagerada?– se sienten atraídos a centrarse en el rumbo de la interacción, que leen en cómo cada enunciado, gesto o cambio de posición emergente establece lo que puede suceder en los movimientos posteriores. ¿El otro se acerca o se aleja de una distancia de ataque?

Es posible resistirse a centrarse en el futuro. Un sociólogo observador *in situ* podría prestar atención a cómo cada actor fundamenta su comportamiento en cada momento en lo que ese actor utiliza como recurso pasado a su alcance. Pero tal observador reduciría su competencia para responder a lo que se está desarrollando. Cuando la conducta de uno o de ambos en la interacción cara a cara ha insinuado la perspectiva de la violencia, la pregunta que preocupa a los presentes es si el comportamiento observado en ese momento está acercando o alejando la interacción de la violencia. ¿Por qué? Porque, el observador anticipa que, si estalla la violencia, cambiará el significado de la observación. El observador puede convertirse en interventor, una tarea físicamente arriesgada; o, al permanecer pasivo, asumir el riesgo moral de ser tan insensiblemente indiferente, como alentar la brutalidad o apoyar a uno u otro bando. La pregunta inminente de lo que harán implica una decisión autorreveladora de lo que yo, como observador, haré. Para seguir lo que está ocurriendo, ciertamente los antagonistas directos, pero también los miembros pasivos del público, atienden al lado futuro de la proximidad.

Es porque la participación en la interacción requiere priorizar el lado futuro de la proximidad que las grabaciones audiovisuales son necesarias para obtener acceso de investigación a las contingencias de la vida social. La orientación del comportamiento en el pasado puede convertirse en el centro de atención del investigador desvinculado que puede examinar repetidamente las grabaciones. La diferencia entre una descripción de la interacción que se inclina hacia la dirección orientada hacia el futuro y una descripción que capta tanto las orientaciones pasadas como las futuras en la formación de la conducta es clara cuando se contrasta la transcripción

escrita para memorizar los procedimientos judiciales o legislativos y las transcripciones de la interacción creadas en el modo que articuló por primera vez Gail Jefferson y que luego se utilizó ampliamente para ayudar al estudio de la conversación cara a cara.^[49] Este último especificará muchas cosas que el primero ignora, por ejemplo, cuando en el curso de las expresiones de un hablante anterior el hablante posterior inició un nuevo giro de expresión, ya sea claramente “después”, mediante un “remate” paralelo, o como una “interrupción”. Cuando las voces se superponen, los transcriptores del tribunal pueden intervenir para solicitar una repetición por turnos, borrando así la esencia de las interacciones cara a cara que se producen de forma natural. Hacen registros para jueces y abogados, no para sociólogos.

Los espectadores de las peleas callejeras registran y suben a la red una miscelánea de interacciones violentas, proporcionando a los investigadores secuencias universalmente accesibles, aunque no eternamente conservadas, en sitios web. Dentro de esta masa de origen populista, hay subconjuntos de episodios que presentan secuencias de interacción similares. Prometen revelar contingencias de la violencia que nunca antes han estado disponibles de forma sistemática para su detección y comprobación en investigaciones causales.

Para ilustrar el potencial, señalo un subconjunto de casos en los que las narrativas autóctonas parecen tener poder causal. Las narrativas autóctonas son la construcción por parte de los participantes de una comprensión narrativa de lo que van a hacer y han estado haciendo, que es presenciada por los presentes e ideada para controlar la interacción en cuestión. En una clase de peleas entre desconocidos en entornos públicos (en autobuses, vagones de tren, aeropuertos, veredas, estacionamientos anexos a comercios y par-

⁴⁹ Jefferson, G., “Glossary of transcript symbols with an introduction”, en Lerner, G. H. (ed.), *Conversation Analysis: Studies from the First Generation*, Ámsterdam y Filadelfia, John Benjamins Publishing Company, 2004, pp. 14-31; Hepburn, A. y G. B. Bolden, *Transcribing for social research*, Thousand Oaks, Sage, 2017.

ques), la pelea no comienza hasta que las personas presentes colaboran en la definición de la contingencia que desencadena el inicio de la agresión. Para empezar, los posibles agresores definen previamente la causa de su ataque con frases como “llámame así otra vez”, “di eso otra vez” o “tócame”.^[50]

Al definir las acciones desencadenantes que cruzan las líneas moralizadas explícitas, los agresores preparan la violencia venidera para que sea contabilizada como un ataque “justo”. Si soy objeto de un término racial insultante, mi respuesta violenta no es solo personal, sino que defiende el bien generalizado de proteger a las personas de mi especie y quizás de luchar contra el racismo de todo tipo. Si estoy respondiendo a lo que he advertido que será un toque prohibido, mi violencia se ajusta a las leyes universales contra la “agresión”.

Las grabaciones de la violencia permiten desarrollar microexplicaciones de las contingencias de la violencia que amplían las formulaciones anteriores en la literatura de investigación, que se basaban en descripciones retrospectivas o de testigos oculares. Al documentar el desarrollo de las narrativas autóctonas de los participantes, podemos encontrar pruebas audiovisuales que elaboran y especifican la formulación de “matanza justa” del proyecto trascendente de la violencia, tal como se argumenta en el primer capítulo de *Los encantos del delito*. Con las grabaciones de audiovisuales, podemos mostrar cómo los agresores, antes de atacar, estructuran las interacciones para mostrar que su ataque tendrá un significado retrospectivo y defensivo, como la defensa, frente a una amenaza previa, de valores que, suponen expresamente, todas las personas que piensan con sensatez abrazarían. Aunque la reivindicación de la justicia puede ser un mecanismo psicológico necesario para transformar la humillación en rabia, también es una necesidad de interacción social. El agresor, para atacar, debe sentar una

base narrativa, lo que hace dramatizando para el objetivo y para los observadores que el ataque tendrá un significado secuencial particular: se hará aparecer como lo siguiente específico que sigue a un ataque a los valores generales.

Pero no todos los agresores hacen que su violencia contra los extraños sea contingente a una narrativa autóctona socialmente reconocible. Las cámaras de vigilancia registran casos de agresiones que, aunque se produzcan en lugares públicos, no necesariamente se hacen con la conciencia de que se está grabando. Graban agresiones a desconocidos tales como: un hombre empuja a una mujer a las vías cuando se acerca un tren; una mujer se acerca por detrás de otra y la empuja al suelo; un hombre de una raza ataca a una mujer de otra. Ninguna interacción simétrica (mutuamente consciente) precede a la agresión. La falta de preocupación por parte del agresor para preconfigurar el significado narrativo del ataque hace que estos sean candidatos a una categoría distinta. Puede ser que la teoría del proyecto “justo” se aplique a ellos, pero si es así, los agresores se cuentan a sí mismos el relato antes de conocer a su víctima y sin preocuparse por establecer una justificación moral a los ojos de la víctima o de terceros. Haría falta una investigación biográfica sobre los agresores para comprobar si estos casos confirman la teoría del ataque “justo”. En cualquier caso, las grabaciones audiovisuales de la violencia proporcionan ahora recursos para seguir diferenciando los tipos de violencia según lo que hacen los actores para crearla. Una vez más, este es el camino de la inducción analítica.

Las grabaciones de transeúntes son fuentes problemáticas para los investigadores a muchos niveles, incluyendo el hecho de que muchas grabaciones parecen haber sido creadas para celebrar la violencia. Por otro lado, han proporcionado recursos sin precedentes para desafiar la violencia policial. En cualquier caso, ofrecen a los investigadores la posibilidad de abrir las temporalidades de la violencia que se comprimen en la producción estatal de datos. Las temporalidades suprimidas incluyen secuencias internas que son invisibles en la mayoría de los datos públicos sobre delitos perseguidos, que en más del 90% de los casos se resuelven mediante acuer-

⁵⁰ Con Don Weenink, de la Universidad de Ámsterdam, estoy trabajando actualmente en una serie de estos episodios tal y como aparecen en las grabaciones de audio y video identificadas por Weenink.

dos de culpabilidad que evitan los juicios y, por tanto, eliminan del registro público las descripciones de cómo se cometió el delito. Los datos sobre las detenciones, las condenas, las penas y las encuestas de victimización omiten la información sobre el proceso que está en el centro de gran parte de la violencia: cómo los participantes crean interactivamente narrativas autóctonas para guiar la conducta que inicia y termina las agresiones. Ver como un Estado es una perspectiva aplastante.

Transgresión mesoscópica: episodios de anarquía y círculos sociales en torno al caos

Por fenómeno “meso” me refiero a las relaciones colectivas en constante transformación que a menudo son contingencias causales decisivas para los individuos cuando entran y salen de la violencia interpersonal y de otras formas de transgresión (reconocida por ellos mismos). El término no se entiende simplemente como una conveniencia analítica para clasificar una gama continua de fenómenos. Los eventos meso se organizan socialmente a través de distintas formas de interacción, lo que les confiere una dinámica propia. Aquí considero dos formas principales. En uno, los individuos se orientan al surgimiento, desarrollo y declive de un evento colectivo, como un episodio de anarquía. Cada persona basa su acción en la percepción del curso del evento colectivo. Se actúa de forma diferente según se piense que una revuelta o evento rebelde está comenzando, ampliando su alcance, alcanzando su punto máximo, disminuyendo gradualmente o apagándose rápidamente.

Los episodios de anarquía son momentos históricos. Surgen de un acontecimiento ya dramatizado y de gran audiencia a nivel macro, como una paliza policial publicitada, el resultado de un juicio al que se asiste con pasión, un ataque racial entre desconocidos que se convierte en noticia a través de chismes que se difunden con la velocidad del rayo, o una competición deportiva que forma parte de una serie ampliamente considerada como parte de la cul-

tura de una ciudad o nación. Los análisis lineales, que buscan explicaciones en los factores biográficos o ecológicos de fondo, han sido inadecuados para el reto de encontrar las causas de las variaciones del comportamiento desviado dentro de los eventos de comportamiento colectivo.^[51] Ignoran la fuerza causal interna del episodio.

El segundo fenómeno de nivel meso que una sociología de la violencia necesita reconocer es una forma colectiva de revisión personal creada a través de interacciones cegadas. Los individuos no se enfrentan directamente al “barrio” o a una “red social” o a los demás que imaginan que revisarán su conducta. Los habitantes de una parte de la ciudad crean una nueva comunidad, lo que crea un mercado de trabajo no planificado para las personas que se instalan cada vez más en otra parte de la ciudad, lo que a su vez crea una barrera para las personas que viven cerca y desean evitar vivir cerca de personas más pobres o étnicamente diferentes. O bien, alguien se mete en “problemas con la ley” y comprende, si nunca se enfrenta directamente, a una gran audiencia de familiares, vecinos, compañeros de escuela, colegas de trabajo, miembros de pandillas y agentes de la ley penal que, en círculos parcialmente superpuestos y parcialmente segregados, compartirán información sobre su destino.

Al percibir la relevancia causal de la interacción colectiva, los criminólogos han errado el tiro al utilizar sustantivos fáciles de medir que internalizan o externalizan lo que es esencialmente un fenómeno de interacción procesual. La criminología ha favorecido a menudo las causas individualistas y psicológicas, como el “superdepredador” o las personalidades que carecen de control de los impulsos. El “superdepredador” perdió atractivo como explicación cuando las predicciones de una explosión de la delincuencia, que se basaban en extrapolaciones demográficas del tamaño de las cohortes de jóvenes, no se materializaron –véase la mordaz crítica de Zimring–.^[52] Igualmente habitual es que la criminolo-

⁵¹ Granovetter, M., “Threshold Models of Collective Behavior”, *American Journal of Sociology*, vol. 83, N° 6, 1978, pp. 1420-1443.

⁵² Zimring, F. E., *The great American...*, op. cit., p. 165.

gía busque las causas de la violencia en “la pandilla”, una entidad muy atractiva para los jóvenes varones de los barrios de minorías étnicas. Los análisis de las “pandillas” se basan en estadísticas policiales muy poco fiables y en trabajos etnográficos que nunca relacionan sistemáticamente la pertenencia a las pandillas con la violencia. La policía y los etnógrafos de las pandillas producen con seguridad errores a gran escala en el sentido de falsos positivos. Los grupos asociados a los símbolos y tradiciones de las pandillas son atractivos para las personas violentas porque las pandillas son el lugar al que pertenecen.^[53] Pero el mismo atractivo atrae a muchos miembros no violentos.

Algunos ladrones persistentes, traficantes de drogas de larga data y asaltantes reincidentes son especialmente problemáticos, lo que significa que están tan continua y multifacéticamente involucrados en engaños, asaltos y traiciones que estar cerca de ellos conlleva un alto riesgo de vulnerabilidad personal al convertirse en cómplices y comprometerse. Tanto si se interactúa con ellos como si se evita hacerlo, generan la atención del público. La ruta etiológica hacia determinados actos de violencia pasa por dinámicas situacionales que tienen sus propias contingencias causales. Podemos centrarnos con mayor precisión en cómo los círculos sociales aumentan la violencia si examinamos su funcionamiento directamente, no solo en sus correlaciones con las acciones violentas.

La investigación de los episodios de anarquía y de los círculos sociales que rodean las vidas caóticas requiere investigaciones que sean, en su mayor parte, independientes de los datos creados por el Estado y de las explicaciones definidas por este, como la delincuencia. La investigación es factible. Pero requiere datos, métodos y un pensamiento causal que desafía la lógica institucional y el control administrativo.

Episodios de anarquía

Un caso ayudará a poner de manifiesto las múltiples dinámicas causales no lineales que conforman la violencia dentro de los episodios de anarquía. Los llamados “disturbios de Rodney King” en Los Ángeles, en 1992, se agitaron en torno a mi casa. Lo que sigue se basa en observaciones personales y conversaciones con amigos que viven en barrios cercanos, además de mi seguimiento contemporáneo de la cobertura informativa en directo.^[54]

Cuatro policías blancos fueron acusados de golpear ilegalmente a un afroamericano, Rodney King. Poco después de que se anunciara el veredicto de absolución, comenzó un episodio de anarquía. Cambió de fase al continuar durante unos cuatro días. Al final, miles de personas fueron detenidas, los daños a la propiedad alcanzaron cientos de millones de dólares y una veintena de homicidios se atribuyeron al episodio, aunque algunos se consideraron posteriormente parte de comportamientos continuos en Los Ángeles.

Llamo al evento un episodio de “anarquía” para captar la naturaleza distintiva del comportamiento colectivo de lo que ocurrió, no para hacer un juicio político. La anarquía se produce cuando la gente emprende acciones específicamente basadas en su comprensión de que el control del Estado sobre la vida social ha desaparecido repentinamente. Como han señalado otros, muchas de las mismas pautas de comportamiento colectivo pueden observarse en una amplia gama de acontecimientos políticos y apolíticos, incluido el comportamiento destructivo de la multitud que estalla en las celebraciones después de que los equipos locales ganen los partidos del campeonato.

Los indicadores de que la anarquía está en proceso no son los temas de protesta política o racial que puedan expresarse –estos

⁵³ Katz, J., “The Gang Myth”, *op. cit.*; Katz, J. y C. Jackson-Jacobs, “The Criminologists’ Gang”, en Summer, C. (ed.), *Blackwell Companion to Criminology*, Londres, Blackwell, 2004, pp. 91-124.

⁵⁴ Los fragmentos anteriores se publicaron en Katz, J., “Epiphanie der Unsichtbarkeit. Wendepunkte be Unruhen: Los Angeles 1992”, en Paul, A. y B. Schwalb (eds.), *Gewaltmasen: Über Eigendynamik und Selbstorganisation kollektiver Gewalt*, Hamburgo, Hamburger Edition, 2015, pp. 63-102; Katz, J., “Culture within and culture about crime: The case of the ‘Rodney King Riots’”, *Crime Media Culture*, vol. 12, N° 2, 2016, pp. 233-251.

son comunes en las protestas que no se vuelven violentas—, sino la innovación *in situ* de los patrones de interacción que de otro modo no se producen. Los comportamientos distintivos de la anarquía pueden ser juzgados como positivos o negativos, pero en cualquier caso indican un nuevo régimen normativo organizado espontáneamente a través de acciones que, fuera de un estado de anarquía, serían percibidas bajo categorías convencionales de desviación. En el lado destructivo, se incluyen casos específicos de “saqueo”, en contraposición a los robos en grupo “organizados” o “profesionales”; enfrentamientos violentos con la policía que se consideran una rebelión, en contraposición a los intentos interesados de resistirse a la detención; y actos individuales de robo y asesinato que los participantes, que también son observadores, entienden que tienen un significado histórico debido a las acciones paralelas de otros, algunos inmediatamente alrededor, otros en lugares que no pueden percibir directamente.

Una vez en marcha, los episodios de anarquía generan nuevas motivaciones de apoyo. Al entender que se ha establecido un estado de anarquía, la gente toma lo que considera acciones impensables. Las acciones audaces se ven en la televisión, se observan personalmente y son difundidas por los residentes a través de las comunicaciones en sus redes sociales existentes. En una de ellas se ve a una mujer que choca con un policía mientras arrastra una bolsa con productos saqueados por la vereda de un comercio. No hace ningún esfuerzo por ocultar su identidad al pasar. Parece que trata al policía de maleducado por no anticiparse a sus necesidades y apartarse de su camino. Los observadores, al ver estas escenas, revisan su idea de lo que pueden esperar al interactuar con la policía. La vida de la anarquía crece.

Los comportamientos que indican que la anarquía está en proceso incluyen acciones tan moralmente neutras como conducir por las veredas para sortear los embotellamientos. Surgen patrones absurdos. Se destruye un mercado y luego se crea rápidamente un nuevo mercado suponiendo que funcionará bajo un régimen de derechos de propiedad. Los saqueadores salen de las tiendas y en

unos instantes exigen el pago para entregar los artículos robados a los compradores que observan desde la calle. Cerca de mi casa, después de que las tiendas respondieran cerrando, los padres que asistían a los partidos de las ligas menores (béisbol juvenil) intercambiaban pollos congelados por armas extra. Por una cuestión de necesidad práctica, todo el mundo no puede dejar de orientarse a lo que deduce que es la trayectoria del episodio. Es necesario llevar a cabo acciones de autoprotección inusuales si las tiendas no vuelven a abrir pronto, y la violencia en las calles, que incluyó tiroteos en las casas, no parece que vaya a terminar. Algunas personas abandonan la ciudad temporalmente, pero el momento en que lo “temporalmente” termina depende de la percepción del arco del episodio.

Más problemáticas desde el punto de vista moral (para los participantes) son varias acciones de apoyo a la anarquía que la gente debate antes de adoptarlas. Una vez iniciados los saqueos, los residentes que viven cerca de la tienda tienen motivos para pensar que, a menos que se unan a ellos, se quedarán sin los suministros necesarios, y también que, puesto que la tienda será vaciada, no causarán más daño llevándose artículos que podrían ser cogidos por forasteros o personas menos dignas. Algunos incluso toman de las tiendas cuyos propietarios conocen con la intención de devolver los artículos una vez restablecido el orden. Y, de hecho, hasta cierto punto esto ocurrió.^[55]

La mayoría de las personas atrapadas en la cambiante geografía de los saqueos y los incendios provocados emprendieron acciones interesadas que solo ampliaron el fenómeno de forma incidental. Pero unos pocos utilizaron una sociología popular para aumentar

⁵⁵ Una de las principales calles de East Hollywood (Western) estaba repleta de tiendas de muebles de propiedad coreana y armenia. En los días posteriores al fin de los saqueos, a los inquilinos cercanos de origen centroamericano les resultaba difícil explicar a sus hijos por qué había tres sofás en sus abarrotadas salas de estar; y les resultaba difícil alojar a los numerosos subarrendatarios cuyas contribuciones les permitían, como trabajadores indocumentados indigentes, pagar el alquiler. Sea cual sea su plan original a la hora de llevarse los objetos, mientras la policía llamaba a las puertas e insistía en inspeccionar los departamentos para recuperar los bienes robados, algunos saqueadores devolvían los sillones.

la probabilidad de que el episodio se expandiera y perdurara. Los medios de comunicación asistieron inicialmente a escenas en el centro de la ciudad, en el cuartel general de la policía y en sus alrededores, donde los autoproclamados radicales volcaron patrulleros y rompieron las ventanas de los edificios comerciales. Como dejaron claro en sus declaraciones, entendieron que mostrar la impotencia del centro de las fuerzas del orden y del poder empresarial ante su indisimulado incumplimiento de la ley sería especialmente poderoso para dar a otros la confianza de que podían unirse abiertamente a la anarquía. Más tarde, en los barrios que aún no habían sido tocados por la anarquía, la gente que llegaba en autos negociaba con los lugareños las estrategias para extender la destrucción. En una zona conocida como la “Pequeña Etiopía”, los negros nativos advirtieron a los negros de origen africano que se marcharan antes de que incendiaran sus tiendas. El saqueo sirve al interés propio. Prender fuego a las tiendas saqueadas se convirtió en una especie de altruismo que prolongó la anarquía. Un mayor número de incendios dispersaría los servicios de policía y de extinción de incendios. El control oficial de cualquier nuevo objetivo potencial sería más difícil. En una poderosa combinación de significado literal y simbólico, los distintos actos incendiarios crearon oleadas de humo que se unieron en una nube oscura que trascendía, creando la impresión de que toda la ciudad estaba siendo atacada.

Las descripciones del comportamiento durante el episodio producidas por el gobierno tentaron a los sociólogos a aplanar y tergiversar la dinámica interna y la composición social de la participación. Los nacidos en México y Centroamérica superan con creces a los negros nacidos en el país en las estadísticas de detenciones. Pero no hubo protestas que indicaran que sus quejas fueran causalmente relevantes. Resulta significativo que los residentes de ascendencia mexicana del este del centro de la ciudad, que llevaban mucho tiempo quejándose de los esfuerzos de la policía por reprimir a las “pandillas”, no protestaron, ni saquearon ni quemaron sus barrios.

La estratificación de diferentes conjuntos de población en la dinámica interna que promovió la anarquía fue evidente en la calle,

y hasta cierto punto en la cobertura de las noticias de la televisión contemporánea. A medida que el centro de atención se desplazaba del centro de la ciudad, donde comenzó la violencia por la tarde, al sur de Los Ángeles por la noche, la demografía de los participantes cambió. Los manifestantes negros y blancos predominaron en las escenas iniciales en el centro de la ciudad. Al caer la noche, los negros del sur de Los Ángeles irrumpían en las tiendas y los latinos, que a principios de los noventa se estaban convirtiendo rápidamente en mayoría en los barrios históricamente negros, entraban en tropel. A medida que los saqueos e incendios provocados se desplazaban hacia el norte, hacia Koreatown y Hollywood, donde los latinos nacidos en el extranjero eran mayoría y los negros una pequeña minoría, se materializaban otros patrones. Cuadrillas de jóvenes identificados por los lugareños como la MS (Mara Salvatrucha, un grupo de inmigrantes salvadoreños) y otras pandillas conocidas reventaban las tiendas, y una mezcla anónima de latinos de México y Centroamérica que habían estado observando en las calles se convertía en la masa de los saqueadores.

A medida que continuaban los saqueos e incendios iniciales, quedó claro que la anarquía sería un episodio histórico en la cultura de la nación y de la ciudad. Una apreciación popular del significado trascendente de los acontecimientos se convirtió en la base de una dinámica de motivación adicional que sostenía la anarquía. A medida que los saqueos se extendían, los residentes acudían a las calles comerciales cercanas para observar lo que ocurría durante el día. No podían desplazarse a trabajar fuera de sus barrios, y cuando quedaba claro que los objetivos eran las tiendas y no los individuos locales, parecía seguro salir a buscar. Motivados por ser testigos de acontecimientos históricos, los residentes se concentraron en las calles, exagerando el nivel de protesta que se expresaba y, en algunos casos, fomentando nuevas formas de participación destructiva. En Hollywood, unos históricos almacenes Sears estaban siendo saqueados cuando una pareja de origen guatemalteco discutía sobre qué hacer. Él insistió en que sería un error entrar. Ella instó a que pudieran entrar solo para ver. Una vez dentro, él arremetió contra

los saqueadores mientras ella le rogaba que se llevara “nada más, un recuerdo”. Mientras discutían, un hombre bajó la escalera central, cantando y rasgando una canción “ranchera” en una guitarra, la etiqueta de precio colgante se balanceaba con la música.

Cuando se utilizan para enmarcar un estudio que busca la dinámica causal de los episodios de anarquía, los datos demográficos y socioeconómicos creados por el gobierno que muestran la desigualdad étnica y racial son útiles, pero no pueden explicar ni el inicio, ni la progresión, ni el final del episodio. Para identificar las causas del comportamiento colectivo, que podemos definir como existente cuando las personas forman su comportamiento basándose en su percepción de la trayectoria común de los comportamientos de los extraños, tenemos que ver cada instancia histórica como un fenómeno mesomórfico con su propia y única dinámica interna. Para ello se requiere una mezcla de materiales de fuentes etnográficas, periodísticas e históricas, como los fragmentos anteriores pretendían sugerir –para un logro importante de este estilo, véase el trabajo de Donald Horowitz.^[56]

Hay que descubrir la *explananda*. No se puede hacer mucho relacionando los factores contextuales de fondo con la variable de resultado, si se producen o no disturbios. Es necesario realizar una investigación original para describir con precisión las etapas y los puntos de inflexión de los episodios de anarquía, de principio a fin. Asimismo, hay que descubrir y especificar el *explanans*.

Con un modelo estadístico abstracto del concepto de puntos de inflexión, Granovetter llamó la atención sobre la relevancia causal de la dinámica interna de los disturbios. Para aplicar y poner a prueba estas ideas, necesitamos describir cómo la gente ve el desarrollo del acto colectivo. Esto significa adentrarse en la fenomenología de la implicación de los participantes y descubrir realidades tan paradójicas, pero dinámicamente poderosas, como las epifanías de la invisibilidad, que se producen cuando un comporta-

miento transgresor por parte de tantos es tan abiertamente visible que los individuos comprenden sensatamente que personalmente serán invisibles si se unen a él. Y a la inversa, para mostrar cómo terminan los episodios de anarquía, necesitamos una investigación etnográfica que pueda describir el resurgimiento de la comprensión de que si uno debe robar y quemar tiendas sin la cobertura de un disfraz o de noche, con masas de curiosos a la mano, será visible de manera que las autoridades policiales prácticamente puedan actuar.

En resumen, el reto es innovar en la investigación que pueda probar explicaciones causales no lineales, incluso dialécticas. Eso requiere abrir el episodio y encontrar las interacciones que sostienen y luego desmantelan la fe en que las transgresiones de uno se mezclarán indistintamente con las realizadas por otros. Poco después de que se extendiera la destrucción de los “disturbios de Rodney King”, apareció un grafiti en una pared de un centro comercial: “L.A., mira lo que tú has hecho”. En la primera fase de la anarquía, mientras los saqueos y los incendios provocados rodeaban el lugar, la frase señalaba con justicia el veredicto del juicio sobre los abusos policiales que había desencadenado la revuelta. El sujeto activo “tú” en la pintada era el jurado que representaba y defraudaba oficialmente al pueblo de Los Ángeles al absolver a los policías acusados. Al cuarto día del episodio, a medida que se saqueaban más y más calles y se quemaban tiendas, el contexto cambió. Ahora el grafiti se situaba sobre un fondo silencioso y, con su indexicalidad invertida, señalaba a los anarquistas.

El caos que envuelve a la colectividad

Tal vez el mayor reto para desarrollar una investigación social que explique las variaciones de la violencia interpersonal sea comprender las relaciones mesomórficas que desempeñan un papel dinámico en la generación de incidentes violentos, pero que se desarrollan y persisten más allá de los acontecimientos violentos. Existe

⁵⁶ Horowitz, Donald, *The Deadly Ethnic Riot*, Berkeley, University of California Press, 2001.

un consenso generalizado y de larga data en criminología sobre la importancia de las relaciones de los grupos pequeños para explicar la violencia. Pero la dependencia del Estado ha obstaculizado la investigación al desviar el intento de captar los fenómenos causalmente efectivos.

El Estado produce sistemáticamente una visión esquizofrénica de la violencia que sobredimensiona la responsabilidad individual y exagera el poder causal de las relaciones colectivas.

Por un lado, el Estado está al servicio de un compromiso con la justicia centrado en el individuo, que conduce a registros atomizados de detención, investigación, condena y castigo. El Estado también rastrea las descripciones a nivel macro de las dimensiones sociales, lo que conduce a las falacias ecológicas comentadas anteriormente. Los descriptores de nivel meso no se elaboran con la misma sistematicidad que los registros individuales de justicia penal y las descripciones de áreas.

El desfase no ha pasado desapercibido. En la década de los noventa, los científicos sociales lograron cierto éxito al conseguir que las autoridades federales solicitaran a los departamentos de policía locales que registraran si los delincuentes actuaban de forma concertada. En particular, muchos departamentos, especialmente los de las ciudades más grandes, no cumplieron. El trabajo descriptivo estaba demasiado lejos de su misión.^[57] La policía

⁵⁷ Incluso cuando los departamentos de policía consiguieron rellenar los nuevos formularios, los datos no describían las relaciones en curso, sino solo la colaboración en el momento del delito. Jarvis, J. P., "Examining National Incident-Based Reporting System (NIBRS) Data: Perspectives from a Quarter Century of Analysis Efforts", *Justice Research and Policy*, N° 62, 2015, pp. 195-210. Además: "a pesar de estas críticas, dado que los datos del UCR [informe policial uniforme sobre la delincuencia] son la única fuente de estimaciones de los principales tipos de delincuencia durante un largo período de tiempo y para zonas locales, se utilizan ampliamente en la investigación. Para muchas preguntas, el UCR proporciona los únicos datos que tenemos. La opción es entonces utilizar los datos de la UCR o no hacer la investigación. A veces, los autores que utilizan los datos hacen un guiño (algunos dirían, metiendo la cabeza bajo la tierra), reconociendo la crítica y luego continúan con el análisis. Lo más frecuente es que se lancen al vacío sin el visto bueno". Loftin, C. y D. McDowell, "The Use of Official Records to Measure Crime and Delinquency", *Journal of Quantitative Criminology*, N° 26, 2010, pp. 527-532.

parece entender mejor que los investigadores sociales que la policía no trabaja para los investigadores sociales.^[58]

Por otra parte, la policía califica sin reparos los incidentes de violencia como debidos a la pertenencia a "pandillas", lo que hace a diario cuando explica a los periodistas el porqué de un tiroteo y en sus informes estadísticos periódicos. Exagerar el impacto causal de las bandas en la delincuencia violenta sirve a los intereses profesionales de las unidades policiales especializadas. La jefatura de las fuerzas del orden también se beneficia, en el sentido de que caracterizar liberalmente los tiroteos y los homicidios como relacionados con las pandillas alimenta la necesidad de los políticos locales de abordar las ansiedades de la ciudad ofreciendo al menos un control cognitivo. En un bochornoso casi error en la historia de la aplicación de la ley en Los Ángeles, el fiscal del condado, que aparecía con frecuencia en la televisión nacional en un esfuerzo por desarrollar una carrera política, preparó un informe que afirmaba efectivamente que uno de cada dos jóvenes negros de la zona era miembro de una pandilla. Evitó la desgracia inmediata suprimiendo el informe durante varios meses. La fecha de publicación prevista resultó ser el primer día completo de los disturbios de Rodney King.^[59]

⁵⁸ En algunos pasajes de este escrito, he dicho que los criminólogos se remiten al Estado. Pero poner la relación al revés es igual de revelador. Cuando los científicos sociales recogen descripciones sociales producidas por el gobierno para utilizarlas como datos, convierten retrospectivamente a los empleados estatales en sus ayudantes de investigación. En las interacciones entre las ciencias sociales académicas y el gobierno hay una lucha no anunciada y no estudiada sobre la estratificación. Esto no es un secreto para quienes en el mundo académico dedican energías, en cierto modo altruistas, que no se reflejan en sus currículos, a intentar influir en la administración del censo y en otros creadores de datos gubernamentales para dar forma a los datos que recogen. Pero esta lucha de clases academia/gobierno es una historia no contada en la historia de la sociología del conocimiento.

⁵⁹ Protesté contra la histeria de las fuerzas del orden de Los Ángeles respecto a las pandillas en una serie de ensayos de opinión publicados localmente que comenzaron antes de los disturbios. Katz, J., "The Only Way Los Angeles Can Clear its Name of Police Brutality", *Los Angeles Times*, 1991; Katz, J., "The DA's Failure is Fully Revealed", *Los Angeles Times*, 4 de mayo, 1992; Katz, J., "Gangs Aren't the Cause of Crime", *Los Angeles Times*, 1992. Es revelador contrastar las culturas públicas del crimen en diferentes ciudades. Los medios de comunicación neoyorquinos abjuraron de la etiqueta de "pandilla", incluso cuando

Los criminólogos colaboran indirectamente en el mantenimiento de la esquizofrenia del Estado. Después de que la investigación pionera de Marvin Wolfgang sobre una cohorte de nacimiento de los años cincuenta descubriera que un pequeño porcentaje de jóvenes detenidos cometía delitos de forma desproporcionada, los análisis empezaron a atribuir entre dos tercios y tres cuartas partes del total de delitos violentos cometidos por una cohorte de edad determinada a menos del 10% de los de la cohorte de edad que habían cometido al menos un delito violento,^[60] y a cerca del 6% de los de la cohorte de edad en su conjunto. Estas conclusiones individualizadas apoyaron las demandas de las fuerzas de seguridad de elevar las penas para los reincidentes, incluida la aprobación de las leyes de “*three strikes*”, que imponen penas de prisión largas, incluso de por vida, tras la condena por un tercer delito grave, que en algunas jurisdicciones no tiene por qué ser un delito violento.

Sin embargo, la investigación que documenta la minoría peligrosa depende de las detenciones policiales. Si la policía no se limita a “acorrallar a los sospechosos de siempre”, como en la administración policial marroquí francesa que resiste a los nazis y que se describe en la película *Casablanca*, se crean prejuicios para representar en exceso a los delincuentes reincidentes. La policía utiliza métodos de investigación que dan prioridad a la búsqueda de personas ya conocidas por detenciones anteriores y no consiguen resolver un gran porcentaje de los delitos violentos. La mayoría de los robos no se “aclaran” con detenciones u otros registros policiales de responsabilidad.

Los métodos de trabajo de los fiscales se suman al sesgo policial. De diversas maneras, tratan con más indulgencia a quienes no tienen antecedentes. Los “delincuentes primarios” se consideran especialmente merecedores de la reducción o la retirada de los cargos. Se les puede ofrecer acuerdos de enjuiciamiento diferido,

informaron de las pruebas de la organización colectiva de la violencia juvenil. Katz, J., “Metropolitan Crime Myths”, *op. cit.*

⁶⁰ Piper, E. S., “Violent Recidivism and Chronicity in the 1958 Philadelphia Cohort”, *Journal of Quantitative Criminology*, vol. 1, N° 4, 1985, pp. 319-344.

lo que significa que se retirarán los cargos e incluso se limpiarán los registros si el sospechoso no vuelve a ser acusado de delinquir en un plazo determinado. El modo en que los procedimientos de aplicación de la ley promueven la mejora de los antecedentes penales de los delincuentes previamente arrestados es un sesgo comúnmente descuidado por los criminólogos, aunque sea discutido por los escritores deseosos de revelar las formas de las profecías autocumplidas del Leviatán.^[61] El personal de las fuerzas del orden, que ya basa su trabajo en una sociología popular que atribuye una parte desproporcionada de la delincuencia a los criminales crónicos, produce registros que proporcionan pruebas de apoyo.

¿Cómo podemos resistirnos a las caracterizaciones artificialmente individualizadoras y sobregeneralizadoras de las interacciones colectivas que figuran en el desarrollo de la agresión repetidamente violenta a largo plazo de algunos individuos contra extraños? Los sustantivos siempre generalizan en exceso cuando se utilizan como formas de caracterizar el fenómeno. Esto puede ser más evidente cuando los conceptos criminógenos son de naturaleza racial, como en “la familia negra” o cuando las “pandillas” están vinculadas a los barrios étnicos. Pero incluso la caracterización banal, “amigos”, es imprecisa. Los sustantivos son siempre excesivamente deterministas, ya que desvían la atención de las realidades procesales de la vida social. Al igual que el “matrimonio”, el amigo es una glosa irracionalmente optimista de interacciones existencialmente frágiles.

Sin embargo, es prácticamente imposible comunicarse de forma oral y escrita sin utilizar sustantivos. Usamos los sustantivos no necesariamente con el propósito de distorsionar lo que estamos

⁶¹ Véase, desde hace más de 50 años, Matza, D., *Becoming deviant...*, *op. cit.* A las pandillas callejeras les interesa exagerar su poder, un interés al que contribuye el esfuerzo de la policía por ampliar el reconocimiento público del “crimen de las pandillas”. La colaboración indirecta entre la policía y las bandas alcanza incluso dimensiones estructurales. Como señaló Gerald Suttles hace décadas en Chicago, los jóvenes del barrio a veces se organizan siguiendo líneas que reflejan las geografías policiales para vigilar el territorio de las pandillas. Suttles, G. D., “Street Gangs: The Perception of Political Power by the Politically Powerful”, *The University of Chicago Reports*, 2, 1978, pp. 1-3.

refiriendo, sino como lo suficientemente bueno a efectos prácticos, como formas de “seguir adelante”. Los sustantivos son artefactos que acordamos tratar como realidades firmes para poder apartarnos de ellos y hacer lo que estamos tratando de hacer, para avanzar hacia lo que estamos tratando de alcanzar. Estamos de acuerdo en tratar esas masas de moléculas actualmente adheridas como un conjunto de sillas para que podamos sentarnos y relajarnos mientras hablamos con los demás, pero también pueden ser tratadas, y a veces lo son, como taburetes, como leña, como barricadas para impedir que la policía baje por una calle...

Los sustantivos son nuestras ventanas. No podemos ver más allá de nuestras corrientes de conciencia idiosincrásicas y existencialmente separadas sin ellas. Para ver lo que hay al otro lado de nuestra intimidad cerrada, tratamos el cristal como algo transparente y sólido, ignorando cómo nuestra visión se ve distorsionada por el hecho de que el cristal es un líquido en constante movimiento. La ventana es una “cosa” constituida por movimientos de transición de una forma a otra que solo se hacen visibles en períodos de tiempo extremadamente largos, como cuando aparecen corrientes irregulares en cristales muy antiguos. Pero si no podemos prescindir de los sustantivos, podemos esforzarnos por mantener nuestro enfoque analítico en los procesos interactivos, lo que nos lleva a entender las identidades personales, ya sean delictivas o de otro tipo, como algo esencialmente sostenido por las personas al percibir momento a momento cómo son consideradas por los demás.

En consecuencia, tratamos de explicar cómo las personas desarrollan historias repetidamente violentas buscando pruebas sobre cómo están rodeadas de perspectivas que las ven viviendo vidas en torno al caos, un caos al que responden y un caos que crean. Los investigadores que trabajan con relativa independencia del control estatal, y entre sí, han demostrado algo como esto. Entre ellos se encuentran periodistas;^[62] tesis doctorales de estudiantes gradua-

dos de etnografía que operan lejos del control de sus mentores,^[63] académicos que aprovechan las experiencias y los contactos establecidos durante sus biografías preuniversitarias,^[64] o que realizan largas temporadas de investigación sobre el terreno lejos de sus trabajos académicos.^[65]

Por comodidad, los autores encontrarán inevitable el uso de expresiones calificativas. Las mejores opciones serían las de una lista de palabras que se escuchan con un respeto irónico, como aquellas que indican formas de realizar una serie de acciones que desafían el riesgo –“forajido”, “hombre duro”, “badass”, “loco”, “bus-

the family, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2018; Leovy, J., *Ghettoside: a true story of murder in America*, Nueva York, Spiegel & Grau, 2015.

⁶³ Venkatesh, S. A., *Gang leader for a day: a rogue sociologist takes to the streets*, Nueva York, Penguin Press, 2008; Goffman, A., *On the run: fugitive life in an American city*, Chicago, University of Chicago, 2014.

⁶⁴ Jackson-Jacobs, C., “Constructing Physical Fights: An Interactionist Analysis of Violence among Affluent, Suburban Youth”, *Qualitative Sociology*, vol. 36, N° 1, 2013, pp. 23-52; Contreras, R., “‘Damn, Yo—Who’s That Girl?’: An Ethnographic Analysis of Masculinity in Drug Robberies”, *Journal of Contemporary Ethnography*, vol. 38, N° 4, 2009, pp. 465-492; Contreras, R., *The stickup kids: race, drugs, violence, and the American dream*, Berkeley, University of California Press, 2013.

⁶⁵ Bourgois, P., *In search of respect: selling crack in El Barrio*, Nueva York, Cambridge University Press, 2003. En algunas universidades, sobre todo en la Universidad de Chicago, varias generaciones de investigadores han cultivado relaciones que han llevado a la policía a hacer ajustes inusuales a las necesidades de la investigación. En el capítulo 5 de *Los encantos del delito* me basé en los datos desarrollados por Zimring y Zuehl. Para ejemplos recientes, véanse los diversos e innovadores estudios de Andrew V. Papachristos y sus colaboradores. En la Universidad de Missouri, en St. Louis, el compromiso institucional de entablar relaciones con delincuentes activos, iniciado por Scott H. Decker y Richard Wright, ha sido mantenido por una serie de investigadores posteriores, como Scott Jacques, Bruce Jacobs y Volkan Topalli, que han descrito detalles de los delincuentes sobre las acciones prácticas de los robos, atracos, robos y sustracciones de automóviles y tráfico de drogas. Pero aunque estas iniciativas han sido útiles para revelar las contingencias de la violencia y otras acciones transgresoras a nivel micro, se requiere una inmersión en el campo, o una autobiografía, para mostrar al actor violento interactuando con sus círculos sociales. Las entrevistas con ladrones, por ejemplo, pueden ser útiles, pero si el sociólogo anima al entrevistado a hablar de sus motivaciones o a explicar de otro modo “por qué” robó, será menos informativo sobre la dinámica del mundo social del ladrón que las preguntas dirigidas a “cómo” surgió un robo específico a partir de lo que ocurría en ese momento en las interacciones del ladrón con las múltiples personas de su vida. Véase Jacobs, B. A. y R. Wright, “Stick-Up, Street Culture, and Offender Motivation”, *Criminology*, vol. 37, N° 1, 1999, pp. 149-173.

⁶² Butterfield, F., *All God’s Children: the Bosket Family and the American Tradition of Violence*, Nueva York, Knopf, 1995; Butterfield, F., *In my father’s house: a new view of how crime runs in*

cavidas”–. Otra terminología dinámica apuntaría más directamente a un modo de vida, como buscar la “acción”, estar “en el juego”, vivir “la vida como fiesta” o mantenerse durante largos períodos mientras “se huye”. El elemento crítico que debe captar el sociólogo es la apreciación del público de la aceptación consciente del caos por parte de un individuo cuando responde y produce una serie de acciones transgresoras como intimidar a otros, evadir las demandas de pago de deudas, desafiar la aprehensión de las fuerzas del orden, jugar con la propia seguridad física, evadir e ignorar las obligaciones institucionales, traicionar a los íntimos emocionales y aprovechar las oportunidades aleatorias para la depredación violenta.

El elemento común de esta forma de vida es abrazar el caos, que en sí mismo evoca al público. El caos y la cultura trascendente están eternamente unidos. Las mitologías de los orígenes de múltiples tradiciones religiosas sitúan el caos como telón de fondo de las respuestas creativas que justifican las identidades de dioses, semidioses y héroes o santos. Los creyentes en estos mitos conocen el caos en sus propias vidas, y saben que las respuestas trascendentes son raras. Las personas que responden al caos con un abrazo persistente, en lugar de la depresión o la seguridad de las vidas convencionalmente respetables, generan de forma fiable un apasionado intercambio de noticias en sus círculos sociales.

En las masas de vidas mundanas, los límites económicos crean incertidumbre, las tensiones interpersonales rozan habitualmente la violencia, las relaciones se rompen en los desahucios y los ceses de empleo. El caos también se inmiscuye en la vida de otras personas que viven cerca y que responden a las mismas condiciones. Las personas que viven en condiciones caóticas están especialmente atentas a los incidentes en los que sus compañeros han vivido voluntariamente, de forma autocelebrada, vidas que previsiblemente crean más caos.

¿Qué aspecto tienen estas audiencias cuando supervisan, revisan, comparten comentarios y rodean de otro modo al que asume el riesgo? Surgen de los lazos de parentesco, de las amistades de barrio de la infancia, de las redes de distribución de contrabando,

de las pandillas juveniles, de una serie de relaciones sexuales, de las asociaciones formadas durante el encarcelamiento y de los encuentros con la policía. Su público entiende los problemas en la vida del agresor de riesgo alternativamente como el resultado de la inestabilidad emocional; el reflejo de alguien mayor que le ha proporcionado un modelo rico en desastres; el abandono al hedonismo; las respuestas a las amenazas de los enemigos; los esfuerzos infructuosos por aprovechar las oportunidades fortuitas para robar, traficar o hurtar; y entienden que se puede esperar que el caos llegue debido al constante interés y el éxito esporádico de las fuerzas del orden en castigar los actos de violencia anteriores y prevenir nuevos ataques.

¿Dónde están esos públicos? En casa, en las esquinas, en los tribunales, en el trabajo. No son totalmente visibles para el actor, salvo en miradas fragmentarias, porque nunca se reúnen en un lugar para dirigir su mirada colectivamente. Como en los espectáculos al aire libre, los miembros entran y salen del público sin previo aviso y en diferentes momentos.

¿Qué hacen los miembros del público mientras observan? Narran los antecedentes, los detalles operativos y las secuelas de determinados actos de violencia depredadora. Están tomando medidas cautelares antes del hecho y medidas vengativas después. En los comentarios compartidos fuera de la presencia de su objeto, están expresando asombro, deferencia, disgusto y la sabiduría de rehuir. Y a veces dan a conocer su observación, como cuando extienden invitaciones o hacen recomendaciones para nuevas hazañas potencialmente violentas.

¿Cómo las audiencias que rodean a los tomadores de riesgo impulsan los actos individuales de violencia depredadora hasta convertirlos en patrones duraderos? La dinámica de los procesos envolventes es captada por la persona observada a través de las inferencias que hace sobre lo que los demás han llegado a entender de ella.^[66] A

⁶⁶ En la vida social, ya sea cara a cara o de forma aislada, a través de recuerdos y ensueños, siempre estamos haciendo inferencias. Sacks, H., “The inference-making machine”, en Sacks, H. (ed.), *Lectures on Conversation*, vol. 1, Oxford, Blackwell, 1992 [1964], pp. 113-125.

través de cálculos y fantasías que van de lo premonitorio a lo paranoico, el arriesgado toma los comentarios que rodean el caos de su vida como un fondo seductor de otras jugadas arriesgadas.

¿Cómo se desarrolla el proceso envolvente? En muchos aspectos, ya está ahí. Uno nace en una familia con una generación mayor, hermanos y primos que ya han establecido patrones de transgresión depredadora y violencia intrafamiliar, algunos de los cuales han sido memorizados en historias mantenidas por el gobierno. A los seis años, el gobierno utiliza el dinero y el poder para clasificar al niño en una cohorte definida por la edad y la geografía localizada. Al entrar en la escuela, el niño se encuentra con una serie de cohortes que, en el día a día, modelarán formas lúdicas y peligrosas de desafiar a la autoridad. Alrededor de casa, las invitaciones a unirse y la vulnerabilidad de permanecer aislado se proyectan desde los jóvenes de más edad que profesan ser “dueños” de los barrios y se postulan como élites callejeras. A su vez, las élites callejeras posan como si ya estuvieran en su sitio, luciendo una semiótica arraigada en imágenes de glorias pasadas y transmitidas de una generación a otra. Enviado a un centro de tratamiento o confinamiento de delincuentes juveniles, el individuo se encuentra con roles predefinidos y con todas las miradas puestas en los recién llegados. Al haber sido detenido, su historial pasa a ser observable siempre que la policía busque en los registros a alguien que se ajuste al perfil del sospechoso.

¿Qué hace que la mirada envolvente sea causalmente dinámica para el individuo observado? Hay un principio elemental y universal de determinismo en la interacción social, una fuerza a través de la cual todas las causas deben funcionar a nivel individual. Al vernos a nosotros mismos, no podemos dejar de responder de forma que se tenga en cuenta la mirada del otro, aunque la respuesta sea despreciar, restar importancia o ignorar la percepción de los demás.^[67]

Existe una inevitable holgura en el proceso causal porque, incluso en la medida en que se puedan documentar los encuen-

tros directos para demostrar que se han recibido “definiciones del yo favorables a la delincuencia” por parte de otros, como exigen las interpretaciones positivistas de la “asociación diferencial” de Sutherland, la imaginación no se limita a las comunicaciones directas.^[68] Dentro de los círculos de parentesco, la ausencia del padre, de los tíos, de los hermanos o de los primos que han configurado su biografía en torno al caos se mantiene viva en las interacciones del niño con los que ha dejado o le han quitado. En el barrio, el “código de la calle”^[69] responde a públicos amorfos y a contrafactuales fantaseados, es decir, a lo que los demás pensarían de ti y te harían si no te pusieras firme. La violencia de las “pandillas” no está necesariamente dirigida a quienes se considera que han realizado acciones ofensivas en el pasado.^[70] Cuando la violencia se ve como la erupción de una vileza salvaje o loca, sirve al proyecto elitista de la pandilla promoviendo una identidad intrínsecamente intimidatoria incluso más que cuando se entiende como una venganza, porque la venganza está limitada por el principio de reciprocidad. Los medios de comunicación social, que ahora potencian la imaginación al tiempo que hacen alarde de una persona temible, se han convertido en catalizadores del rápido aumento de la violencia interpersonal de las pandillas.^[71]

Cuando una persona comienza a vender de contrabando en espacios públicos, ya existe una red de observadores. Los numerosos segmentos del público son los clientes; otras personas que tra-

⁶⁸ “Una persona se convierte en delincuente debido a un exceso de definiciones favorables a la violación de la ley sobre las definiciones desfavorables a las violaciones de la ley.” Cressey, D. R., “The Theory of Differential Association”, *Social Problems*, vol. 8, N° 2, 1960, pp. 2-6.

⁶⁹ Anderson, E., *Code of the Street: Decency, Violence, and the Moral Life of the Inner City*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1999.

⁷⁰ Lewis, K. y A. Papachristos, “Rules of the Game: Exponential Random Graph Models of a Gang Homicide Network”, *Social Forces*, vol. 98, N° 4, 2020, pp. 1829-1858.

⁷¹ Hellemont, E. V., “Gangland Online: Performing the Real Imaginary World of Gangstas and Ghettos in Brussels”, *European Journal of Crime, Criminal Law and Criminal Justice*, vol. 20, N° 1, 2012, pp. 165-180; Stuart, F., “Code of the Tweet”, *Social Problems*, vol. 67, N° 2, 2020, pp. 191-207.

⁶⁷ Blumer, H., *Symbolic interactionism: perspective and method*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1969.

bajan o podrían trabajar en el lugar, incluidos los vendedores que actualmente operan en otros lugares; los lugareños que ven pero evitan la interacción simétrica; los que trabajan en los niveles mayoristas y subcontratados del proceso de distribución; los depredadores y la policía. En parte debido a los muchos reflejos del yo que los traficantes públicos de contrabando tenían que manejar, y a la necesidad de trazar diariamente una fina línea entre la imaginación bien fundada y la paranoica, traficar en público era ampliamente conocido como estar en “el juego”. La investigación etnográfica sugiere que la participación de los adolescentes en el tráfico de cocaína “crack” aumentó y disminuyó rápidamente durante varios años a finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, a medida que la diversión desaparecía del juego.^[72] El público de los años ochenta difundió rápidamente la noticia del fácil acceso a los trabajos de distribución y, a continuación, también difundió rápidamente la noticia del descenso de los precios y de las bajas retribuciones,^[73] lo que provocó un aumento del riesgo de robo por parte de otros traficantes y una acumulación de historias sobre traficantes convertidos en perdedores por la policía.^[74]

El Estado desempeña un papel polifacético en la creación de los públicos que rodean a quienes están inmersos en una vida de acción o de fiesta, de permanencia en el juego o de vida huyendo. Si la ausencia del padre es un asunto inquietante para el niño abandonado, el Estado moderno refresca la conciencia del hijo de esa ausencia a

través del funcionamiento de los servicios de protección de la infancia, de las contingencias para recibir ingresos en la administración de los pagos de asistencia y de los llamamientos a la clemencia realizados en los procedimientos judiciales por las mujeres que señalan a los hombres que engendraron pero no crían a sus hijos. El Estado multiplica y diferencia los procesos envolventes por institución: las escuelas, las divisiones de justicia penal de menores y adultos, los tribunales de familia, las leyes de privacidad que obligan al personal médico a informar a la policía de las lesiones por disparos o de la aparente violencia doméstica, etcétera.

Pero el Estado no es el redactor final que circunscribe los públicos observadores. Los miembros de cada institución observadora interactúan y se superponen parcialmente, produciendo un proceso envolvente que provoca al individuo más o menos continuamente para tratar de integrar en una imaginación coherente. ¿Un miembro de la familia desvió la presión policial delatando a alguien? ¿Se pondrá un hospital en contacto con la policía si uno se presenta con lesiones que parecen ser de un delito?^[75] Las afiliaciones a las pandillas, que históricamente los criminólogos han estudiado sobre todo en los barrios étnicos, adquieren especial relevancia cuando los condenados son enviados a cárceles urbanas centrales y a prisiones situadas en zonas rurales.^[76] Una vez dentro, resulta valioso conocer a los reclusos que pueden compartir

⁷² Jacobs, basándose en entrevistas, se aleja del pensamiento causal lineal al tratar el nexo entre el crack y la violencia como parte de una moda juvenil. Frustrados por la incapacidad de las estadísticas correlacionales para explicar la conexión, varios destacados criminólogos que suelen atenerse al pensamiento lineal, que puede mostrar correlaciones entre el consumo de crack y la violencia pero no por qué el consumo de crack explotó y luego disminuyó precipitadamente, han tomado el mismo camino excepcional. Jacobs, B. A., *Dealing crack: the social world of streetcorner selling*, Boston, Northeastern University Press, 1999, p. 126, n. 27, y pp. 148 y ss.

⁷³ Levitt, S. D. y S. A. Venkatesh, “An Economic Analysis of a Drug-Selling Gang’s Finances”, *Quarterly Journal of Economics*, vol. 115, N° 3, 2000, pp. 755-789.

⁷⁴ Curtis, R., “The Improbable Transformation of Inner-City Neighborhoods: Crime, Violence, Drugs, and Youth in the 1990s”, *Journal of Criminal Law & Criminology*, N° 88, 1998, pp. 1233-1264.

⁷⁵ En Estados Unidos, el gobierno federal limita el intercambio de historiales médicos, pero las leyes de la mayoría de los estados exigen a los profesionales de la medicina que informen a las autoridades policiales cuando traten lesiones, especialmente disparos, que parezcan ser el resultado de un delito. En Filadelfia, donde Alice Goffman realizó su investigación de campo, hay abogados especializados en representar a médicos que pueden ser multados o perder su licencia para ejercer por no informar. El hecho de que los médicos necesiten abogados para protegerse en este sentido muestra tanto la realidad como la incertidumbre en la aplicación de las obligaciones de información. Los depredadores violentos tienen buenas razones para preguntarse cómo serán atendidos por el personal médico, en caso de que lleven sus heridas a un hospital. Goffman, A., *On the Run...*, op. cit.

⁷⁶ Decker, S. H. y D. Pyrooz, “The Real Gangbanging Is in Prison”, en Wooldredge, J. y P. Smith (eds.), *The Oxford Handbook of Prisons and Imprisonment*, Nueva York, Oxford University Press, 2018, pp. 143-162; Wooldredge, J., “Prison Culture, Management, and In-Prison Violence”, *Annual Review of Criminology*, N° 3, 2020, pp. 165-188.

lazos del vecindario. Dentro y fuera del encierro, el individuo o bien se deja manipular por quienes se forman imágenes de él en interacciones a las que no puede acceder, o bien se encarga de intentar seguir a las audiencias que lo siguen. Los hombres responsables de una cantidad desproporcionada de violencia predatoria son especialmente “atrayentes”. Lo que esto ha significado en criminología es la constatación común y medible de que la violencia criminal tiende a repetirse durante largos períodos de tiempo en determinados lugares, como bares, complejos de viviendas y esquinas específicas.^[77] Pero lo “atrayente” es también una realidad psicológica social. Una persona atrayente es alguien que te pide que escondas su pistola o que le prestes una herramienta para poder entrar en un departamento del que se ha quedado afuera. A menos que tengas cuidado de minimizar el contacto, corres el riesgo de ser llevado al caos en su vida.

El público que rodea a los agresores depredadores persistentes se define no solo por aquellos con los que interactúan activamente, sino también por el mayor número de personas que observan desde asientos tan distantes que lo que pueden ver es borroso. La gente de la zona sabe quiénes son los problemáticos y la mayoría se esfuerza por mantenerse alejada. Los padres dicen a los niños que eviten ciertas personas y lugares, y vigilan que no se acerquen. Las escuelas privadas de las ciudades prestan el servicio a las familias de institucionalizar la evasión de sus hijos de la escuela pública. Los padres de los barrios acomodados suben a sus hijos a los autobuses para que lleguen a los campus situados lejos de sus casas. Dependiendo de las subvenciones y de los pagos de matrícula que se reúnen con los ingresos de la clase trabajadora, los padres inmigrantes negros y latinoamericanos de los barrios de bajos ingresos de Estados Unidos matriculan a sus hijos en escuelas privadas religiosas y

⁷⁷ “Uno de los hallazgos criminológicos más poderosos de las últimas dos décadas es que la violencia es atrayente, se agrupa en lugares específicos, entre personas específicas y en torno a comportamientos específicos.” Abt, T. y C. Winship, *What Works in Reducing Community Violence: A Meta-Review and Field Study for the Northern Triangle*, Washington, Democracy International, 2016, p. 19.

laicas cercanas con el fin de aislarse de los peligros morales y físicos que se perciben en las escuelas públicas.

Los vecinos de las zonas de alta criminalidad desarrollan una cultura personal que profesa el “no me meto en nada”, lo que indica patrones de evasión; sin embargo, siguen rumoreando sobre los hechos sensacionales de algunos residentes locales.^[78] En maniobras que los *badass* pueden percibir, los estudiantes de los institutos urbanos “tóxicos” trabajan para minimizar los encuentros fortuitos con quienes podrían explotar sus vulnerabilidades.^[79] En las zonas con reputación de albergar pandillas violentas, los adolescentes aprenden técnicas para minimizar el conflicto negándose a expresar las lealtades del vecindario cuando se enfrentan a la formalmente inocente pregunta “¿De dónde eres?”, que a veces adopta la forma más siniestra de “¿A quién respondes?”.^[80]

El Estado construye múltiples poblaciones sustantivas: las familias monoparentales a las que se dirigen los servicios de bienestar infantil, los desertores escolares definidos por las escuelas, las pandillas definidas por las unidades policiales, los delincuentes etiquetados por las ramas juveniles y adultas del sistema de justicia penal. Una vez que cambiamos la atención de la investigación de los sustantivos a los procesos que rodean las respuestas violentas, pueden surgir nuevos hallazgos. Una de las vías de investigación más importantes es la que se refiere a la forma en que las personas problemáticas entienden las interacciones que no tienen, ya sea por las prácticas de evasión de los demás o porque están encarceladas. El miedo que los problemáticos inspiran a los demás da a los primeros una base razonable para imaginar de forma descabellada cómo

⁷⁸ Raudenbush, D., “I Stay by Myself: Social Support, Distrust, and Selective Solidarity Among the Urban Poor”, *Sociological Forum*, vol. 31, N° 4, 2016, pp. 1018-1039.

⁷⁹ Paille, B., *Toxic schools: high-poverty education in New York and Amsterdam*, Chicago, University of Chicago, 2013; Garot, R. y J. Katz, “Provocative Looks: Gang Appearance and Dress Codes in an Inner-city Alternative School”, *Ethnography*, vol. 4, N° 3, 2003, pp. 421-454.

⁸⁰ Garot, R., *Who you claim: performing gang identity in school and on the streets*, Nueva York, New York University Press, 2010.

son vistos. A su vez, tanto los actos esporádicos de violencia como una conducta continua de dureza tienen sentido.

Para los que persisten en vivir en la huida, los procesos envolventes cambian a lo largo del ciclo vital, expandiéndose en algunos tipos de relaciones y contrayéndose en otros, convirtiéndose en capas, diversificándose y cruzándose en la audiencia a medida que el individuo se mueve con las pandillas del vecindario desde las afiliaciones de la escuela primaria a las poblaciones más grandes creadas por las áreas de captación progresivamente más amplias utilizadas para llenar las escuelas medias y secundarias; dentro y fuera de las poblaciones en los centros de menores y las prisiones; en los bordes y dentro de las redes que activan las empresas ilegales. Las investigaciones metodológicamente diversas sugieren que un camino común para dejar una vida organizada intermitentemente en torno a formas ilegales de “acción” es estrechar los públicos que la rodean trasladándose a nuevas áreas,^[81] “renaciendo” en una comunidad religiosa que amuralla la relevancia de las asociaciones anteriores,^[82] o “asentándose” en una relación doméstica estable.^[83]

Causalidad a nivel macro: cómo explicar los aumentos y descensos a largo plazo de la violencia predatoria

Después de rechazar las unidades de descripción del Estado como las categorías a utilizar para la explicación, todavía nos enfrentamos

⁸¹ Kirk, D., “Residential Change as a Turning Point in the Life Course of Crime: Desistance or Temporary Cessation?”, *Criminology*, vol. 50, N° 2, 2012, pp. 329-358.

⁸² Aunque, debido quizás a la imprecisión en la codificación de la influencia religiosa, las pruebas distan mucho de ser claras y sólidas. Mowen, T. J. et al., “During, After, or Both? Isolating the Effect of Religious Support on Recidivism During Reentry”, *Journal of Quantitative Criminology*, vol. 34, N° 4, 2018, pp. 1079-1101.

⁸³ West, W. G., “The Short Term Careers Of Serious Thieves”, *Canadian Journal of Criminology*, vol. 20, N° 2, 1978, pp. 169-190; Laub, J. H. y R. J. Sampson, *Shared beginnings, divergent lives: delinquent boys to age 70*, Cambridge, Harvard University Press, 2003.

al reto de dar sentido a las tasas de criminalidad producidas por el gobierno. En Estados Unidos, los informes oficiales de homicidios y robos de los últimos sesenta años indican un aumento a gran escala y luego un descenso a gran escala de la violencia interpersonal. Aunque la percepción de la delincuencia parece ir por detrás de los descensos, el patrón temporal general complementa lo observado por periodistas, etnógrafos urbanos y residentes de larga duración.

Las categorías de fenómenos relacionados con la delincuencia a nivel micro que se toman como explicación en *Los encantos del delito* se desarrollan a través de procesos similares en el tiempo y el espacio. Los cambios de la no violencia a la violencia en determinadas situaciones no pueden explicarse por las características de nivel macro porque, casi por definición, permanecen constantes durante breves episodios de interacción social. Pero cuando tratan de explicar los aumentos y descensos de la delincuencia en grandes poblaciones a lo largo de décadas, los investigadores sociales ignoran por su cuenta y riesgo los cambios holísticos del período. Es habitual que los criminólogos expliquen los cambios en los índices de delincuencia considerando como causas las variables de nivel macro de forma individual e interactiva. Al hacerlo, apuestan por poder ignorar los cambios macro que trascienden las variables, emergentes y potencialmente sin precedentes, que pueden haber cambiado las variables contextuales que miden primero en una dirección y luego en otra. Etiquetar dichas causas como variables “exógenas” no resuelve la cuestión de su relevancia causal, y sugiere de forma engañosa que los cambios sociohistóricos encajan en el análisis de las variables en lugar de ser cambios epocales únicos.

Estas consideraciones plantean otra cuestión. ¿Por qué tomar como *explananda* los cambios en los índices de criminalidad, en lugar de considerar los cambios en los índices de criminalidad como parte de una transformación social más amplia? El hecho de que la criminología se centre en las variaciones de los índices de criminalidad como objetivo último de explicación se ajusta a los límites de la medición gubernamental y a los debates políticos conexos. Los delitos reconocidos oficialmente, especialmente los violentos, son

acontecimientos poco frecuentes. Los cambios de 10 a 20 homicidios por cada 100.000 habitantes se toman como candidatos obvios para la explicación en criminología. Niveles similares de cambio en los resultados de salud pública, como la mortalidad infantil y las muertes por cáncer, son menos problemáticos como explicación porque las causas tienen que trabajar sus efectos a través de un sistema biológico relativamente constante. Pero las fuerzas sociales que aumentan o disminuyen la delincuencia deben ejercer sus efectos a través de una realidad intrínsecamente inestable, la interrelación de procesos de interacción que se expande, se encoge y cambia cualitativamente, que es el yo. La biología humana no ha cambiado en sesenta años, pero es cuestionable que la ontología social del ser haya permanecido constante.

Si comparamos a las personas que vivían en Estados Unidos en 1960 y en 2020, encontramos cambios drásticos en la participación laboral de las mujeres, grandes cambios en el tamaño relativo de las poblaciones étnicas/raciales y un ciclo vital más diferenciado. ¿Estamos seguros de que ser mujer u hombre; ser negro, blanco, asiático-estadounidense o mexicano-estadounidense; o ser un adulto joven frente a un niño es la misma forma de ser hoy que hace sesenta años? Estos rasgos de identidad son intrínsecamente interdependientes: situarse en una determinada categoría de género, raza/etnia o edad es marcar una diferencia con respecto a las categorías de contraste. Cuando el conjunto de contrastes se transforma, las personas de entonces y de ahora pueden seguir ubicándose en la misma categoría sustantiva, pero no viven la misma diferencia. Si no fuera por la insistencia del público en que los funcionarios políticos asuman la responsabilidad de la delincuencia, es cuestionable que los científicos sociales intenten siquiera explicar la duplicación de lo que ha seguido siendo un acontecimiento extremadamente raro a lo largo de la historia de una población de yoes que han cambiado tan profundamente.^[84]

⁸⁴ Incluso cuando se han producido profundos cambios en el yo, se han desarrollado poderosas culturas e instituciones para insistir en las continuidades históricas de las

Al asumir el reto de explicar el aumento y la caída a largo plazo de la violencia interpersonal depredadora, no necesitamos estar limitados por las debilitantes suposiciones incorporadas a los métodos que se han utilizado para explicar las variaciones anuales de los índices de criminalidad. Podemos desarrollar una explicación comprobable sin adoptar un falso nivel de precisión temporal y asumir artificialmente que las causas se detienen en los límites geográficos políticos; sin presumir la linealidad y la reversibilidad en la dirección causal; sin pretender relaciones ahistóricas entre las variables. En cambio, podemos mirar más allá de las cegueras nacionalistas; apreciar la importancia causal de los efectos de umbral, los puntos de inflexión y la dialéctica social; e investigar si el patrón general de la “V” invertida puede explicarse mejor como un resultado históricamente específico de la acción colectiva que ningún líder o grupo dirigente previó y mucho menos controló. Una vez que hayamos elaborado una comprensión holística del auge y la caída de la violencia intencionada contra los desconocidos en los últimos sesenta años en Estados Unidos, podremos sacar conclusiones para poner a prueba la comprensión global. A continuación, podríamos comprobar si los límites históricos y geográficos de nuestro caso histórico podrían explicar, por comparación, los cambios a largo plazo en otras geografías y períodos históricos.

Para ilustrar este enfoque, me baso en un proyecto en el que he estado trabajando desde aproximadamente 1995, un estudio de caso

identidades clasificadas demográficamente. Con razón y de forma lastimosa, la gente declara ahora que “sus luchas pasadas son las mías hoy”. Frente a estas urgentes reivindicaciones de conexión espiritual histórica, cualquiera que reivindique la discontinuidad es susceptible de ser vilipendiado. Aun así, un sociólogo tiene motivos para preguntarse si la apasionada insistencia en la continuidad del yo étnico, de género y de edad es una respuesta a la ansiosa sospecha de que uno forma parte de una generación de huérfanos de la historia. El dilema sociológico es paralelo a un enigma existencial. ¿Honro a mis antepasados oponiéndome ferozmente a cualquier signo de injusticia actual bajo el lema “¡Nunca más!” o deshonro a los antepasados comparando los horrores que vivieron con las “microagresiones” que debo afrontar? La sociología suele adoptar el primer enfoque. Esta es otra forma de nacionalismo metodológico, otra forma en que la disciplina se supedita al Estado, que para persistir debe insistir en la continuidad de la identidad aunque sus miembros cambien una y otra vez.

sobre el cambio en el tejido de la vida urbana en el área de Hollywood de Los Ángeles, desde 1965 hasta 2010.^[85] A finales del siglo xx, la población residencial de Hollywood aumentó en un 50%, hasta casi 170.000 personas; la zona pasó de ser un 90% de “blancos” nacidos en el país a una mayoría de mexicanos y centroamericanos nacidos en el extranjero, con otras grandes poblaciones nacidas en el extranjero que llegaron de Europa, Asia, Oriente Medio y la antigua Unión Soviética. La estratificación económica en Hollywood pasó de ser relativamente plana a una diferenciación en cuatro niveles: renta alta en las colinas, renta media-alta en los pisos del oeste, media-baja en el centro y nivel de pobreza en la sección del este. Entre 1960 y 2010, los delitos violentos en Hollywood siguieron el patrón de la “V” invertida en el conjunto de la ciudad. Los homicidios casi se triplicaron, pasando de unos 12 por cada 100.000 habitantes en 1959 a un máximo histórico de 34 en 1980; y luego, en 2010, se redujeron a 8, aproximadamente una cuarta parte de la tasa de 1980.^[86]

A partir de mediados de la década de 1960, tanto en la zona de Hollywood como en el conjunto de Los Ángeles, y también en las regiones metropolitanas de todo el país, la vida urbana comenzó a cambiar drásticamente a medida que el poder centralizado del Estado dejaba de ejercer repentinamente los controles que se habían mantenido durante décadas. El contexto para ejercer la violencia interpersonal y las actividades delictivas relacionadas cambió como parte de transformaciones mucho más amplias en la sensación y el tejido de la vida de la ciudad. Caracterizo las fases iniciales del cambio como el desarrollo de la anarquía urbana.

⁸⁵ Para un resumen de algunas de las conclusiones pertinentes, véase Katz, J., “Anarchy’s Neighborhoods: the Formation of a Quadriplex Urban Ecology”, *Qualitative Sociology*, vol. 44, N° 2, 2021, pp. 175-204.

⁸⁶ En cierto modo, estoy defendiendo un modesto avance teórico, al utilizar la investigación etnográfica e histórica sobre los cambios en el tejido de la vida urbana para armonizar dos líneas de investigación basadas en variables y truncadas históricamente que aparecieron con veinte años de diferencia. LaFree, G., *Losing Legitimacy: Street Crime and the Decline of Social Institutions in America*, Boulder, Westview Press, 1998; Sharkey, P., *Uneasy peace: the great crime decline, the renewal of city life, and the next war on violence*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 2018.

En la década de 1960, incluso cuando el gobierno de los Estados Unidos crecía en empleados, gastos de bienestar social, y a través de la agresión militar en Indochina, el “Estado”, es decir, el gobierno en todos los niveles, encontró su control sobre la vida social urbana efectivamente bloqueado, confuso, y tan incierto como para convertirse en autonegador. En Los Ángeles, en 1965, los “disturbios de Watts” surgieron abruptamente por una protesta contra el control policial de una parte de la población negra. Casi al mismo tiempo, los residentes de la clase trabajadora y los acomodados se levantaron para bloquear dos proyectos de autopistas que habrían provocado nuevas divisiones en Hollywood. Los disturbios se consideraron un signo de los tiempos, pero los manifestantes de la autopista, aunque fueron brevemente noticia, tuvieron un éxito más definitivo a largo plazo. A principios de la década de 1980, tras la persistente presión de los residentes, la autoridad vial de California abandonó la propuesta de reestructuración del paisaje urbano. Se trata del primer cambio de rumbo en la historia de la agencia de viabilidad.^[87]

Desde la fundación del país hasta varios años antes de la Primera Guerra Mundial, el acceso a la ciudadanía de los nacidos en el extranjero había sido rigurosamente controlado, pero no su entrada física. Durante décadas, los cruces fronterizos sin restricciones desde México y, sobre todo, desde Canadá fueron algo cotidiano. La presión política a favor de las restricciones de entrada creció en el período previo y durante la Primera Guerra Mundial. A principios de la década de 1920, se establecieron firmemente cuotas estrictas de inmigración y un programa de visados. En 1965, cuando el gobierno de Estados Unidos aprobó una nueva ley de inmigración, abandonó de forma efectiva, aunque involuntaria, cincuenta años de estricto control sobre la entrada de la población nacida en

⁸⁷ En Europa occidental y en muchas otras ciudades de Estados Unidos se produjeron simultáneamente éxitos de protesta contra los planes de autopistas de división urbana. La batalla de Jane Jacobs contra los planes de autopistas de Robert Moses fue tan rica en personalidades pintorescas que las lecciones aprendidas se entendieron como específicas de Nueva York. Pero me quedaré con los ejemplos de mi caso práctico.

el extranjero. La flexibilización del control de la entrada de los nacidos en el extranjero no estaba explícitamente autorizada ni prevista a nivel federal. Se desarrolló a través de un volumen inesperado de solicitudes de “reagrupación familiar” y cuando las fuerzas del orden no respondieron a los que sobrepasaban los visados y a los que cruzaban la frontera sin autorización. A nivel de la ciudad, se rechazó formalmente el control legal sobre las personas que vivían en Los Ángeles sin autorización. En 1979, el departamento de policía, dirigido entonces por un jefe que más tarde sería calificado de derechista y racista, emitió una política que declaraba que la policía no iniciaría investigaciones para descubrir la residencia ilegal.

A nivel estatal, la derecha, encabezada por el gobernador Reagan, y la izquierda, liderada por los activistas de los derechos civiles, se pusieron de acuerdo para poner fin al confinamiento forzoso de personas etiquetadas como enfermos mentales. A nivel de condado, se cerró una “granja de borrachos” creada en la década de 1950. La policía ya no disponía de un hospital psiquiátrico ni de un centro rural tipo barracón al que enviar a los pobres sin techo que habían detenido en la ciudad. En un proceso paralelo, el gobierno del condado cerró un centro de detención de menores que durante décadas había creado un entorno de contención que albergaba a “jóvenes incorregibles” junto a delincuentes juveniles condenados y niños que, por accidente o abandono, carecían de supervisión parental.

Durante 100 años, el gobierno ha ampliado el control sobre los niños aumentando progresivamente el tiempo obligatorio de asistencia a la escuela. En el ámbito del condado, la administración escolar en la década de 1970 comenzó a trasladar a los niños en autobús a zonas alejadas de sus hogares para lograr la integración racial. En California, tras años de enconada resistencia popular, un plebiscito formalizó la prohibición del poder gubernamental de llevar a los niños en autobús a escuelas alejadas de su barrio. La autoridad de la escuela pública estaba en retirada.

A principios del siglo **xx**, cuando el cine se convirtió en una industria de masas, el Tribunal Supremo de Estados Unidos deci-

dió que la nueva forma de arte/entretenimiento no entraba dentro de las protecciones de la libertad de expresión y de reunión garantizadas en la constitución de la nación. El Estado no abandonó el control sobre la cultura pública. En su lugar, durante los siguientes cincuenta años aproximadamente, la Iglesia católica y una junta de revisión de la industria cinematográfica asumieron las funciones de censura. A través de estos delegados, y de los fiscales de los gobiernos locales que cerraban librerías y cines por distribuir o exhibir material “obsceno”, la negligencia jurisprudencial del Tribunal se tradujo en una censura efectiva. Lo que ocurrió rápidamente después de la década de 1960 demostró lo mucho que se había reprimido.

En la década de 1970, el Tribunal Supremo acogió la impugnación de la autoridad gubernamental para bloquear la distribución de publicaciones y películas pornográficas. Pero en lugar de establecer un régimen claro de normas que delimiten la expresión protegida y la no protegida, el Tribunal abandonó esencialmente su autoridad “suprema” y comenzó a operar más como un caracterizador de hechos caso por caso, revisando artículos particulares para decidir si eran “obscenos” y como tales podían ser censurados. Sus decisiones se convirtieron en objeto de burla nacional, y los caricaturistas de los periódicos y los cómicos de la televisión se burlaron sin cesar de la imagen de jueces con toga y semidesnudos viendo películas porno, y también de las palabras de un juez que, en lugar de definir la obscenidad, dijo: “La reconozco cuando la veo”. Debido a los desacuerdos internos y a la incapacidad de cada uno de los magistrados para encontrar normas que pudieran adoptar personalmente de forma coherente, durante varios años el Tribunal, al menos en este ámbito, abandonó efectivamente su poder de elaboración de normas y se degradó al nivel de un tribunal de primera instancia.

Nadie organizó esta retirada a varios niveles del poder centralizado sobre múltiples áreas sustantivas de la vida de la ciudad. Algo indudablemente consecuente pero inefable estaba ocurriendo. Durante cincuenta años, a través de la Depresión y las dos gue-

rras mundiales, la ansiedad pública en todos los países apoyó las derivaciones de poder a largo plazo hacia el centro. Las poblaciones dotaron de carisma a líderes nacionales que podían situarse en cualquier punto del espectro político, y que como líderes individuales oscilaban entre los brillantes, los mediocres y los psicópatas. En Estados Unidos, unos veinte años después del final de la Segunda Guerra Mundial, y unos diez años después de terminar la participación activa en la guerra de Corea, en un proceso inverso, igualmente inefable, el carisma se evaporó en todos los niveles de la dirección del Estado.^[88] Regiones enteras de la vida social urbana ya no se controlan desde el centro, sino que se dejan en manos de los lugareños para que solucionen los conflictos desde la base.

En el nuevo contexto de anarquía urbana, se desarrollaron múltiples formas de caos, incluido el aumento de la violencia interpersonal predatoria y las transgresiones relacionadas. Al mismo tiempo, los procesos comenzaron a sentar las bases para la reestructuración del paisaje urbano. Si bien operó con un perfil bajo durante unos 25 años, las nuevas fuerzas sociales acabaron inclinando la dirección del cambio. La transformación se hizo legible en múltiples indicadores de la calidad de vida urbana, incluida la disminución de los índices de delincuencia violenta.

El proceso general de cambio fue dialéctico. Un proceso dialéctico era inherente a la forma en que los mercados capitalistas de la tierra funcionaban a lo largo del tiempo. Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, una escalada de construcción de autopistas, que se había proyectado desde la llegada de la propiedad masiva de automóviles en la década de 1920, pero que se retrasó durante

décadas por la Depresión y la guerra, pronto hizo que los terrenos relativamente baratos a treinta o sesenta kilómetros del centro de la ciudad fueran accesibles para los trabajadores que viajaban desde lejos a su lugar de trabajo. Los terrenos cercanos se revalorizan, pero a un ritmo más lento que los suburbanos. A mediados de la década de 1960, la población de los suburbios llevaba veinte años aumentando rápidamente en comparación con las zonas urbanas. El “centro de la ciudad” comenzó a ser visto bajo diversas rúbricas lúgubres, como zonas del “cinturón de óxido”, como barrios abandonados por la “huida de los blancos”, o como deteriorados debido a la “desindustrialización”. Las perspectivas nacionalistas cegaron a los comentaristas ante el enorme impacto causal en la vida urbana de un silencioso no acontecimiento: los residentes que se marchaban de las ciudades ya no eran sustituidos por nuevos inmigrantes, como había sucedido entre 1870 y 1920.

¿Cómo la retirada del poder del Estado central sentó las bases para los esfuerzos locales que transformarían las ciudades? Cuando los terrenos cercanos al centro de la ciudad se volvieron relativamente baratos, el Estado congeló grandes franjas de terreno cercano para planificar nuevas autopistas. Durante casi veinte años, las protestas ciudadanas bloquearon los proyectos hasta que finalmente se abandonaron en la década de 1980. Alrededor de las rutas planificadas, los precios de la tierra estaban especialmente deprimidos. Esto fue percibido como una oportunidad por los nuevos promotores de la comunidad y por lo que inicialmente era un goteo de nuevos compradores de suelo residencial. Algunos de los nuevos promotores comunitarios eran líderes de movimientos religiosos. En Hollywood, los judíos ortodoxos, los budistas y los científicos crearon nuevas instituciones y centros comunitarios. Sus primeras compras de tierras, edificios y congregaciones del vecindario no eran generalmente visibles más allá de los residentes inmediatamente adyacentes. Pero en 1990 habían florecido hasta convertirse en nuevos centros de estabilidad social fácilmente visibles, cada uno de los cuales proporcionaba su propio tipo de pacificación del barrio.

⁸⁸ En Estados Unidos, la desaparición del carisma fue simbolizada y promovida por el asesinato del presidente Kennedy a principios de los años sesenta. En la década de 1970, el escándalo del Watergate primero socavó la deferencia hacia la cúpula del gobierno y luego, en un proceso impulsado por una nueva generación de fiscales que iniciaron un movimiento social contra los delitos de cuello blanco, se abrió camino hacia abajo en la jerarquía del poder para atacar la corrupción y la mala conducta que no era nueva, pero que había sido aislada por las tradiciones de deferencia. Katz, J., “The Social Movement...”, *op. cit.*

En los lugares donde la delincuencia callejera –hurto, robos en tiendas, grafitis de pandillas y mercados de drogas, contrabando y sexo al aire libre– era más intensa, el valor del suelo se deprimió aún más. El abaratamiento de la vivienda residencial atrajo a personas más pobres, algunas de las cuales contribuyeron al aumento de la delincuencia callejera. Pero al mismo tiempo, la bajada del valor del suelo atrajo a una nueva población bohemia de jóvenes adultos con estudios universitarios que intentaban configurar su biografía en torno a las artes escénicas y el diseño. En Hollywood, se trasladaron a zonas situadas entre los barrios más acomodados del oeste (por ejemplo, Beverly Hills) y las zonas de alta pobreza del este (East Hollywood).

Algunos de los nuevos residentes de clase media y con estudios universitarios llegaron a Hollywood desde zonas del medio oeste y la costa este, donde las viviendas antiguas gozaban de prestigio. Trajeron consigo una cultura de preservación histórica. En la década de 1980, un grupo de barrios que inicialmente se había organizado para aislar a los residentes de la ansiedad provocada por la delincuencia callejera había recibido la designación oficial de “histórico”, que protegía las viviendas de la reurbanización. Incluso cuando abandonaron la autoetiquetación explícita como organizaciones de lucha contra el crimen en favor de sus nuevos nombres inventados, estas islas vecinales históricas y reconocidas formalmente formaron otro archipiélago de espacio urbano pacificado.

Se formó un tercer archipiélago pacificador de barrios a medida que se desarrollaba un proceso dialéctico en las colinas adineradas. Construidos originalmente antes de 1930, los barrios de las colinas de Hollywood fueron deteriorando su valor relativo en la década de 1960, a medida que se construían barrios más nuevos y caros alrededor de las extensiones de las autopistas que llegaban más al oeste. Los proyectos de autopistas propuestos en la década de 1960 les impulsaron a superar el aislamiento del cañón y a organizarse en una poderosa federación.

En la década de 1970, los esfuerzos de la administración de la escuela pública por transportar a los niños en autobús para promo-

ver la integración racial condujeron al rápido desarrollo del sistema de escuelas privadas (de financiación por matrícula). Las escuelas privadas sirvieron de base a muchas familias acomodadas que, de otro modo, se habrían trasladado a los suburbios cuando sus hijos alcanzaron la edad escolar. A medida que la ansiedad popular por la delincuencia callejera crecía hasta niveles casi histéricos, los barrios de las colinas, altamente organizados, se convirtieron en una fuerza sistemática de vigilancia, una base financiera para las empresas de seguridad privada y un poderoso grupo de apoyo que exigía la protección policial de los políticos locales.

Un cuarto archipiélago de barrios se desarrolló a medida que las personas nacidas en México y Centroamérica respondían al colapso del control de la inmigración nacional llegando a Los Ángeles, al principio de forma lenta, pero que en la década de 1980 se convirtió en un flujo rápido. En el milenio, un millón de personas que vivían en el sur de California eran “inmigrantes ilegales”. El impacto de esta nueva población en la violencia interpersonal se desarrolló de forma no lineal. Al principio, el reasentamiento siguió el patrón que los primeros sociólogos de Chicago habían documentado a principios del siglo xx. Era un caos en muchos sentidos, tanto por la violencia doméstica en el hogar como por la delincuencia depredadora en el barrio, donde los jóvenes de las pandillas esparcían grafitis y tenían un aspecto intimidatorio.^[89]

Al cabo de unos 25 años, la nueva población de bajos ingresos nacida en el extranjero estaba sustancialmente asentada en múltiples aspectos. Aunque el Estado nunca bloqueó eficazmente la entrada no autorizada de los nacidos en el extranjero, en la década de 1990 la aplicación de la ley de inmigración había aumentado considerablemente el coste de pagar a los “coyotes” para que hicieran la travesía desde México. Los familiares que ya residían en Hollywood apadrinaban a los recién llegados, adelantándoles el dinero para la travesía,

⁸⁹ Véase el revelador capítulo sobre el asesinato en Thomas, W. I. y F. Znaniecki, *The Polish peasant in Europe and America; monograph of an immigrant group*, vol. v, Chicago, The University of Chicago Press, 1918.

proporcionándoles un alojamiento inicial y vinculando a sus deudores con empleos que pudieran establecer flujos de ingresos estables para su reembolso. Además, en casi todos los hogares había un “ilegal”, por lo que existía una cautela generalizada respecto a la intervención del Estado, que podía adoptar la forma de una respuesta de la policía a las denuncias de violencia doméstica o de los trabajadores sociales a las denuncias de niños revoltosos. Al mismo tiempo, las fuerzas del orden enviaban a los inmigrantes acusados de delitos de vuelta a sus países de origen. En un caso, un miembro de una temida banda, la Mara Salvatrucha, fue devuelto a El Salvador, donde se hizo famoso con el apodo de “Hollywood”. La inmigración de gran volumen y bajos ingresos pasó de ser un factor importante que contribuía al aumento de la violencia interpersonal a convertirse en una influencia importante que reducía los índices de delincuencia.

Un impacto no lineal similar de la inmigración masiva afectó a los índices de criminalidad en la otra gran ciudad de entrada en Estados Unidos. La criminología no ha sabido apreciar la magnitud y las implicaciones metodológicas del cambio de población en Nueva York y Los Ángeles entre 1965 y 2010. Debido a un nivel de población nacida en el extranjero similar al de Los Ángeles, pero con una corriente de inmigrantes de origen más diverso y de clase más variada, Nueva York desarrolló una “V” invertida de la tasa de criminalidad más pronunciada que la de Los Ángeles.

Dependiendo de cómo se aplique el concepto, en el año 2000, las culturas de raíz extranjera conformaban el ambiente de la vida cotidiana en hasta dos tercios de los hogares de Los Ángeles y Nueva York. Otro refuerzo no lineal del descenso de la delincuencia se produjo cuando los hijos de los residentes nacidos en el extranjero alcanzaron la edad de “riesgo” de delinquir. La experiencia de movilidad de la segunda generación de inmigrantes ha igualado o superado la experimentada por los inmigrantes de origen europeo llegados a principios del siglo xx.^[90] El cambio de población en

Nueva York y Los Ángeles en los últimos sesenta años ha sido tan amplio que, aunque cada una sigue siendo la misma jurisdicción geopolítica y conserva rasgos paisajísticos reconocibles y continuos, referirse a estas ciudades bajo un nombre constante corre el riesgo de confundir la búsqueda de explicaciones sobre los cambios en los índices de criminalidad. La apuesta en criminología es que el cambio holístico puede ser ignorado en favor de reducir los cambios a variables con impactos causales lineales en los índices de criminalidad. La población de cada ciudad no solo aumentó en proporción a los inmigrantes. El medio para intermediar la posible causa y el resultado cambió esencialmente.

El cambio demográfico estableció el contexto para el rápido descenso de la violencia depredadora interpersonal. Cuando se publicó *Los encantos del delito* a finales de la década de 1980, los afroamericanos pobres de Los Ángeles cometían robos a un ritmo entre cuatro y cinco veces superior al de las personas pobres de ascendencia mexicana y centroamericana, y a un ritmo diez veces superior al de las poblaciones de origen europeo y asiático en situación de pobreza. Estas proporciones, medidas por las victimizaciones por homicidio, que son abrumadoramente intrarraciales, y las detenciones por robo, han continuado a medida que se transformaba la composición étnica de la población. A medida que aumentaba la llegada de personas procedentes de América Latina, la población del condado de Los Ángeles se volvía cada vez más “hispana”, alcanzando casi el 50% en 2010. Los residentes de origen asiático también aumentaron rápidamente, comenzando en un nivel de menos de una cuarta parte de la población negra en 1960 a un nivel en 2010 que superó a los afroamericanos en más de medio millón de personas en una población del condado de 10 millones.

Los cambios en la estratificación racial en Los Ángeles, y en el conjunto de la nación, reforzaron el cambio en el medio social a

⁹⁰ Waters, M. C. y T. R. Jiménez, “Assessing Immigrant Assimilation: New Empirical and Theoretical Challenges”, *Annual Review of Sociology*, N° 31, 2005, pp. 105-125; Myers, D.,

Immigrants and boomers: forging a new social contract for the future of America, Nueva York, Russell Sage Foundation, 2007; Luthra, R., T. Soel y R. Waldinger, *Origins and destinations: the making of the second generation*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 2018.

través del cual las causas de la delincuencia, habitualmente investigadas, deben ejercer su efecto. La tasa de pobreza de la población negra se redujo a la mitad en los cincuenta años posteriores a 1960, mientras que el porcentaje de la clase media alta negra aumentó por múltiplos de cuatro o cinco. Las tendencias ya eran evidentes a nivel nacional en 1980.^[91] En la década de 1990, la “bifurcación” de la población negra en una población cada vez más pobre y una clase media alta cada vez mayor estaba bien documentada en Los Ángeles.^[92]

Cuando los criminólogos examinan los efectos sobre la delincuencia del aumento de las prisiones, la calidad de la educación, las políticas policiales o la cohesión del vecindario, dan por sentado que existe una cierta similitud de sensibilidad entre los residentes de una zona. Sin embargo, para una proporción cada vez mayor de la población de las ciudades de Nueva York y Los Ángeles, no importaba el cambio de variables como el encarcelamiento, la detención y el cacheo por parte de la policía, la pobreza, etc. No eran un medio en el que dichas causas pudieran surtir efectos en la comisión de delitos violentos contra extraños, que ya eran prácticamente inexistentes.

Al igual que con el impacto de un porcentaje creciente de residentes nacidos en el extranjero, el impacto del cambio demográfico y socioeconómico en la delincuencia no ha sido históricamente lineal. En el caso de las poblaciones de origen europeo que llegaron a Estados Unidos en situación de pobreza a principios del siglo xx, el paso de los inmigrantes pobres a la clase media se produjo a lo largo de varias décadas. A medida que los miembros de cada grupo étnico ascendían, los que permanecían en la pobreza veían cambiar su aspecto moral. Cada vez más se convirtieron en los “pobres de mala reputación”. Mientras todos los de su clase sean pobres, no

hay que avergonzarse de la pobreza.^[93] Pero el significado relativo de la pobreza cambia cuando quienes comparten la misma etnia empiezan a demostrar que, a pesar de las desventajas económicas y las barreras de los prejuicios, la movilidad ascendente es evidentemente posible.^[94] El aumento de la presión moral sobre los que quedaron atrás no dependió de la falta de respeto de la población en general. En su propio grupo étnico, podrían ser testigos de los nuevos ricos, que no tienen reparos en celebrar las implicaciones autoengrandecidas de su riqueza. También en este sentido, las cosas empeoran naturalmente incluso cuando, de hecho, específicamente están mejorando.

Algunas de las transformaciones no lineales de la vida de la ciudad eran visibles, al menos para los residentes de larga duración. En el año 2000, casi todas las escuelas públicas que se habían convertido en mayoritariamente negras cuando las inscripciones de blancos disminuyeron en los años cincuenta a setenta volvieron a cambiar de demografía. Se convirtieron en mayoría mexicana, centroamericana y de ascendencia asiática. La presencia de los negros en la administración de las escuelas públicas era cada vez mayor entre la población estudiantil inscrita por familias inmigrantes deferentes. Los profesores que permanecieron durante estas transformaciones demográficas, y las familias que enviaron a la misma escuela a varios niños de distintas edades, pudieron ser testigos de los cambios en el clima social que se produjeron a medida que la demografía escolar reflejaba cada vez más las culturas extranjeras.

Los cambios en el clima social también fueron visibles para los observadores locales de la vida en público, por ejemplo, los que toma-

⁹³ Un primer hallazgo, en su día famoso y ahora casi olvidado entre los etnógrafos, sobre el cambio de las reacciones emocionales a lo largo del tiempo en una ciudad industrial austríaca durante la Depresión. Jahoda, M. *et al.*, *Marienthal: The Sociography of an Unemployed Community*, Chicago, Aldine Atherton, 1971 [1930].

⁹⁴ Matza, D., “The Disreputable Poor”, en Bendix, R. y S. M. Lipset (eds.), *Class, status, and power: social stratification in comparative perspective*, Nueva York, Free Press, 1966, pp. 289-302; Matza, D., “Poverty and Disrepute”, en Merton, R. K. y R. A. Nisbet (eds.), *Contemporary Social Problems*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1966, pp. 619-669.

⁹¹ Smith, J. P. y F. Welch, “Race and Poverty: A Forty-Year Record”, *The American Economic Review*, vol. 77, N° 2, 1987, pp. 152-158.

⁹² Grant, D. M. *et al.*, “African Americans: Social and Economic Bifurcation”, en Waldinger, R. y M. Bozorgmehr (eds.), *Ethnic Los Angeles*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1996, pp. 379-411.

ban regularmente los autobuses que utilizaban los estudiantes. En algunas rutas de autobús y en los comercios cercanos a algunos centros de enseñanza media, los jóvenes que se habían enfrentado con un histrionismo agresivo perdieron en algún momento la necesaria audiencia de los compañeros étnicos. Continuar con el mismo comportamiento los ponía en riesgo de parecer raros, incluso locos, como otra versión de las personas que se ven como individuos sin hogar que hablan sin una contraparte visiblemente receptiva.

En los autobuses y en los espacios comerciales, la degradación de las tensiones se produjo en una escala de años. En otros espacios públicos de barrios demográficamente cambiantes, los puntos de inflexión pudieron observarse a lo largo de varias horas. En las tardes del sur de Los Ángeles, en el intervalo tras la salida de la escuela y antes de la hora de la cena, los niños latinos en edad escolar ocupaban una sección de los patios de recreo al cuidado de las madres, mientras que los jóvenes latinos de secundaria y mayores se agrupaban en otra sección. Al anochecer, la población latina, junto con los empleados del centro recreativo asignados al parque, se habrían ido, y el espacio parecería un lugar segregado y reservado para los jóvenes negros. Los vecinos conocían el calendario diario para ejercer la propiedad étnica de los parques públicos del barrio.^[95] Se basaron en la sociología popular para crear el patrón. Pero la sociología que los residentes utilizan para llevar a cabo su vida cotidiana no aparece en la sociología que puede construirse a partir de los datos creados por el gobierno.

El desmantelamiento de las competencias estatales para alojar a los enfermos mentales y confinar a los jóvenes problemáti-

cos en contra de su voluntad hizo que aumentara el número de personas que buscaban a diario un lugar para dormir en parques públicos, junto a las rampas de las autopistas en las laderas, en la parte trasera de los estacionamientos y en edificios abandonados. Hollywood se convirtió en un destino para los “niños de la calle” que vivían a duras penas. Pronto surgieron esfuerzos organizados de mejora. En los años setenta y ochenta, las agencias de servicios empezaron a proporcionar atención sanitaria, especialmente tratamiento contra la drogadicción, alimentos y alojamiento temporal a los jóvenes y adultos considerados sin hogar.

La realización inicial de los servicios para personas sin hogar fue caótica. En un caso, un desconocido sin cita previa mató a tiros al líder voluntario de una agencia de apoyo a la salud. Las instalaciones que ofrecían alojamiento temporal a los jóvenes fugados se convirtieron en lugares de captación por parte de jóvenes carismáticos, violentos y mayores de la calle. En algunas de las nuevas agencias, los miembros del personal compartían drogas y tenían relaciones sexuales con sus clientes adolescentes.

La primera generación de líderes y personal de las agencias de apoyo a los sin techo procedía de una variedad improvisada de fuentes. Algunos eran voluntarios. Otros habían trabajado para iglesias, hospitales y agencias de servicios urbanos que se encontraban en Hollywood desde principios del siglo xx. Algunas de las agencias de Hollywood para jóvenes sin hogar se nutrieron de personal cuyos trabajos anteriores terminaron cuando se cerraron los centros de reclusión para delincuentes juveniles en todo el país. A finales de los años noventa, la primera generación de personal había sido sustituida por graduados de programas universitarios especializados. Los nuevos dirigentes aportaron su experiencia de trabajo en otras agencias de servicios para personas sin hogar. Los jefes de personal que empezaron su carrera en el sistema de justicia penal acabaron siendo desplazados por licenciados universitarios con formación social y especializada en servicios para personas sin hogar. Durante unos veinte años, las agencias de servicios para personas sin hogar trabajaron en conflictos internos. En prácti-

⁹⁵ En 2008, después de que una residente local, a la que conocía de un programa de investigación de verano sobre la vida social en los espacios públicos, me informara del fenómeno, nos sentamos en su automóvil y lo vimos materializarse. Comparé las interacciones entre mexicanos, negros, italianos y puertorriqueños que Suttles describió en la zona de Adams de Chicago en la década de 1960. “Las calles, los negocios, los parques y las escuelas están marcados como dominio exclusivo de uno u otro grupo étnico.” Suttles, G. D., *The Social Order of the Slum: Ethnicity and Territory in the Inner City*, Chicago, The University of Chicago Press, 1968, p. 121.

camente todas las iglesias de Hollywood, los fieles apegados a las perspectivas tradicionales entraron en conflicto con los miembros más jóvenes. Estos últimos aportaron perspectivas no prejuiciosas sobre el consumo de drogas y el sexo y una preocupación por acercarse a los sin techo y a los nuevos residentes pobres de Hollywood, que eran étnicamente diferentes de las congregaciones de ascendencia europea de las iglesias.

Alrededor del milenio, varias agencias de servicios de Hollywood crearon una nueva alianza para que sirviera de guardián de las subvenciones dirigidas a la gente de la calle de la zona. Al simbolizar la profesionalidad, la nueva alianza superó la hostilidad hacia los sin techo de la comunidad empresarial e indujo a la oficina de policía local a integrar los esfuerzos de trabajo social en la aplicación de la ley. En general, la respuesta organizada a los sin techo en Hollywood pasó del control y la dispersión represiva a la cooperación en el servicio y la vigilancia de las personas de la calle. La población juvenil sin hogar está cada vez más lejos de las calles y dentro de los muros de las agencias.

Durante unos cincuenta años, los teatros de barrio de Hollywood habían sido un ancla de la vida local centrada en la familia. En los años cincuenta entraron en franca decadencia cuando la televisión se convirtió en el mobiliario doméstico habitual. En los años de la posguerra, los moteles proliferaron en los famosos bulevares de Hollywood, atendiendo a una creciente demanda de turistas que venían a ver el centro de la industria cinematográfica como una parada en los viajes en automóvil por el suroeste. Cuando se abrió un nuevo aeropuerto en Los Ángeles en la década de 1960, los numerosos moteles (hoteles de motor) de Hollywood estaban en declive.

En la década de 1970, algunos cines se convirtieron en locales de intercambio de descuentos, otros se convirtieron en iglesias evangélicas creadas para la nueva población latinoamericana en situación de pobreza y, después de que el Tribunal Supremo de Estados Unidos abandonara el control sobre la distribución de pornografía, algunos empezaron a proyectar películas pornográficas, creando un nuevo archipiélago urbano de cines xxx. En varios lugares, los

cines xxx se convirtieron en un centro rodeado de negocios del sexo, como tiendas de libros pornográficos y de visionado de *peep-shows*, bares con bailarinas de *striptease* y prostitución callejera. En las calles residenciales cercanas, florecieron los mercados de drogas de contrabando al aire libre. Los negocios sexuales legítimos funcionaban en las principales calles comerciales, junto a moteles baratos que estaban convenientemente a mano para las prostitutas y los traficantes de drogas. Los “cholos” o jóvenes inmigrantes masculinos simpatizantes de las bandas alquilaron viviendas baratas y algunos se instalaron en edificios abandonados, viviendo como *okupas* junto a indigentes y prostitutas callejeras.

A medida que los mercados del sexo y la droga florecieron en las calles aledañas a los grandes bulevares, interconectaron los mundos sociales “subterráneos”. La violencia dentro de los mundos sociales del sexo y la comercialización de drogas se convirtió en un riesgo tanto para los turistas como para los residentes. Aunque la policía intentó repetidamente reprimir los mercados callejeros ilegales fácilmente visibles, se vio desbordada por la magnitud de los mercados de productos y servicios de contrabando. Cuando se suprimieron temporalmente algunos sitios de venta, la demanda ininterrumpida provocó una mayor oferta en otros sitios.

El descenso de la prostitución en la vía pública, la comercialización de drogas de contrabando y la violencia interpersonal relacionada en la década de 1990 no se debió a ninguna inversión identificable de las fuerzas que las habían impulsado durante los 25 o 30 años anteriores. La policía de Los Ángeles siempre tenía nuevas estrategias, pero ninguna parecía tener un efecto duradero. Al parecer, algo ocurrió, pero no se debió a ningún cambio en la política policial que el departamento pudiera señalar.

Las dinámicas que conducen a la disminución de la violencia vinculada al sexo público y a la comercialización de drogas son doblemente invisibles para los criminólogos. Por un lado, los precios del contrabando de drogas cayeron en picado entre finales de la década de 1980 y el año 2000, mientras los carteles de México crecían y luchaban entre sí para dominar el segmento mayorista

de la cadena de distribución. El aumento de la violencia del contrabando en México parece haber provocado indirectamente un descenso retardado en Estados Unidos, donde la reducción de los precios redujo el atractivo de la comercialización callejera.^[96]

Por otro lado, la dinámica de comercialización se desplazó fuera de las calles cuando los teléfonos móviles sustituyeron a las cabinas telefónicas públicas y cuando los sitios de internet empezaron a facilitar las transacciones de prostitución. Los traficantes de sexo y drogas de contrabando ya no necesitaban exponerse a extraños al azar para conseguir clientes. Al mismo tiempo, los videos sexuales “gratuitos” en internet provocaron el cierre de los cines xxx. Incluso cuando la desigualdad social en la nación crecía rápidamente, los pobres disfrutaban cada vez más del acceso –libre de violencia– al sexo comercial y a las drogas de contrabando que los consumidores de clase media siempre habían disfrutado dentro del aislamiento de las redes sociales ocupacionales y educativas.

Cuando la delincuencia urbana empezó a aumentar drásticamente, Arthur Stinchcombe publicó un artículo sobre las “instituciones de la intimidad” que protegen la mayoría de los comportamientos delictivos de la aprehensión policial.^[97] A medida que aumentaban los mercados públicos de sexo y drogas ilegales, la violencia se incrementaba por varios motivos. La comercialización pública de productos y servicios criminalizados atrae la violencia, lo que tiene efectos de segundo orden que atraen a la policía, que debe intervenir cuando se denuncia la violencia, especialmente

los disparos. Las intervenciones de la policía provocan sospechas descabelladas sobre qué comerciantes pueden haber cooperado con la policía, lo que lleva a más violencia. Por el contrario, cuando la comercialización ilegal se realiza en el interior, la violencia disminuye a través de varios motivos. Para la policía, y para los posibles ladrones, la comercialización de sexo y drogas en los hogares es mucho más difícil de detectar y abordar que la comercialización al aire libre. Cuando los negocios ilegales se trasladan a espacios que los tribunales consideran privados, la policía debe trabajar y obtener la aprobación del tribunal para acceder a los traficantes y clientes. Cuando las prostitutas y los traficantes de drogas de contrabando trabajan desde sus casas o desde lugares que cambian con cada transacción, los ladrones no pueden actuar de forma tan espontánea para victimizar. Los vendedores de sexo y drogas pueden mantener mejor la confianza en sus redes sociales cuando no se enfrentan a las sorpresas de la policía y de los competidores depre-
dadores.^[98]

Más allá de las seducciones del Estado

Sin ignorar los recursos que pueden ofrecer los datos gubernamentales, he señalado las descripciones de la vida social adquiridas de forma independiente que prometen ampliar nuestro conocimiento de las contingencias causales de las variaciones a lo largo del espa-

⁹⁶ Para la documentación sobre la historia de los precios de las drogas, véase Wendel, T. *et al.*, “More drugs, less crime: why crime dropped in New York City, 1985-2007”, *Dialectical Anthropology*, N° 40, 2016, pp. 319-339. Sobre el paso de la venta ambulante a la entrega en domicilios particulares, véase Curtis, R. *et al.*, *We deliver: The gentrification of drug markets on Manhattan's lower east side*, Washington, U.S. Department of Justice, 2002. Sobre el descenso de los precios de las drogas de contrabando que lleva a los traficantes a robar a otros traficantes, véase Contreras, R., *The stickup kids...*, *op. cit.* Sobre las escasas recompensas económicas del tráfico callejero de drogas a finales de los años noventa en St. Louis, véase Jacobs, B. A., *op. cit.*

⁹⁷ Stinchcombe, A. L., “Institutions of Privacy in the Determination of Police Administrative Practice”, *The American Journal of Sociology*, vol. 69, N° 2, 1963, pp. 150-160.

⁹⁸ La violencia no se debe a la razón a menudo argumentada de que los actores de las transacciones ilegales no pueden acudir a las autoridades legítimas para resolver sus disputas contractuales. Jackson-Jacobs, C., “Hard Drugs in A Soft Context: Managing Trouble and Crack Use on a College Campus”, *Sociological Quarterly*, vol. 45, N° 4, 2004, pp. 835-856; Jacques, S. y R. Wright, *Code of the suburb: inside the world of young middle-class drug dealers*, Chicago, University of Chicago Press, 2015. Lo que hace que el marinero borracho sea tan atractivo como objetivo de asaltos y robos es la exhibición pública de su apariencia vulnerable como alguien fácil de abordar y fácil de escapar sin ser identificado. Shaw, C. R. y E. W. Burgess, *The jack-roller, a delinquent boy's own story*, Chicago, University of Chicago Press, 1930. Es mucho más difícil acceder a los traficantes y clientes que operan en espacios privados sin ser identificados en el proceso de entrada.

cio y el tiempo en la violencia interpersonal y las transgresiones relacionadas en cada uno de los tres niveles de interacción social: micro, meso y macro. Los recursos independientes incluyen registros audiovisuales de agresiones grabados por ciudadanos; etnografías de observación participante de los disturbios; biografías de individuos que abarcan años en los que interactúan con múltiples públicos que rodean el caos que crean y al que responden; y una miscelánea de fuentes históricas, etnográficas y periodísticas, nacionales e internacionales, que pueden describir los procesos dialécticos sociales que primero aumentan y luego disminuyen el poder seductor de la violencia interpersonal en las poblaciones cambiantes de una zona.

Las categorías, micro, meso y macro señalan diferentes vías de investigación para continuar la perspectiva explicativa de *Los encantos del delito*. Se trata de distinciones morfológicas que pretenden captar las diferencias en los campos de interacción a través de los cuales actúan las personas. Las explicaciones que se recomiendan no son variaciones en la “delincuencia”, sino variaciones en la violencia interpersonal y en una amplia gama de transgresiones relacionadas, como las agresiones intimidatorias, la proyección de tendencias caóticas para adquirir y defender el poder entre los compañeros y la creación de episodios de anarquía. Los microanálisis de los incidentes grabados en video muestran que, al iniciar y terminar los conflictos con desconocidos en público, la gente no suele dejar que la violencia hable por sí misma. Los agresores expresan comprensiones secuenciales de sus acciones violentas como base para actuar en ellas. Comienzan o detienen los ataques violentos comunicando cómo su comportamiento debe entenderse causado por acciones específicas previas y hacen que sus finales de la violencia estén supeditados a la demostración de cómo las provocaciones iniciales han perdido la justificación lógica para continuar la agresión. En las peleas, los participantes no expresan los significados secuenciales de su conducta siguiendo un guion cronológico preestablecido. En cambio, definen de forma interactiva cómo la acción de cada momento se vincula con las anteriores y establece

las acciones posteriores, ya que proponen, ignoran, repiten, elaboran, prefiguran e invocan retrospectivamente las provocaciones que conforman el desarrollo secuencial de la violencia. Dado que los participantes tienen que elaborar la temporalidad que rige su acción para obtener fundamentos causales de sus acciones, si queremos que nuestras explicaciones de la violencia sean empíricamente precisas a la escala de los conflictos cara a cara, necesitamos datos que sigan continuamente la acción. A nivel micro, una dirección para ampliar el trabajo en *Los encantos del delito* es utilizar las ventajas únicas de las grabaciones en video para especificar cómo los posibles agresores, al encontrar el impulso causal para iniciar, pasar de una fase a otra y terminar determinados episodios de violencia cara a cara, negocian las narrativas autóctonas con otros presentes, incluidos los oponentes y los espectadores.

En las interacciones de nivel meso, distingo entre los episodios de anarquía (disturbios/protestas) y la violencia persistente dentro de las biografías que son revisadas por múltiples audiencias circundantes. En el primero, la violencia de los agresores depende de su comprensión cambiante de hacia dónde se dirige el episodio en su conjunto, ya sea hacia el aumento o la disminución de la escala, lo que a su vez depende de su percepción fragmentaria y rápidamente cambiante de lo que están haciendo los coactores y los resistentes (policía, comerciantes, contramanifestantes). Al fomentar un enfoque en las audiencias que rodean a los individuos en el curso de sus “carreras” en la violencia, me refiero a cambiar la investigación de un enfoque aislante y psicológico en el individuo, y alejarse de tratar a las pandillas, la policía, el barrio y otras colectividades como sustantivos con poder causal. Para encontrar la dinámica causal en el “cómo”, propongo centrarse en la comprensión cambiante del individuo de los círculos de comentarios que siguen a sus acciones. A través de las detenciones, los castigos y la vigilancia, el sistema policial puede contribuir significativamente a la carrera delictiva de una persona. Pero en su base, el individuo crea su “carrera” en la violencia a través de la percepción o la imaginación de cómo los demás, primero localizados en la familia y el vecindario, ven las agresiones

dadas contra el fondo de la violencia anterior y dentro de una vida más ampliamente centrada en el caos.

Los patrones de violencia a nivel macro, como las tendencias de los índices de criminalidad que se desarrollan y revierten a lo largo de un período de décadas, se basan en última instancia en las interacciones a nivel micro y meso; pero para explicar los patrones a nivel macro, debemos rastrear las interrelaciones que no son conocidas o incluso imaginadas por los propios actores violentos y no violentos. En muchos sentidos, el paisaje social de nuestras acciones, las barreras y los caminos abiertos que encontramos ya en marcha y a mano mientras actuamos, han sido moldeados por otros de formas que solo un investigador tiene la libertad existencial de descubrir. En las geografías que se recogen en los denominados de los índices de delincuencia, como las ciudades y los barrios, los residentes viven vidas cotidianas estructuradas a través de interacciones cegadas. Un residente pasa a formar parte de una minoría menguante no solo por las entradas y salidas observadas de los vecinos, sino también por las acciones de personas que hace tiempo que abandonaron el barrio, así como por las inacciones de quienes podrían haberlo hecho pero no se mudaron. El bajo valor del suelo que permite tanto a los inmigrantes indigentes como a los “aburguesados” instalarse en un barrio se debe a veces a las medidas adoptadas por los funcionarios públicos hace décadas.

En el último tercio del siglo XX, los estancamientos políticos, la incertidumbre jurisprudencial y los funcionarios que, por elección o ante la resistencia, se retiraron del ejercicio del poder, reorientaron efectivamente la vida urbana hacia canales anárquicos de forma paralela y mutuamente potenciada. El caos que siguió no fue previsto por casi nadie. Pocos residentes llegan a ser conscientes de las acciones e inacciones que comenzaron a transformar el tejido de la vida urbana. Incluso sesenta años después de que comenzara la transformación, los investigadores académicos, que se segregan intelectualmente a lo largo de las líneas que diferencian el poder gubernamental y el discurso político, estudiando la inmigración, el Tribunal Supremo, los sin techo, los barrios étnicos, la educación

pública o la economía de los valores del suelo, no han sabido apreciar la evolución del campo de la interacción urbana en su conjunto.

En tiempos de depresión y de guerra, la gente recurre masivamente a los líderes políticos en busca de pistas sobre dónde mirar para entender cómo relacionarse. En tiempos en los que el conjunto de la población se ha remitido al centro, tiene sentido que los investigadores busquen las causas del cambio social en los centros de poder. Pero en la década de 1960, incluso cuando las capacidades de investigación social se ampliaron hasta alcanzar magnitudes sin precedentes, el carisma del centro comenzó a desintegrarse rápidamente, en un proceso que todavía está en marcha. En los últimos sesenta años, los llamamientos de los líderes a la acción colectiva integrada se han vuelto confusos e ineficaces para obligar a la deferencia colectiva. En su lugar, la gente ha cambiado el tejido social de forma colaborativa a través de un trabajo de reconstrucción de bajo perfil de forma descentralizada, siguiendo las posibilidades de las líneas de acción accesibles a la mano, que cada vez más estaban siendo moldeadas por las acciones de otros locales que a su vez eran igualmente inconscientes e indiferentes a cómo la gente en otras áreas estaba cambiando su paisaje local. El resultado, al menos en las grandes ciudades, es que múltiples nuevos barrios y nodos de interacción han tomado forma inadvertidamente, y el tejido general de las vidas solo se hace visible mucho tiempo después, y solo si se mira más allá de la miopía diferenciadora del Estado. Para la criminología, el reto a nivel macro es expandir los datos y el alcance de la investigación para ver la transformación social más amplia de la que el aumento y la disminución de la delincuencia han sido parte.

* * *

Lo que se encontrará en este libro es una serie de estudios de transformaciones e interacciones, en su mayoría de nivel micro. En comparación con las categorías habituales en criminología, los títulos de los capítulos parecerán extraños. Incluso pueden parecer intentos torpes de floritura poética. Por muy burdamente que se ejecute, mi

objetivo era basar la explicación en los proyectos que animan a las personas que realizan los comportamientos que a menudo se tildan de delictivos. Si parece que hay un exceso literario en el análisis, la justificación es que la gente no puede dar sentido a atacar y engañar a los demás sin recurrir a su sensibilidad estética y moral, tal como es. El libro pretende ser preciso sobre el “tal como es”.

¿Es *Los encantos del delito* una nueva teoría del delito? Solo en el sentido de que sustituye la ambición fundamental de la teoría sociológica de encontrar el *explanans* que explique deductivamente múltiples *explananda*, por el reto de definir el *explanandum* desde dentro y de forma que apunte a *explanans* sustantivamente distintivos.^[99] La gloria de la teoría social, la razón de la celebración de Marx, Durkheim, Freud, el funcionalismo parsoniano y mertoniano, G. Becker y, más recientemente, Bourdieu, es que cada uno de ellos defiende una causa central que puede dar sentido a una gama de acciones sociales sustantivas que, de otro modo, sería intelectualmente indisciplinada.^[100] Ninguno de ellos basó su fama en proporcionar las descripciones más precisas y cercanas de cualquier forma distintiva de vida social tal y como la vivían los que la creaban. Los grandes teóricos sociales, psicológicos y económicos se han hecho grandes por su enfoque inspirador del lado de la “causa”, no por la riqueza de sus observaciones del “efecto”. La venerada ambición es encontrar lo que puede explicar la religión, así como el arte y la organización del poder en la economía. *Los encantos del delito* intenta honrar una versión de la ciencia que prioriza el naturalismo sociológico, lo que significa acertar con el proyecto secuencial, interactivo y a la vez situado y trascendente de las personas que crean cualquier parte de la vida social que queramos entender.

⁹⁹ Katz, J., “From How to Why... (Part 1)”, *op. cit.*; y “From How to Why... (Part 11)”, *op. cit.*

¹⁰⁰ Para una demostración de los fundamentos paralelos del atractivo de masas de Freud, Marx y la mitología religiosa, véase Ricoeur, P., *Freud and Philosophy: An Interpretation*, New Haven, Yale University Press, 1970. El análisis de Ricoeur se extiende a Durkheim y Bourdieu.

Introducción

El estudio de la delincuencia se ha centrado en la búsqueda de fuerzas de fondo, por lo general defectos en los antecedentes psicológicos de los delincuentes o en su entorno social, sin tener en cuenta los atractivos positivos, a menudo maravillosos, de la experiencia vivida de la delincuencia. La novedad de este libro es su enfoque en las cualidades seductoras de los delitos: aquellos aspectos en primer plano de la delincuencia que hacen que sus diversas formas sean sensibles, incluso sensualmente convincentes, a las formas de ser.

La literatura de las ciencias sociales solo contiene evidencia dispersa de lo que significa, lo que se siente, lo que se oye, lo que se saborea, o lo que se observa al cometer un delito en particular. Los lectores de las investigaciones sobre homicidios y agresiones no escuchan las bofetadas y maldiciones, no ven las presiones y empujones, ni sienten la humillación y la rabia que pueden acumularse hacia el ataque, que a veces persiste después de la muerte de la víctima. La forma en que los adolescentes logran hacer que el hurto en las tiendas o el vandalismo de cosas baratas y cotidianas sea una experiencia emocionante no ha sido intrigante para muchos de los estudiosos de la delincuencia. Los investigadores de las pandillas de adolescentes nunca han comprendido por qué sus sujetos se niegan tan obstinadamente a aceptar la insistencia de los *outsider* en que lleven la etiqueta de “pandilla”. La descripción de los “asesinatos a sangre fría y sin sentido” se han dejado en manos de escritores aje-

nos a las ciencias sociales. Ni los métodos académicos ni las teorías académicas parecen ser capaces de comprender por qué esos asesinatos pueden haber sido amables con sus víctimas justo momentos antes del asesinato, o por qué a menudo esperan hasta que han dominado a las víctimas en entornos cerrados para ejecutarlas fríamente, o cómo tiene sentido para ellos matar cuando lo que está en juego son unos pocos pesos. Los estudios sociológicos y psicológicos de la delincuencia pocas veces se centran en los atractivos distintivos del robo, a pesar de que la investigación ha documentado claramente que existen formas de delincuencia disponibles que son alternativas y familiares para muchos ladrones de carrera. En resumen, rara vez los sociólogos han asumido el reto de explicar las virtudes de la experiencia desviada.^[1]

Los hallazgos estadísticos y correlacionales de la criminología positivista proporcionan las siguientes irritaciones a la investigación: (1) cualquiera que sea la validez de las condiciones hereditarias, psicológicas y socioecológicas del delito, muchos de los que pertenecen a las categorías supuestamente causales no cometen el delito en cuestión, (2) muchos de los que sí cometen el delito no encajan en las categorías causales, y (3) lo que es más provocativo, muchos de los que sí encajan en las categorías de fondo y luego cometen el delito predicho pasan largas temporadas sin cometer los delitos a los que la teoría los vincula. ¿Por qué las personas que no

estaban decididas a cometer un delito en un momento están decididas a hacerlo al siguiente?

Propongo que la investigación empírica cambie la dirección para centrarse inicialmente en el primer plano, más que en los fundamentos de fondo de la delincuencia. Por una vez, hagamos de la comprensión de las cualidades de la experiencia que distinguen las diferentes formas de delincuencia nuestra primera prioridad. ¿Qué preocupaciones pueden guiar una investigación de este tipo? ¿Cómo puede perseguirse la explicación de las cualidades de la delincuencia sin iniciar una búsqueda indisciplinada de pruebas experimentales?

La magia de la motivación

Cualquiera que sea la relevancia de los hechos anteriores y de las condiciones sociales contemporáneas, algo esencial ocurre en los mismos momentos en que se comete un delito. El agresor debe sentir, en ese momento y en ese instante, una restricción distintiva o un atractivo seductor que no sintió un poco antes en un lugar sustancialmente similar. Aunque su situación económica, las relaciones con los grupos de pares, los conflictos edípicos, la composición genética, el machismo internalizado, la historia de abuso infantil y cosas por el estilo siguen siendo los mismos, de repente se ve impulsado a cometer el delito. Por lo tanto, el problema central es entender el surgimiento de dinámicas sensuales distintivas.

Crear que una persona puede de repente sentirse impulsada al delito sin ningún cambio independiente y verificable en sus entornos, nos hace parecer que casi debemos creer en la magia. Y, de hecho, esto es precisamente lo que debemos hacer. Cuando cometen delitos, la gente se siente atraída e impulsada a su criminalidad, pero el hecho de sentirse determinada por fuerzas externas, no cambia nada moralmente especial. Las seducciones y compulsiones particulares que experimentan pueden ser únicas en el mundo del delito, pero no lo es la sensación de ser seducidos y compelidos.

¹ Las dos excepciones prominentes en la sociología de la desviación son Becker, Howard S., "Becoming a Marijuana User", *American Journal of Sociology*, N° 59, 1953, pp. 235-242 [se puede revisar una propuesta similar en castellano: Becker, Howard S., *Cómo fumar marihuana y tener un buen viaje. Una mirada sociológica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016]; y Matza, David, *Becoming Deviant*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1969 (en castellano: *El proceso de desviación*, Madrid, Taurus, 1981), construido directamente sobre la perspectiva interaccionista de Becker, pero volviéndola en una dirección más fenomenológica, haciendo una aplicación concreta y cautelosamente estrecha solo a la "alta" marihuana. Aunque estos trabajos han sido ampliamente respetados por una generación de investigadores académicos sobre la desviación, los campos de estudio sustantivos no han despegado de ellos. Pero varios estudios recientes pueden indicar que esta situación está cambiando finalmente. Véase, por ejemplo, Bennett, Trevor y Richard Wright, *Burglars on Burglary*, Aldershot, Gower, 1984, y Åkerström, Malin, *Crooks and Squares*, Nuevo Brunswick, Transaction Books, 1985.

Para captar la magia de la sensualidad del delincuente, debemos reconocer la nuestra.

La sensación de estar determinado por el entorno, de ser alejado de una línea de acción y arrastrado hacia otra, es natural en la experiencia humana cotidiana y rutinaria. Siempre nos estamos alejando de y hacia diferentes objetos de conciencia, teniendo en cuenta esto e ignorando aquello, y moviéndonos en una u otra dirección entre los extremos del involucramiento y el aburrimiento. En este movimiento constante de conciencia, no percibimos que estamos controlando el movimiento. En cambio, en un grado u otro, siempre estamos siendo seducidos y repelidos por el mundo.^[2] “Esto es fascinante (interesante, hermoso, sexy, aburrido, feo, repugnante)”, sabemos (sin tener que decirlo), como si la cosa en sí misma poseyera la cualidad designada independientemente de nosotros y de alguna manera controlara nuestra comprensión de la misma. De hecho, la naturaleza misma del ser mundano es emocional; la atención es sentimiento, y la conciencia es sensual.

Rara vez nos experimentamos a nosotros mismos como sujetos que dirigimos nuestra propia conducta. ¿Con qué frecuencia, cuando usted habla, realmente siente que está eligiendo las palabras que pronuncia? A medida que las palabras salen, revelan el pensamiento detrás de ellas, incluso al orador cuyos labios les dieron forma. De manera similar, hablamos, caminamos y escribimos en un sentido de competencia natural gobernada por estados de ánimo deterministas. Apoyamos nuestra subjetividad en sensibilidades rítmicas, sentimientos de dirección y visiones de patrones de desarrollo, permitiendo que la estética nos guíe.^[3] Las posturas de autorreflexión en las que uno crea una distancia entre el yo y el mundo y dirige al yo hacia el mundo, ocurren típicamente en un estado de ánimo excepcional de reconocer un mal uso, después

de un paso en falso, o en el deslizamiento de la lapicera. Con una ligera conmoción, reconocemos que no fueron las cosas en sí mismas, sino nuestra perspectiva, lo que temporalmente dio a las cosas fuera de nosotros el poder de seducir o repeler.

Entre las formas de delincuencia, la gama de dinámicas sensuales va desde los alicientes que pueden llevar a una persona a hurtar en las tiendas hasta las furias que pueden obligarla a asesinar. Si, como investigadores sociales, vamos a ser capaces de explicar más variaciones en la criminalidad de lo que permiten las correlaciones de fondo, parece que debemos respetar estas dinámicas sensuales y honrarlas como auténticas. Pero ahora parece que estamos atrapados en un nuevo dilema. ¿Cómo podemos desacreditar simultáneamente el determinismo de los factores psicológicos y sociales y al mismo tiempo acreditar el determinismo de las atracciones y compulsiones sensualmente dinámicas? Dicho de otro modo, ¿cómo podemos encontrar, a través del estudio de cómo la gente construye su experiencia como un artefacto, el surgimiento de nuevas fuerzas que dan forma a los propios actores? ¿Podemos realmente ver alguna fuerza causal novedosa en la caja negra entre los factores de fondo y los actos subsiguientes? Después de que hayamos refinado las correlaciones entre los actos problemáticos y los factores explicativos de fondo, ¿hay algo más que decir aparte de que lo que dicen aquellos cuyas acciones se alinean y aquellos cuyas acciones no se alinean con las predicciones simplemente “eligen” actuar de esa manera?

Para obtener algunas pistas sobre la resolución del dilema, podemos considerar la dinámica de interacción entre el interrogador y el interrogado,^[4] basándonos específicamente en la experiencia militar estadounidense en Vietnam. El interrogatorio a los campesinos vietnamitas rutinariamente incluía asaltos físicos –en un nivel mínimo, bofetadas–. Los oficiales de inteligencia a menudo iniciaban una sesión con el espíritu de muchas tareas rutinarias y civiles, como una obligación –sin un entusiasmo marcado– solo para descubrir en el proceso dimensiones sensuales superiores.

² Merleau-Ponty, Maurice, *Phenomenology of Perception*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1962 (en castellano: *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1993).

³ Un estudio ejemplar es Sudnow, David, *Ways of the Hand*, Cambridge, Harvard University Press, 1962.

⁴ Véase Scarry, Elaine, *The Body in Pain*, Nueva York, Oxford University Press, 1985.

Estos no fueron acontecimientos extraordinarios. A menos que uno se proponga hacerlo, en realidad es difícil evitar el desarrollo de una estética envolvente en los sonidos y ritmos de abofetear repetidamente a otra persona. Para mantener el ataque controlado de una bofetada y un empujón, el oficial debe ajustar repetidamente su cuerpo en relación con el movimiento de respuesta del interrogado. Si se usó una bofetada resonante para articular la imposición de presión y si la presión no debe disiparse, el universo audible debe ser manejado aún más, tal vez a través de hacer más fuerte la bofetada subsiguiente o a través del uso astuto del silencio. La atención a la estética del sonido y de los movimientos corporales interrelacionados no es perversa sino prácticamente esencial si se quiere mantener el significado y el espíritu de la “presión”.

En la atención del interrogador al ritmo y a la intensidad como preocupaciones esenciales para sostener la metafísica de la “presión”, hay un movimiento hacia el espíritu del determinismo. El interrogador ha creado temas que, a través de la evolución de sus necesidades aparentes, debe reconocer. Aunque él comenzó la línea de acción, ahora limita su creatividad. Puede que se vaya en cualquier momento, pero si quiere mantener la presión, hay ciertas cosas que debe hacer ahora.

A partir de aquí, el interrogador puede girar a lo largo de uno de los muchos caminos alternativos del determinismo. Los patrones de bofetadas sugieren libremente varias metáforas, y la autoridad puede ser moldeada para representar cualquiera de las posibilidades simbólicas que han surgido. Por ejemplo, a pesar de las repetidas bofetadas que suenan audiblemente en su cabeza, el interrogado no atenderá los requerimientos de información. ¿Qué sugiere el “resonar” y la negativa a “contestar”? Una metáfora, cuyos dictados el interrogador puede ahora promulgar bajo la rúbrica, “Bell Telephone Hour”: “Tomas un teléfono de campo, lo conectas a los testículos del hombre, lo llamas y siempre contesta”.^[5]

Otro camino de creciente determinismo se conoció como la “Regla Americana”: “Si entonces no era un Vietcong, ahora sí lo es”.^[6] Al principio, los interrogadores a menudo no estaban seguros de las simpatías políticas del interrogado, pero, al final, no importaba. Entonces, si el interrogado era un simpatizante del Vietcong o, si no lo era, el razonamiento eminentemente desapasionado indicaba que era probable que se volviera hostil después de haber sido abofeteado injustamente. En cualquier caso, al cabo de un tiempo era razonable considerar que su falta de cooperación estaba motivada por la malevolencia. En ese momento, la hostilidad del interrogado bloquea el progreso del interrogatorio y, por lo tanto, es provocativa: ¡el *interrogado* le está haciendo pasar un mal rato al *interrogador*!

La responsabilidad moral, y en una perspectiva estrictamente empírica, la responsabilidad causal se ha trasladado a la víctima. Ahora el interrogador, con solo repetir insistentemente las preguntas, establece la región de libertad del interrogado para no responder, enfatizando a su vez las limitaciones del proceso sobre la libertad del interrogador. Pero si el campesino no responde a las preguntas, si la información del campesino está fuera del control de la autoridad, el sufrimiento del campesino no lo está. El sufrimiento del campesino está convenientemente frente a la autoridad; se ofrece como un objeto que puede yuxtaponerse a las frustraciones del interrogador y construirse a la medida de la voluntad militar. La dialéctica de la libertad y la moderación se ha invertido. Justo cuando la autoridad comenzaba a disciplinarse ante las exigencias del proceso –hacer lo que es necesario para mantener la presión y responder a la hostilidad del interrogado– descubre una nueva región de libertad.

Ocasionalmente, este proceso se convertiría en una matanza frenética, más comúnmente, causaría un modesto aumento de la brutalidad. En cualquier caso, la autoridad puso en marcha un proceso que podría continuar. Pero este proceso es siempre vulnerable

⁵ Gibson, James William, *The Perfect War*, Nueva York, Atlantic Monthly Press, 1986, p. 184.

⁶ *Ibid.*, p. 185.

a una interrupción de su lógica sensual implícita. El interrogador, no importa cuán entusiasmado se sienta, siempre puede detenerse.

En un caso, una campesina “se cagó en los pantalones [...] [y se avergonzó] mucho”. En el olor y en la sensibilidad moral, el interrogado violó la estética y la postura moral que subyacen a la dinámica en curso. De repente, su evacuación intestinal espontánea revirtió completamente las condiciones estéticas previas y el impulso moral del proceso. El soldado se detuvo. “Estoy golpeando a esta chica, ¿por qué? ¿Qué carajo estoy haciendo? Me sentí como una mierda.”^[7]

En otro incidente, un infante de marina estaba mostrando a los campesinos, que los infantes de marina estaban a cargo mientras conducía imprudentemente un camión. Su dominio estaba establecido espacial y audiblemente; en el ruidoso camión, no se molestó en contar cuántos atropelló. De alguna manera, un chico de 15 años en bicicleta quedó atrapado entre las ruedas. El conductor bajó a mirar y se encontró “con un chico que lo miraba fijamente con una mirada absolutamente nítida”.^[8] El silencio y la igualdad espacial rompieron el impulso. El infante de marina, anteriormente por encima y detrás de una pared de ruidos, estaba de repente en el mismo avión con su víctima, con la nada audiblemente a su alrededor. Esta vez, se fue.

El desafío para la explicación es especificar los pasos del proceso dialéctico a través del cual una persona empodera al mundo para que la seduzca a la delincuencia. Por un lado, debemos explicar cómo el individuo mismo *evoca* el espíritu. Por otro lado, debemos aceptar la atracción o compulsión como *auténtica*.

No es una cuestión fácil de elevar estos espíritus. Uno no puede estar ciegamente enfurecido, fríamente sádico, o secretamente emocionado a voluntad, simplemente por la elección consciente de ser malvado –no más de lo que uno puede transportarse a las alturas eróticas, simple e instantáneamente al optar por el placer–. Para

que una persona experimente ser influenciada o determinada, debe perder una conciencia reflexiva del funcionamiento permanente y constructivo de su subjetividad. Por lo tanto, parte del desafío es reconocer los pasos para elevar un espíritu de determinismo que sea lo suficientemente sutil como para que sus contingencias pasen desapercibidas.

Por lo general, la persona no podrá ayudarnos con el análisis porque está absorta en sus esfuerzos por construir la dinámica. Si le preguntamos: “¿Por qué lo hiciste?”, es probable que responda con una retórica autojustificada. Pero puede ayudarnos con un relato detallado del desarrollo procesual de su experiencia. Si preguntamos: “¿Cómo lo hiciste? Y luego, ¿qué hiciste?”, es probable que descubramos algunos momentos conmovedores. Y, como la persona construye su definición de la situación a través de la comprensión corporal, podemos captar las condiciones de su implicación en circunstancias excepcionales cuando se ve afectada por una sensualidad incongruente. Así, la víctima del interrogador puede defecar, lo que desencadena una percepción de salvamento que hace que su torturador descubra que *él* es la mierda. O, por poner un ejemplo erótico, el hijo de los amantes puede entrar de repente y demostrar que lo que ellos habían intuido como una relación perdida no lo era.

Que las emociones dependen de las definiciones de la situación es un lugar común tanto en la escritura existencialista como en la tradición sociológica de la interacción simbólica. Lo que ha sido más difícil de apreciar es la validez ontológica de la pasión –la auténtica eficacia de la magia sensual–. En el sexo, así como en las peleas simuladas en las esquinas de las calles, los empujes y golpes inicialmente alegres pueden convertirse en algo real sin previo aviso. Estos preparativos para la pasión son lúdicos en un sentido existencialmente específico: los participantes juegan con la línea entre el sentido de sí mismos como sujeto y objeto, entre estar dentro y fuera de control, entre dirigir y ser dirigidos por la dinámica de la situación. Para completar con éxito la transición del sujeto al objeto y alcanzar los extremos emocionales de eros o tánatos,

⁷ *Ibid.*, pp. 205-206.

⁸ *Ibid.*, p. 205.

una persona puede tener que organizar el entorno para “pacificar” su subjetividad.^[9] Puede entonces someterse a fuerzas que trascienden su subjetividad incluso mientras controla tácitamente la transición.

Lo que la fenomenología ha apreciado de manera distintiva no es simplemente que el mundo vivido de una persona es su artefacto, sino que al experimentarse a sí mismo como un objeto controlado por fuerzas trascendentes, un individuo puede experimentar genuinamente un mundo nuevo o diferente. Al pacificar su subjetividad, una persona puede conjurar una magia tan poderosa que incluso podría cambiar su ontología. Lo que comienza como una palmada o una caricia puede llevar al descubrimiento de verdades raras o a la adquisición de una nueva incompetencia.^[10]

Para iniciar el proceso, es necesario entregarse a una ficción o invocar un ritual, pero si uno no se aferra al compromiso de la fe, pueden llegar a producirse fenómenos inaccesibles, que traen revelaciones o interrumpen parte de su libertad y confirman que el compromiso inicial era auténtico. En la práctica religiosa, podemos encontrar inspiradores los resultados de este proceso dialéctico; en el sexo, deliciosos. Por poco atractivo que sea moralmente el delito, debemos apreciar que también hay en él una *auténtica creatividad experiencial*. Entonces deberíamos ser capaces de ver cuáles son, para el sujeto, las auténticas atracciones del delito y, en consecuencia, poder comprender las variaciones de la delincuencia más allá de lo que puede explicarse por factores de fondo.

⁹ Matza, D., *op. cit.*

¹⁰ William James trató el éxtasis religioso, incluso lo “sobrenatural”, como auténtico. Otorgando autenticidad ontológica a los mundos “múltiples”. Véase *The Varieties of Religious Experience*, Cambridge, Harvard University Press, 1985 (en castellano: *Varietades de la experiencia religiosa*, Madrid, Trotta, 2017) y *A Pluralistic Universe*, Cambridge, Harvard University Press, 1977 (en castellano: *Un universo pluralista. Filosofía de la experiencia*, Buenos Aires, Cactus, 2009). Merleau-Ponty no utilizó la comprensión existencialista de la ineludible libertad humana para negar el auténtico terror en la conciencia embrujada de un loco. Véase Merleau-Ponty, M., *op. cit.*, p. 125.

Proyectos criminales

Al abordar la delincuencia desde dentro, la investigación social toma como objeto la conducta moralmente excepcional que las propias personas consideran sancionable penalmente a los ojos de las autoridades. Dado que existe una enorme variedad de fenómenos delictivos, ¿cómo se puede demarcar y establecer para su explicación un número limitado de delitos subjetivamente homogéneos? Sugiero que se formule persistentemente una pregunta –que puede parecer sencilla– en la aplicación detallada de los hechos de la experiencia delictiva: ¿qué trata de hacer la gente cuando comete un delito?

Los tópicos resultantes no necesariamente seguirán las categorías oficiales de delitos. Los delitos, tal como se definen en las leyes, las encuestas a los ciudadanos y los registros policiales, toman forma definitoria a partir de los intereses de las víctimas y de los problemas prácticos de detección y castigo, no necesariamente a partir de la experiencia de quienes cometen los delitos. Pero si uno comienza con categorías convencionales o populares, como el asesinato apasionado, la violencia de pandillas, la delincuencia juvenil contra la propiedad, el robo comercial y los asesinatos “sin sentido” y “a sangre fría”, y refina los conceptos para que se ajusten a formas homogéneas de experiencia, se puede llegar a una gama significativa de proyectos delictivos, tal como se representa en los títulos de los capítulos: cometiéndolo una matanza justa, movilizándolo el espíritu de una élite callejera, construyendo emociones furtivas, persistiendo en la práctica del robo^[11] como un hombre duro, y encarnando la maldad primitiva.

¹¹ [En el texto original el concepto que utiliza Katz para referirse a lo que aquí traducimos como “robo” es “stickup”. Este concepto en inglés tiene una implicación fálica, lo que ayuda a explicar la diferencia de género en el atractivo de robo (diferencia que se puede percibir en todo este libro). Por otro lado, “stickup” es un término coloquial, y su utilización no es ingenua, ya que este texto pretende acercarse a las seducciones del delito desde un enfoque que no está basado o apoyado en las categorías legales del derecho penal, las categorías estatales criminales, sino que es el significado que le dan los participantes de la investigación. Por eso “stickup”, y no “robbery” o “burglary”. En inglés hay términos similares a “stickup”, como “mugging”, “jacking up”. En castellano –en la Argentina– existen conceptos coloquiales análogos: “encañonar”, “afanar”, “chorear”, “apretar”, etc. Son

A modo de explicación, propondré para cada tipo de delito un conjunto diferente de condiciones individualmente necesarias y conjuntamente suficientes, cada conjunto contiene (1) un camino de acción: requisitos prácticos distintivos para cometer con éxito el delito, (2) una línea de interpretación: formas únicas de entender cómo uno es y será visto por los demás, y (3) un proceso emocional: seducciones y compulsiones que tienen dinámicas especiales. Elevar el espíritu de la delincuencia requiere atención práctica en el modo de ejecución de la acción, creatividad simbólica en la definición de la situación y delicadeza estética en el reconocimiento y la elaboración de las posibilidades sensoriales.

Un miembro de la familia de las emociones morales es central en todas estas experiencias desviadas: humillación, rectitud, arrogancia, ridículo, cinismo, deshonra y venganza. En cada uno de ellos, la atracción que resulta ser más fundamentalmente convincente es la de superar el desafío personal de la existencia moral –no de la material–. Para el asesino apasionado, el reto es escapar de una situación que de otro modo parecería inexorablemente humillante. Incapaz de percibir cómo puede superar con dignidad la situación actual, ahora, en cualquier relación de tiempo mundano que pueda ser retomada, el aspirante a asesino del ser amado busca la posibilidad de encarnar, a través de la práctica de la matanza “justa”, alguna forma eterna y universal del Bien.

Para muchos adolescentes, el hurto en comercios y el vandalismo ofrecen las atracciones de un melodrama emocionante sobre *sí mismo* visto desde dentro y desde fuera. Aparte de lo que se obtiene, pueden considerar que “salirse con la suya” es una demos-

diferentes para otros países del sur global. Por motivos de comprensión regional, y ya aclarada la cuestión del uso del concepto nativo y no legal-jurídico, preferimos utilizar el concepto de “robo” para traducir “*stickup*”. Lo mismo cuando el autor utiliza “*stickup men*”, que podría ser traducido en Argentina como “chorro”. Hay estudios que muestran el uso carcelario y barrial de “ladrón” entre delincuentes para denotar cierto “respeto” en el oficio –a diferencia de “rastrero”, “ratero”, “rata”, etc.–, que es similar a la utilización entre los criminales de “*stickup men*” o en ciertos casos “*robber*”; “chorro” tiene en muchos casos un uso despectivo entre las clases medias y en ciertos medios de comunicación. N. del T.]

tración emocionante de competencia personal, especialmente si se logra bajo la mirada de los adultos.

En concreto, las formas “malas” de delincuencia se dirigen esencialmente a un desafío moral experimentado en una metáfora espacial. Ya sea intimidando los esfuerzos de otros para llevarlo a sus mundos (“¿A quién estás mirando?”) o tratando los límites geográficos artificiales como sagrados y defendiendo el “territorio” local con un implacable “corazón”, los “malvados” y los guerreros del barrio celebran la indiferencia ante la expectativa de la sociedad moderna de que una persona debe demostrar sensibilidad para reformarse a sí misma a medida que se desplaza de aquí para allá.

Para hacer del robo un hábito, argumentaré, uno debe convertirse en un “hombre duro”. Es inteligente evitar herir innecesariamente a las víctimas, pero si uno se vuelve demasiado calculador sobre la aplicación de la violencia, las incertidumbres inherentes a la interacción cara a cara en los robos serán emocionalmente prohibitivas. Bajo la superficie, puede haber –parafraseando a Nietzsche– una bola de serpientes en caótica lucha. Pero el ladrón niega cualquier incertidumbre y cualquier posibilidad de cambio con un estilo personal que rechaza ubicuamente las presiones sociales hacia un yo maleable.

Tal vez el último proyecto criminal está montado por hombres que culminan una vida social organizada alrededor del simbolismo de la desviación con un asesinato a sangre fría, “sin sentido”. Imitando los caminos de los dioses primitivos mientras matan, con orgullo aparecen ante el mundo como asombrosamente malvados. A través de un asesinato solo superficialmente justificado por el contexto del robo, surgen de una vertiginosa alternancia entre la afiliación a los grandes poderes simbólicos de la identidad desviada y el molesto *mal-estar* de que la conformidad significa cobardía.

En general, mi objetivo es demostrar que una teoría de la auto-trascendencia moral puede hacer comprensibles las minucias de los detalles experienciales en el primer plano fenomenológico, así como explicar las condiciones generales que se encuentran con mayor frecuencia en los trasfondos sociales de estas formas de delincuencia.

Esta investigación servirá mejor a aquellos que desean abordar el mal –no como juzgados por la filosofía moral o imputados por la ideología política, sino como vividos en las realidades cotidianas de la sociedad contemporánea–. Al final, sugiero que el entendimiento político y sociológico dominante de que el delito está motivado por el materialismo está mal fundamentado empíricamente –de hecho, es más un sentimentalismo que una teoría causal digna de crédito–. Debido a su insistencia en atribuir la causalidad a las condiciones materiales en los antecedentes personales y sociales, el pensamiento social moderno ha sido incapaz de reconocer el abrazo del mal por parte de los delincuentes comunes o de la calle, o, y por la misma razón, desarrollar mordacidad empírica y profundidad intelectual en el estudio de la delincuencia de los ricos y poderosos. Al abrir una investigación sistemática, teórica y empírica sobre la experiencia de la criminalidad, este estudio apunta hacia una sociología comparativa que es capaz de examinar las seducciones del delito a medida que se experimentan arriba y abajo en el orden social y político. Aquellos que siguen el argumento hasta el final puede que no encuentren aliento para políticas de bienestar social generalizadas, pero los lectores deberían descubrir que los engaños domésticos y las atrocidades extranjeras de nuestras élites ya no son tangenciales a la investigación social sobre la delincuencia.

Fuentes y métodos

El capítulo 2 se basa en los informes de hurtos comerciales, robos y vandalismo que solicitó a clases de estudiantes universitarios durante tres años. El capítulo 5 analiza las descripciones narrativas de los robos en Chicago que se generaron en un estudio original dirigido por Franklin Zimring y James Zuehl. En el resto del texto, a excepción de algunas disertaciones y fragmentos de los capítulos 3 y 4 que fueron tomados de un número de estudiantes graduados que han llevado a cabo investigaciones de campo en el este y sur de Los Ángeles, analizo material previamente publicado. A lo largo del libro, me baso en etno-

grafías e historias de vida producidas por científicos sociales, reconstrucciones de la delincuencia por parte de la policía y de académicos que utilizan los registros policiales, autobiografías de excriminales autoproclamados, biografías *best seller* en ventas de criminales que fueron escritas por periodistas profesionales, y un ejemplo ocasional de *cinema verité* o de (“nuevo”) periodismo de observación participante.

La lógica probatoria que guía el uso de tan diverso material cualitativo es la de la inducción analítica, que obliga a realizar revisiones teóricas con cada caso desconfirmante o negativo, pero que no produce formas abstractas y resumidas de evidencia (diseños de muestreo, estadísticas de asociación, pruebas de concordancia entre codificadores, etc.). Para apreciar o desacreditar la validez empírica del estudio, se debe trabajar en detalle con materiales sustantivos relevantes. Debido a que la búsqueda de evidencia y el desarrollo de la teoría proceden en pasos que se alteran mutuamente, los resultados analíticos no surgen de una aplicación directa, deductiva, dura o inflexible de la teoría a los hechos. Más bien, la calidad metodológica aumenta a medida que la teoría es presionada y puesta en forma por aplicaciones frustradas. De hecho, una tradición para indicar la fuerza metodológica de los estudios realizados mediante inducción analítica es presentar en el texto las heridas teóricas que se han sufrido en el camino hacia la teoría final, ampliamente validada. Pero tales manifestaciones son gratuitas e innecesariamente defensivas; la historia de trabajo de las hipótesis rivales rechazadas y revisadas se mantiene en las distinciones sustantivas hechas en el propio texto.^[12]

De acuerdo con el espíritu de la obra en su conjunto y con el fin de no excluir la utilidad de los datos para los analistas posteriores, el material citado no se ha editado con la finalidad de corregir la ortografía o la gramática. “Sic” se utiliza solo cuando los lectores pueden sospechar que existe un error tipográfico.

¹² Para más información sobre esta línea argumental, véase Katz, Jack, “A Theory of Qualitative Methodology”, en Emerson, R. (ed.), *Contemporary Field Research*, Boston, Little, Brown, 1983, pp. 127-148.